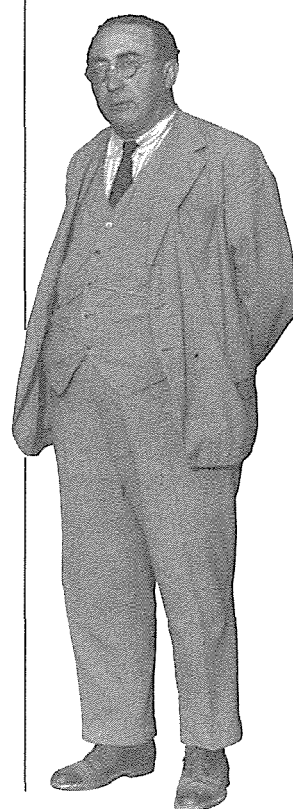


[Temas diversos]

- El rosal de "Seisdedos"
- Eduardo Barriobero
- Los anarquistas en la revolución
- El sufrimiento de la guerra
- Una vieja lectura
- Corolario de la guerra
- El eclipse
- Rosendo Castell
- La dignidad humana
- La idea de la paz
- Los anarquistas en la revolución española
- El cura y el anarquista
- La influencia moral de los sindicatos
- La muerte del piloto



El rosal de “Seisdedos”

A la memoria de Blas Infante

En aquel corralón de Seisdedos, en Casas Viejas, en donde fueron sacrificados muchos jornaleros andaluces en aras de una República macabra, fue arrancado de cuajo en la refriega un rosal anónimo, que rodaba por los suelos cubiertos de lodo y sangre.

Mi gran amigo Blas Infante fue en peregrinación a Casas Viejas, contempló la casita en ruinas de Seisdedos, con sus ojos cegados por las lágrimas, y recogió condolido aquel rosal profanado por las bestias sanguinarias del Poder.

Lo llevó piadosamente a Sevilla y lo plantó en el más fértil suelo de su jardín, y lo regó con la más cristalina de sus aguas. El rosal se vistió pomposamente de verde y se cubrió de capullos prometedores de las más bellas rosas.

Y fueron objeto constante de especulación por parte de los visitantes del jardín las flores rojas que un día brotarían de aquel rosal cogido en la casita del crimen, rojas como el color de la sangre derramada por los campesinos mártires; rojas como el color de la bandera de la rebelión de los esclavos.

Pero una esplendorosa mañana de primavera, en que la naturaleza renacía en un ambiente de luz y pájaros, al toque del alba dado por las campanas de la torre morisca, cambió el rosal sus capullos por unas hermosas flores, no rojas, como se esperaba, sino blancas como el color de la nieve y el armiño.

¡Cómo se regocijaba Blas Infante de la ocurrencia del rosal, burlando nuestras esperanzas y ajeno al furioso batallar de los hombres! Para nosotros, el rosal, agradecido, reflejaba en aquellas rosas blancas y puras la conciencia inmaculada de Blas Infante, que lo había devuelto a la vida.

Otros bárbaros como los asesinos de Casas Viejas, esta vez no disfrazados con el gorro frigio, sino llevando por enseña la cruz gamada, aparecieron en Sevilla de improviso y dieron muerte al más ilustre de sus hijos: a Blas Infante.

El duelo tendió su manto sobre la viuda y huérfanos del caído, y el jardín, no regado más que con lágrimas de dolor, se convirtió en campo yermo. El rosal perdió su lozanía, dejó caer, como lágrimas, las hojas mustias de sus rosas; se despojó de su ropaje verde y se vistió con otro gris, de luto; y por último, la savia dejó de correr por

sus venas. Y en una oscura noche sin luna y sin estrellas, exhaló su último suspiro el rosal de Seisdedos. Único superviviente de la más inicua de las tragedias, digna de la pluma del gran Esquilo.

Ya en el jardín no hay amores, ni hay niños juguetones, ni pájaros cantores, ni flores blancas ni rojas, ni aguas cristalinas, ni por allí cruzan como otras veces, visitantes soñadores. El desastre cobija aquella tierra del crimen, en la que no crecen, como en el corralón de Seisdedos, más que cardos y espinas.

Como no hay noche sin aurora, esperemos un alba roja, tan encendida que todo lo revestirá de color de fuego, como el que arde imperecedero en nuestros corazones de revolucionarios andaluces, españoles e internacionales.

Eduardo Barriobero

Hace aproximadamente 30 años murió en “garrote vil” Eduardo Barriobero. Mucho más vil que el garrote fue el malvado Francisco Franco que le hizo agarrotar en Barcelona.

Los acontecimientos nos llevaron a tener una estrecha amistad con Barriobero en la primera época de su iniciación política, al que servimos de padrino, y compartimos con él los últimos días que precedieron a su infausta muerte.

A principios de siglo, ambos nos encontrábamos en Madrid, estábamos dominados por la pasión de los libros, la más noble de las pasiones. Con frecuencia nos encontrábamos en las librerías de lance en busca de libros raros. “Cuando suene la hora de la expropiación que preconizáis los anarquistas —nos decía con la seriedad que le caracterizaba—, me sumo a vosotros para despojar de sus libros a muchos imbéciles que no merecen tenerlos”.

Entonces comenzó a publicar la revista *Germinal*, en recuerdo a la que con el mismo título pocos años antes publicaron Dicenta, Salmerón García, Delorme y otros. Pero era una revista de letras, en la que hacía sus primeros ensayos, entre otros, Francisco Villaespesa, que después llegó a ser un notable poeta. Con frecuencia conversaba con Barriobero, y en mi afán de proselitismo trataba de atraerlo al campo anarquista, cosa no difícil, pues las ideas estaban a la moda del día en un público mal llamado “intelectual”. Por cierto que fueron muchos los que en busca de nombradía desfilaron de prisa por nuestro campo, para pasar al del vecino, mejor abonado para el cultivo de ciertas ambiciones.

La ocasión no tardó en presentarse en Barriobero, y se decidió, por fin, a pasar el Rubicón. Por entonces Ramiro de Maeztu renegaba ya de las ideas anarquistas y comenzó a publicar en *El imparcial* una serie de artículos bajo el epígrafe de “El anarquismo en España”, que verdaderamente eran de una índole policíaca repugnante. “Hora es ya —decía Maeztu— que el corazón y la cabeza de esos hombres vuelvan a la sociedad y a la patria, antes de que sea tarde para unos y para otros”.

El grupo de *Germinal* comentaba en la mesa de café el último artículo de Maeztu, cuando Barriobero se dirigió a nosotros, que estábamos en otra próxima, para hacerme esta pregunta: “¿Quiere usted contestar en nuestra revista a Maeztu, como se merece?”

Acepté la oferta, y mi réplica agradó tanto a Barriobero, que la insertó en las primeras páginas de su publicación. Pero la redacción en masa se retiró de la revista, que de literaria pasó a ser anarquista. El número siguiente se dedicó a Pi y Margall, que acababa de morir. Entre los artículos destacaba uno muy notable con la firma de Roberto Castrovido.

Barriobero nos confesó en aquellos días de su nuevo apostolado, que sus ambiciones eran representar en el movimiento anarquista español el mismo papel que Sebastián Faure representaba en el movimiento anarquista francés.

Poco después, un motín provocado por la presencia del siniestro inspector de policía Marsal, asesino de un obrero bilbaíno en un mitin que se celebraba en Madrid a favor de las cigarreras despedidas, motivó el encarcelamiento de Barriobero durante varios meses, dando así comienzo a su carrera “política”.

* * *

Durante varios años de exilio perdí todo contacto con Barriobero. A mi vuelta a España ocurrió un episodio muy pintoresco, que me puso en relación de nuevo con el antiguo amigo. Ya entonces Barriobero había dejado de ser anarquista, como todos los de aquella época de procedencia burguesa, y militaba en el partido republicano federal, el más afín a nosotros. Era un abogado de fama, notable escritor y diputado.

El caso fue que traía del viaje un enorme cargamento de libros, y entre cajas, una colección de cráneos de monos recogidos en África. Los cráneos se hicieron sospechosos, por su parecido al que llevaba Alfonso XIII sobre sus hombros, y hubo hasta quien supuso que se trataba de calaveras de personalidades asesinadas por los anarquistas y se negaron rotundamente a hacerme la entrega del equipaje. Recurrí a Barriobero, que vino en mi ayuda como abogado, así como el doctor Manuel de Brionele, catedrático de la Universidad de Sevilla, quien tuvo que testificar que aquellos cráneos eran de monos que no habían participado en ninguna función del estado.

Por fin el pleito se resolvió a mi favor, gracias a las idas y venidas de aquellos amigos. ¿Cómo podían imaginar aquellos monos, cuando en vida saltaban por la selva, que iban a ser tan vilmente calumniados después de muertos, comparándolos con figurones despreciables?

Desde entonces, cada vez que iba a Madrid, pasaba largos ratos con Barriobero. Después de la actualidad política, nuestro tema favorito eran los libros. Ambos habíamos reunido la más rica biblioteca, como premio a nuestra afición de toda la vida. Pero ¡oh inestabilidad de las cosas humanas! En un momento las destruyeron los fascistas. Con razón me dijo Malatesta más de una vez en Londres, cuando me veía cargado de volúmenes: “¡Al fin te ocurrirá lo mismo que a mí; los perderás todos!”

Barriobero vino siempre en mi ayuda en situaciones peligrosas, sin esperar que solicitara su concurso. Cuando el general Mola tuvo la humorada de deportarme a Estella, a ver si me convertían los carlistas, Barriobero luchó indignado contra aquella diablura, contribuyendo con Marañón, Lerroux y otros, a que se me reintegrara a mi viejo destierro extremeño, por el que tanto cariño sentía.

* * *

Al estallar la sublevación fascista, como habrán visto, ocupé un puesto modesto en la lista de los soldados desconocidos y perdí nuevamente de vista a Barriobero. Al final de la contienda, encontrándome en Barcelona, me dijeron que estaba abandonado de todos, enfermo y preso, y que había manifestado deseos de que lo visitara. Fui en el acto al Hospital General y allí lo encontré en una pequeña habitación con dos centinelas armados a la vista, quienes tomaron mi nombre y me sometieron al registro más minucioso. Visité asiduamente a Barriobero y charlamos en grande del pasado, acabando nuestra conversación con el tema favorito de los libros, sobre todo acerca de lo que él había escrito, cuya génesis me explicó. Entre más de veinte volúmenes que dejó a la posteridad destacan sus novelas *Historia ejemplar y atormentada del Caballero con la mano al pecho*, que tanto anheló, sin conseguirlo, de llevarla al cine; *El hombre descende del caballo*; *Matapán, probo funcionario*; *El hermano Rajao*, 33; *El airón de Torre-Cumbre*; etc. Sus estudios más notables fueron: *De Cánovas a Romanones* y *Cervantes de levita*. También publicó un libro de viajes, *Cómo está Europa* y algunas piezas de teatro: *Don Quijote de la Mancha*; *Juerga y Doctrina*; *Hombres de honor*; etc. Su colección de obras raras ponen de manifiesto su erudición: *La sonrisa de Esculapio* y *La sonrisa de Temis* son un tesoro de anécdotas en la materia. Una de las obras más notables de la citada biblioteca es, sin duda alguna, la del Padre Mariana, que lleva por título *Del Rey y de la Institución Real*, en la que se encuentran unos capítulos de lo mejor que se ha escrito en defensa del tiranicidio, comparables a los que escribió Milton en su *Defensa del pueblo inglés*.

Otras veces la conversación recaía en su intervención en los procesos populares, al servicio de la C.N.T. muchos de ellos: el atentado contra Salvatierra, el de Sancho Alegre, el de Riotinto, el de los Altos Hornos, los de Barcelona, y entonces su rostro se animaba de una manera enérgica y extraña. Pero al verse tan solo y abandonado, la más profunda melancolía hacía presa de su espíritu. Algunos secretos se llevó a la tumba que no dejaban bien parados a individuos y a organizaciones, y que me revelaba en su amargura...

Barriobero pasaba el tiempo en la prisión leyendo a Emilio Zola y escribiendo unos sonetos que merecieron el más caluroso elogio de Castrovido. Sus aspiraciones eran, a la salida de la cárcel, internarse en Francia, donde esperaba ser bien acogido gracias a su traducción de Rabelais, escritor intraducible, trabajo de un mérito raro, que le valió la condecoración de la "Legión de honor".

Un grupo muy restringido de compañeros de prisión visitaba diariamente a Barriobero y le llevaban los menesteres y alimentos más necesarios. Entre otros, recordamos a César Flórez, que le profesaba un entrañable cariño. Le propusimos seriamente sacarle por la fuerza de la prisión, costase lo que costase; pero él se negó resueltamente. Deseaba salir por la puerta grande y con la frente en alto.

En el momento del desastre, nadie se acordó de nadie, y la derrota de las almas fue más grave que la de los cuerpos. Los soldados desconocidos de la guerra teníamos la mejor voluntad, pero carecíamos de influencias y de medios de transporte y a duras penas pudimos escapar, no para conservar la vida sino para continuar la lucha del día de mañana.

¡Pobre Barriobero! Siempre le recordaré y defenderé su memoria. Defendió siempre a los trabajadores perseguidos por la justicia burguesa.

¡Gratitud eterna al defensor de los caídos!

Los anarquistas en la revolución

Nadie podrá poner en tela de juicio la personalidad de Malatesta como anarquista, quien nunca perdió la ocasión de velar por la pureza de nuestros ideales y oponerse a toda adulteración. Pues bien, en la docena de años que pasamos a su lado, nunca se mostró opuesto a entenderse con políticos revolucionarios, siempre que ofrecieran una garantía de seriedad y decencia. Claro está que Malatesta iba en línea recta a lo suyo y no a hacer el juego a ningún partido o personalidad política. De vuelta de uno de sus viajes a Italia, adonde había ido para coordinar las fuerzas de la revolución, nos decía satisfecho:

—Cuando menos, veremos pronto la República implantada en Italia y en España.

El día que llegó a Londres la noticia de la revuelta de Portugal, fuimos a visitarlo y proponerle un viaje a Lisboa, a fin de intervenir en aquellos sucesos. Su opinión fue que llegaríamos tarde y que al día siguiente todo estaría concluido con la proclamación de la República portuguesa. Y, en efecto, así ocurrió: “La falta de dinero —nos decía— ha sido siempre un obstáculo serio para esta clase de viajes: o no podemos hacerlos, o llegamos tarde. Las personas que disponen de algún dinero, anarquistas o simpatizantes, pocas veces comprenden nuestra actitud. En cierta ocasión me dirigía a William Morris rogándole me prestase algún dinero para uno de estos viajes, el cual me contestó muy convencido: «Te quiero demasiado, Malatesta, para que te ayude a hacer tonterías»”.

El insigne escritor libertario, como muchos hombres de su categoría, desconocía los hechos y las necesidades terribles de la Revolución.

De todos es conocida la actitud anti-intervencionista de Malatesta en la primera guerra europea. Sin embargo un día que Italia tenía que decidirse por uno de los bandos beligerantes, vino a mi domicilio y me dijo: “No salgas hoy de casa, que pronto vuelvo. Si Italia declara la guerra a Francia e Inglaterra, tendremos que partir en seguida para Italia, en donde una revolución nos espera. Haremos el viaje en un barco que nos aguarda en el Támesis”. Cuando más tarde volvió Malatesta con la desagradable noticia de la declaración de guerra de Italia a Alemania, le dije decepcionado: “Deberíamos hacer el viaje a pesar de todo”. No me contestó y con un apretón de manos y una sonrisa cariñosa se despidió hasta más tarde.

Nadie puede imaginarse que Malatesta hubiera ido a Italia en un barco inglés para ponerse al servicio de ese gobierno, sino para aprovechar tan propicias circunstancias, desatar la revolución popular y llevarla hasta sus últimos extremos. Ahora bien, si Malatesta no tenía inconveniente alguno de establecer contacto con elementos revolucionarios ajenos a nuestras ideas, su espíritu de penetración estaba siempre alerta para rechazar a los indeseables. Su opinión adversa a Mussolini, cuando todavía éste no había traicionado abiertamente la causa popular, es bien conocida de todos.

* * *

El alma ardiente y generosa de Carlos Malato lo llevaba a intervenir siempre en todos los movimientos revolucionarios de su época. Y no pocas veces participó en los asuntos de España, ya con los anarquistas solos, ya con anarquistas y republicanos puestos de

acuerdo. Así se vio una vez complicado en el ruidoso proceso de la rue Rohan, acusado de regicida, cuando el atentado en París contra Alfonso XIII. Su interés por la causa de la revolución española era tan grande, que algunos compañeros franceses, en tono de broma, lo calificaban como un “patriota español”.

Luisa Michel participó activamente en los sucesos de la Comuna de París, siendo heroica hasta delante del Consejo de Guerra, a quien pidió su fusilamiento por seguir la suerte de sus mejores compañeros. Condenada a la deportación perpetua a Nueva Caledonia, sembró allí el bien a manos llenas entre los pobres canacas, habitantes de aquellas tierras oceánicas. En su novela histórica *Los Deportados*, nos hace Carlos Malato un relato emocionante de aquellos acontecimientos.

Otro compañero inmensamente sabio y bueno, Eliseo Reclus, no vaciló un momento en aquella ocasión en cerrar el libro y empuñar el fusil para unirse a la muchedumbre anónima que marchaba contra el gobierno liberticida de Versalles.

Sebastián Faure y los anarquistas de París, durante el proceso Dreyfus, se lanzaron a la calle para luchar unidos a otros elementos revolucionarios, contribuyendo mucho en hacer fracasar el plan contrarrevolucionario de los fascistas de entonces. Igual actitud observó Sebastián Faure en el proceso de la rue Rohan, desplegando sus maravillosas dotes oratorias. En aquella ocasión fueron todos los elementos de las izquierdas los que se sumaron a los anarquistas para salvar a algunos compañeros en inminente peligro.

Dos anarquistas que dieron su vida por el ideal, cuando hubieran podido pasarlo muy cómodamente, no desdeñaron el pactar con los republicanos para derrocar la monarquía española y abrir nuevos horizontes a la Revolución, me refiero a Francisco Ferrer y Mateo Morral.

* * *

Para sustentar nuestra opinión hemos citado los nombres de compañeros conocidos, que gozan de la estimación universal; de hombres que honraron con su conducta el bello ideal anarquista. Pero no olvido a los compañeros anónimos, no de menor valía, que con modestia y bondad acompañaron a los otros en la lucha y ofrecieron sus vidas por la causa de la Revolución popular.

Deben, pues, los anarquistas, con más derecho que nadie, pues son por esencia revolucionarios, intervenir solos o acompañados en todas las contiendas populares. Pero deben intervenir como anarquistas que son, como intervinieron siempre los compañeros que hemos citado, honrando el ideal.

El prototipo de anarquista revolucionario lo tenemos en Bakunin, el incansable rebelde, el hombre del pensamiento y de la acción, que interviene en los movimientos revolucionarios de su época, sacrificándolo todo y no beneficiándose de nada.

Porque no hay que olvidar que las ideas todas, y en particular las nuestras, son para sacrificarse por ellas, y el que no lo entienda así las perjudica.

* * *

¿Deben los anarquistas mantenerse al margen de los partidos políticos o pactar con ellos en determinadas circunstancias, con fines revolucionarios?

Este tema, que ha dado lugar a tantas discusiones, se plantea de nuevo ante el problema español. Trataremos de contestar la pregunta que formulamos según nuestro criterio personal que, por otra parte, no es otro que el sustentado por la vieja guardia anarquista.

No hay inconveniente alguno, a nuestro entender, en ponerse de acuerdo con los partidos políticos de izquierda para acelerar el triunfo de la insurrección popular, derrocar un régimen tiránico y entrar de lleno en un período revolucionario con todas sus consecuencias. Pero hay que tener mucho cuidado, por nuestra parte, de no falsear los ideales que profesamos ni establecer contacto con hombres desacreditados por su funesta labor política. Lo peor que puede ocurrir es que el pueblo nos midiera a todos por el mismo rasero.

Como somos anarquistas, es decir, hombres que obramos con un criterio propio, no podemos obedecer a ningún mandato o consigna que no emane de nuestra conciencia. Ni dar el visto bueno a un gobierno que viniera a sustituir al caído, por mucho que pretendiera labrar la felicidad del pueblo. Ni ocupar puestos de significación gubernativa durante o después del hecho revolucionario y menos aquellos que pudieran beneficiarnos personalmente. Ni imitar al burgués poseído por el lujo de la vivienda, los vestidos, los manjares y las queridas. Ni olvidar por un momento que nuestros aliados políticos nos detestan cordialmente, y que una vez que consiguieran sus propósitos, tratarían de anularnos por todos los medios que estuvieran a su alcance.

¿Cuál ha de ser, pues, nuestro papel en la Revolución? Ocupar sencillamente la primera fila entre los combatientes, conducirse desinteresadamente, ser dechados de moralidad, no olvidar que la esencia de nuestras doctrinas es el amor y no el odio, despertar las iniciativas de las multitudes para que sea el pueblo el que resuelva sus problemas y no los deposite en manos ajenas y, por último, evitar o retardar la formación del gobierno, cualquiera que fuese, puesto que vendría a cerrar el período revolucionario.

Al obrar así es que sabemos, por la historia, que los gobiernos no hacen nada de provecho, en circunstancias parecidas, por muy revolucionarios que parezcan, y si toman alguna medida que favorezca al pueblo, es que ya éste la había conquistado en la calle. Si durante la gran Revolución Francesa la Asamblea Constituyente abolió los derechos feudales, es porque ya el pueblo francés los había abolido de hecho quemando castillos y conventos y colgando a sus moradores. ¿Acaso los hombres de las picas, el pueblo de París, no tenía que invadir periódicamente el recinto de la famosa Convención para recordar a sus miembros que había que marchar siempre adelante? Con la conducta que señalamos al intervenir en la Revolución, llevamos siempre las de ganar, aun siendo derrotados y pereciendo en la contienda, pues por lo menos dejaríamos al pueblo un recuerdo imborrable de lo que son capaces los hombres inspirados por tan sublime ideal.

Acerca de la participación y conducta de los anarquistas en movimientos revolucionarios de carácter político, referiremos algunos casos entre otros muchos, interesantes desde el punto de vista histórico, y que vienen a confirmar nuestros asertos.

* * *

Por el año 1868 se preparaba en Andalucía el pronunciamiento militar que habría de derrocar el trono de Isabel II. El general Prim residía en Londres, mientras que un

general de los comprometidos recibía en Cádiz sus instrucciones. Fermín Salvochea, que era muy joven, participaba activamente en la conspiración. Prim se servía de una escritura cifrada y además dividía sus cartas en varios trozos que remitía a otras tantas direcciones. Salvochea recogía la correspondencia y se entrevistaba con el general para descifrar su contenido. En cierta ocasión, ocupado en otro asunto, Salvochea faltó a su cometido. El general, contrariado, le dijo para estimular su celo: "Conviene que se acostumbre desde ahora a ser exacto en el cumplimiento de su deber, para que el día de mañana pueda desempeñar con brillantez el alto cargo que le será encomendado como premio a sus merecimientos". A lo cual contestó Salvochea: "En lo futuro no tendrá motivo de queja; pero tenga entendido que no ambiciono cargo alguno, ni lo aceptaría en el caso de que se me ofreciera, porque son otros los propósitos que motivan mi intervención".

Y en efecto, Salvochea, que era entonces republicano federal, pero que ya tenía la contextura moral de un verdadero anarquista, no aceptó cargo alguno en aquella ocasión ni en ocasiones venideras. Pero como luchaba con pureza de intenciones y era hombre extremadamente desinteresado y bueno, los gobernantes ambiciosos de aquel pronunciamiento, que no querían de manera alguna que desembocara en una revolución popular, le dieron el cargo que ellos acostumbraban dar a hombres de su temple: el presidio, cuando no la muerte.

De aquellos hombres no quedan hoy más que recuerdos históricos, y no muy buenos; pero la llama de bondad de Salvochea flameará eternamente en toda lucha.

El sufrimiento de la guerra

¡Cuán feliz vivía Federico, el guardabosques, en su tierra alsaciana! En un claro del bosque tenía una casita muy linda, rodeada por una cintura verde de enredaderas, de las que pendían hermosos ramos de flores de todos colores. En aquel lugar se daban cita los pájaros cantores del bosque, para ensayar sus trinos, cuyas notas iban a mezclarse con las de un torrente cercano, que cantaba noche y día. Pero el mejor adorno de aquel lugar de ensueños era María Rosa, un dechado de belleza, que apenas contaba quince años. La niña era una nota brillante en las armonías naturales, y hacía coro con los pájaros, con las aguas y con los árboles. Cantaba sin cesar, y mientras tanto limpiaba la casita hasta ponerla resplandeciente.

Desde muy pequeña quedó huérfana y sustituyó a su madre en los quehaceres domésticos. Cuando Federico volvía fatigado de recorrer los senderos del bosque, celoso en el cumplimiento de su deber, la niña se colgaba de su cuello y besaba su frente sudorosa; beso que el padre devolvía en sus mejillas de grana. Después se sentaban al pie de la chimenea, en la que ardían gruesos troncos de olmo, tomaban una cena frugal, el padre fumaba la pipa y la hija bordaba hasta que la vencía el sueño bien pronto. Mientras ambos dormían como bienaventurados, la luna filtraba sus rayos a través de la arboleda y coronaba de plata la casita del guardabosques.

¡Cuán felices se deslizaban los días para aquellos seres sencillos y buenos! Pero, de vez en cuando, una sombra oscurecía su dicha, como una nube oscurece el sol, y era el recuerdo de la esposa y de la madre ausente. Y los ojos brillantes de la joven María

Rosa, eran cegados por las lágrimas. Después huía la pena, como la nube en el cielo, y la alegría volvía a brillar de nuevo.

Un elemento de ventura vino a sumarse a la felicidad ya existente. Era un joven campesino, Luis, repleto de salud y de bondad, que rondaba la casita del guardabosques. Pronto se entendieron los tres en comunión espiritual. Luis se casaría con María Rosa, sustituiría en su labor a Federico y éste podría pasar en reposo los últimos años de su vida, sin otra incomodidad que la que le proporcionaran sus nietecillos al trepar por sus rodillas. ¡Qué porvenir más bello se forjaron los humildes, sin pensar que otros hombres, los soberbios, emperadores, reyes, banqueros, millonarios, todos, conspiraban sin cesar contra la tranquilidad de los pueblos!

Un día, de improviso, palidecieron las flores, enmudecieron las aves, enronqueció el torrente, crujió el arbolado y pajarucos cruzaron el espacio lanzando graznidos siniestros. Y así como el viento helado del invierno marchita las hojas de los árboles y las arrastra en el espacio con su soplo, así el viento frío del infortunio batió a aquellos infelices y arrastró sus ilusiones por el suelo.

Era el año de desgracia de 1870, y había estallado la guerra francoprusiana, que a no largos intervalos continúa todavía. Luis fue llamado a filas y murió en el primer encuentro con el enemigo: una bala de otro campesino, como él, alemán, partió en pedazos su noble corazón, y la caballería destrozó su cuerpo rebosante de vida.

Perdida la guerra por los franceses y anexionada la Alsacia por los alemanes, Federico se refugió en París con su pobre hija. En una bohardilla sin sol y sin aire languideció aquella flor que se llamaba María Rosa, pensando en el adorado ausente, hasta que un día, después de largo padecer, se la llevó la tuberculosis en sus brazos de horror a un rinconcito de la fosa común donde descansa para siempre.

¡Pobre Federico el guardabosques! Ya no recorría las montañas encantadas de Alsacia, que le sirvieron de cuna, ni tenía una hija, ni un yerno, ni los soñados nietecitos. ¡Estaba solo en el mundo, solo con su dolor! De la mañana a la noche recorría las enlodadas calles de París, cegado por la fría neblina, con sus zapatos rotos, el traje sucio y destrozado, el fango hasta las rodillas, la cara demacrada por las vigiliass, y los ojos febriles buscando entre la multitud una joven que se pareciera a su hija. Y cuando cerraba la noche y se retiraba a su mísero hogar, tan triste como una tumba, apretaba los puños con rabia, hasta clavarse las uñas y murmuraba con voz ronca estas palabras:

—¡Ah, maldito sea mil veces Napoleón III, el imbécil, causante de mis desgracias, y tú, también, Bismarck, el infame, ensoberbecido hoy por el triunfo, pero que el día de mañana la justicia inmanente de las cosas, reducirá a cenizas vuestra obra!

* * *

El relato anterior es el argumento, torpemente contado por nosotros, de una novelita antiguerrera, *Federico el guardabosques*, escrita por dos autores alsacianos: Erckmann-Chatrian. En español hay una traducción de la obrita que publicó hace medio siglo la *Biblioteca selecta*, de Valencia.

Lástima grande que ese librito no estuviera hoy al alcance de todos, pues de su lectura se desprende un sentimiento de horror contra el crimen de la guerra.

Puede dormir tranquilo el pobre Federico en la fosa común, que sus últimos deseos llegarán a cumplirse: día llegará en que el militarismo alemán y el militarismo

francés quedarán destruidos en una nueva guerra y los pueblos mártires reedificarán sobre sus cenizas una sociedad de paz y de ventura.

Una vieja lectura

Apenas salido de la espesa niebla que envolvía los primeros años de mi existencia, cuando el educador hizo vibrar en el maleable cerebro los rayos de luz de la inteligencia y leía torpemente los escritos que llegaban a mis manos, la casualidad me hizo topar con uno que deslumbró el espíritu, como relámpago en noche tenebrosa, habiendo de influir en la conducta futura. Se trataba de un cuentecillo que otro hermano mayorcito había copiado no sé de dónde, y que llenaba la primera página de un cuaderno manuscrito con copias de trozos semejantes.

El cuentecito decía más o menos lo siguiente:

“Un angelito tenía grandes deseos de conocer la tierra, y todos los días importunaba al Padre Eterno para que le permitiera visitarla. Por fin éste le concedió el viaje, que hizo acompañado por un guía. Ambos posaron sus plantas en un lugar de la tierra, donde en aquel momento se libraba una de las batallas más feroces que registrara la historia, y cuyo nombre no recuerdo.

”Lo cierto es que, a la vuelta de su viaje, le dijo el angelito con ceño adusto al Supremo Hacedor: «Se me ha engañado como a un angelito que soy, pues en vez de llevarme a la tierra, adonde se me condujo fue al infierno, al más horrible que hubiera imaginado»”.

Este cuento antiguerrero, que dejó en mi espíritu huellas imborrables, estaba firmado por Benjamin Franklin, pero nunca lo he podido encontrar entre sus obras.

Pues bien. Tenía razón de sobra el angelito del cuento: los hombres habían convertido la guerra en un verdadero infierno, cuando los dioses la crearon, como decía Epicteto, para que vivieran en ella dichosos.

Y la convirtieron en un infierno, porque equivocaron la senda desde un principio, y en vez de fortificar el camino, lo que hicieron fue extraviarse cada día más, sin que sirvieran de experiencia los tumbos que daban de uno a otro abismo.

Se agruparon en sociedad y desconocieron los tres pilares fundamentales en que debían asentarla: la igualdad, la fraternidad y la libertad.

Claro está que al desconocer la igualdad económica, la fraternidad y la libertad no podían ser más que nombres vanos, como ocurrió en la Revolución Francesa. Y lo que constituyeron, en consecuencia, no fue una sociedad humana, sino una horda hipócrita y malvada, llena de errores y de vicios repugnantes, donde viven crucificadas la inocencia y la virtud.

El desconocimiento de la igualdad social los llevó a la explotación de sus semejantes, con todas sus consecuencias; el de la fraternidad los llevó a la guerra y a toda clase de crímenes; el de la libertad condujo a la esclavitud bajo todas sus formas, la peor de todas, la económica.

Y el mal se enseñoreó de toda la tierra, y la virtud suprema, que es la bondad, y en la cual se encarnan todas las demás virtudes, desapareció por completo, para ir a refugiarse en el corazón de algunos hombres que lo habían conservado sano a través de

tantas tentaciones, y por querer hacerla triunfar sufrieron la prisión, el destierro y la muerte.

Lanzados los hombres por un camino insensato, en el que todos los lazos humanos fueron rotos y pisoteados, no tardaron también en romper y pisotear las leyes inflexibles de la naturaleza, siendo en consecuencia, como un castigo, víctimas de toda clase de enfermedades, algunas tan calamitosas como la guerra misma, enfermedades sociales como el alcoholismo, las drogas, la sífilis y la tuberculosis.

Y esa horda a que nos referimos abordó un engendro de civilización falsa, manchada de lodo y sangre, que cuando los agentes del mal agudizaban u obraban a largo plazo, se desmoronaba estrepitosamente, destruyendo en su caída las obras útiles construidas por los hombres de buena voluntad. Así perecieron las civilizaciones de los egipcios, de los griegos, de los romanos, de los árabes, de todos los pueblos, y así se desmoronaron los grandes imperios. Y las generaciones que las han sucedido tuvieron que empezar el edificio de nuevo, el edificio social con tantos dolores levantado, para que otra vez fuera destruido por la locura de algunos hombres. Ése fue el tejer y destejer de los siglos.

No creemos que las civilizaciones de los pueblos estén sujetas a la ley fatal de la evolución de los seres: nacimiento, crecimiento y muerte. La civilización es otra cosa: es el trabajo, es la inteligencia, es el espíritu del hombre, siempre en evolución ascendente, transmitiendo de los unos a los otros los frutos del progreso, hasta que los malvados interrumpen su marcha ascendente.

El espectáculo horroroso que hoy ofrecemos dramáticamente al mundo, no es sólo la obra de hítleres y mussolinis, monstruos que no han servido más que de detonadores, y que han hecho saltar en pedazos el viejo edificio social en el que durante siglos los malvados han acumulado cantidades de material explosivo.

¡Recrearos en vuestra obra, adoradores del becerro de oro, artífices de esta sociedad del crimen! Ya no es sólo la lucha de clases, a que se refieren los marxistas: es la lucha de todos los hombres unos contra otros, como dementes furiosos, del pobre contra el pobre, del rico contra el rico. Es el dolor universal en su máxima intensidad, del que nos hablaba Sebastián Faure en libro admirable.

La matanza es universal y la ruina llegará a su máximo; y en una época en que las riquezas acumuladas por el trabajo de los hombres hubiesen podido llevar a todos la abundancia y el bienestar, las dilapidáis en el crimen y condenáis a los que escapan con vida a largos años de hambre y de desnudez.

El gran crimen de nuestra época, la guerra mundial, no es la obra de hombres que hormiguean en los bajos fondos sociales; ni de perturbadores de los partidos revolucionarios; ni de criminales natos, ni de degenerados, ni de desalmados, ni de violentos. Es la obra de hombres sensatos, de pilares de la sociedad, como diría Ibsen; es la obra de los hombres que ocupan los más altos puestos del Estado, en representación del Dios-Capital y que deberían ocupar, si hubiera sentido común sobre la tierra, los lugares más vigilados de los manicomios y con la camisa de fuerza sobre las espaldas. Culpables los unos y los otros; pero los pueblos saben muy bien que todos habéis llevado vuestro grano de arena a la catástrofe.

El abismo que habéis abierto con la última guerra no podrá ser cerrado por vosotros, y por mucho que os esforcéis para encontrar la salida, no conseguiréis otra cosa que caer más hondo. Habéis envenenado las fuentes de la vida y ha sona-

do la hora que tenía que sonar, la señalada en el reloj del tiempo, el fin de vuestra sociedad capitalista.

¡Séale la tierra ligera al horrible monstruo, en cuyas podridas entrañas se engendró el espectro de la guerra!

Pero otra vez renacerá con ímpetu la vida, y los hombres con la experiencia adquirida en esta lucha, que es formidable, no seguirán otra senda que la del bien y la verdad. Y así como después de una larga noche tempestuosa se levanta sobre la tierra devastada el sol esplendoroso de un nuevo día, llevando a todas partes con sus rayos de calor, la luz y la alegría, así sobre la negra noche de una sociedad enloquecida y en ruinas, por el crimen monstruoso de la guerra, se levantará el sol del ideal más puro que los hombres concibieron a la perfectibilidad humana: el sol del comunismo libertario, que hará posible la igualdad, la fraternidad y la libertad entre los hombres.

Entonces, y solamente entonces, podrá decirse que la humanidad ha comenzado una etapa de verdadera civilización, y es cuando podrá ser un hecho la aspiración de los moralistas de todas las épocas y pueblos: ¡No matar!

Corolario de la guerra

En el curso de la guerra fascista española, y después de la emigración, tuvimos muchas veces la ocasión de recordar la novelita de Erckmann-Chatrian, *Federico el guardabosques*, a la que nos referimos en uno de los apartados anteriores, ante el sufrimiento de muchos desgraciados de la clase humilde.

Trabajando en nuestra profesión en un refugio prisión para mujeres, niños y ancianos, en Perpiñán, donde nos habían internado los franceses, venía todas las mañanas a nuestra barraca de curaciones un niño de 7 años llevando de la mano a una niña de 5 años, que padecía una enfermedad leve de la piel. El niño se había quedado solo en el mundo, pues sus familiares murieron en la retirada, y al cruzar la frontera se encontró con la pobre niña, que estaba en situación parecida. La cogió de la mano y no se separó más de ella.

—Esta niña es poco obediente —me decía el muchacho con aire serio de protector.

—¡Cuando seas más grande y tengas bigotes, te hará más caso! —le contestábamos nosotros, mezclando la risa con algunas lágrimas que se agolpaban a los ojos ante tan deplorable espectáculo.

Temblando de frío y con el estómago vacío, aquellos niños mostraban en sus ojos una decisión firme de sobrevivir para cumplir un destino en el futuro.

Tanto como el sufrimiento de los huerfanitos, me impresionaba la situación de un pobre anciano, que frisaba en los ochenta años. Era un hombre educado y parecía de desahogada posición social, aunque vestía un traje arrugado y lleno de manchas. Su barba estaba crecida, su semblante demacrado y sus ojos enrojecidos por las lágrimas y el insomnio.

—Mis hijos —repetía— murieron todos en la guerra, y mi esposa acaba de morir en el hospital. Estoy solo en el mundo, a una edad en que la ayuda es tan necesaria.

Yacía como un perro en un montón de paja colocado en uno de los rincones del refugio. Ya habrá muerto y descansado.

Un día marchaba delante de nosotros por la calle un pobre soldado español, encuadrado por dos gendarmes. Llevaba en los brazos un bulto que creíamos sería su equipaje. Pero de pronto el soldado tropezó en una acera y cayó violentamente al suelo. Dimos un salto, y antes que los gendarmes intervinieran levantamos al caído. Pero nuestra sorpresa no tuvo límites cuando vimos que lo que llevaba entre sus brazos no era el equipaje, sino un hermoso niño de pocas semanas de edad.

—Al pasar la frontera —nos dijo— encontré este niño tirado en el suelo, y su madre muerta, al lado. Voy a criarlo para llevárselo a mi mujer, que no tiene hijos. ¡Cómo se va a alegrar!

El soldado estuvo con nosotros en el refugio hasta que los franceses, como recompensa a nuestros desvelos, nos trasladaron al campo de concentración de Argelès. Hacía la camita del niño sobre un montoncito de paja, lavaba su cuerpecito y le daba el biberón, a veces con exceso, lo que motivaba nuestra intervención amigable. Cuando querían verlo enfadado los vigilantes del refugio, no tenían más que decir que iban a separarlo de la criatura.

—Este niño es mío, porque yo lo he salvado —decía fuera de sí, mientras que lo apretaba estrechamente entre los brazos.

En el Hospital General de Perpiñán encontramos una pobre niña de doce años, mutilada de una pierna, falta de un brazo y con herida de metralla en el otro, con peligro de perderlo o quedarle inservible. Su padre era un campesino catalán que había solicitado un trabajo de limpieza en el Hospital, para estar al lado de su hija. Con acento desgarrador nos contaba lo sucedido, mientras la voz se ahogaba en la garganta y las lágrimas cegaban sus ojos:

—Yo no quería quedarme en una España fascista y seguí las huellas de nuestro ejército. Antes de llegar a la frontera francesa dejé a mi familia instalada en un bosquecillo, mientras iba a un arroyo cercano a llenar un cántaro de agua. Al inclinarme sobre la corriente, oigo a mi espalda una terrible explosión. Vuelvo la vista y contemplo con horror cómo una bomba de aviación había caído en el mismo lugar donde había dejado a mi familia. Cuando llegué, jadeante y tembloroso, un cuadro aterrador se ofreció a mi vista: todos estaban destrozados por la metralla: mi mujer, mis hijos, mis ancianos padres, y sólo pude recoger a esta pobre niña agonizante...

* * *

Huyendo de la policía francesa, encontramos un refugio seguro en un lugar extraño: en un Sanatorio Antituberculoso, anexo al Hospital de una gran ciudad francesa. Nosotros no estábamos tuberculosos sino simulados de acuerdo con el director del establecimiento, ilustre doctor y alcalde socialista de la citada villa, que había preparado nuestra salida del campo de Argelès. Cualquier otro hubiera preferido el campo de concentración a las escenas macabras que allí se desarrollaban. Pero nosotros estábamos acostumbrados a vivir al lado de tan desgraciados enfermos.

Cuando dejábamos aquella casa, en parte ocupada por refugiados españoles, nos despedimos abrazando a aquellos enfermos, entre los cuales recordamos a dos que nos impresionaron profundamente: uno era un catalán como de treinta años de edad, con

lesiones irreparables en ambos pulmones. Se arrojó a nuestros brazos y lloraba angustiosamente. A su lado se encontraba su esposa, casi una niña, que iba todas las semanas a visitarlo, con una hermosa criatura en sus brazos. ¡Cuál no sería el dolor del desdichado ante la muerte cercana y el abandono de los seres queridos! El otro era una señora española que llorando nos enseñó una carta de su esposo, que ignoraba la gravedad de su estado, y que desde un campo de concentración le comunicaba, lleno de júbilo, cómo había conseguido el visado de su pasaporte para pasar a México, donde vivirían felices, después de treinta años de infortunio.

Salimos de aquella casa con la cabeza baja y avergonzados por ser los más felices de todos los internados.

* * *

Los casos que citamos no son más que unas gotas de dolor perdidas en un inmenso océano de sufrimientos. Millones de seres sufren en estos momentos a causa de la guerra tormentos que hacen palidecer a los que nos refiere Dante en su *Infierno*. Niños arrancados de los brazos de sus madres, para andar solos por el mundo; jóvenes viudas, sujetas a todas las asechanzas; ancianos decrepitos, que vieron desvanecerse sus últimas ilusiones con la muerte de los hijos queridos, no encontrando otro consuelo que el silencio de la tumba.

Un caso típico fue el del general Burguete, quien, encontrándose en Valencia, supo del fusilamiento, en los campos de Málaga, de su hijo, el último comandante del mismo nombre. De su pluma brotaron, como un manantial de cólera, los improprios más terribles que jamás se escribieron contra el bufón asesino de Queipo de Llano, que lo mandó fusilar para satisfacer rencores ruines. Y en seguida encontró la paz en la muerte, siguiéndole su esposa a los pocos días.

¡Hay que acabar esta vez con tantos horrores! Porque si el hombre no puede seguir otra ruta que la del crimen, ¡maldito mil veces sea el hombre y la naturaleza, que creó monstruos semejantes!

Pero no es posible que así sea, y los que somos capaces de vivir otra vida más humana, necesitamos hacer un esfuerzo supremo y librar la última batalla. No vamos a tolerar el triunfo del mal, por gozar unos cuantos años más de una vida amarga.

¡Hay que pelear, amigos, hasta que nuestro último soplo de vida se extinga en la contienda!

El eclipse

Asombra y preocupa, al mismo tiempo, el retroceso social de que hemos sido testigos en un número relativamente corto de años. De seguir la cosa así, en vez del triunfo del comunismo libertario, que nos convertiría de simios perversos en seres racionales, lo que triunfaría sería un despotismo de la peor especie, que acabaría con todo rastro de dignidad entre los humanos. Esclavos abyectos y explotadores asesinos, éstos serían los atributos que marcarían la frente de los hombres en el nuevo Estado fascista. Y antes que eso tuviera arraigo, habría que destruirlo todo, en esos

Estados, con el empleo de los explosivos de mayor potencia, los venenos más violentos, los gases asfixiantes y las bacterias más epidémicas, hasta que no quede rastro del hombre-monstruo, como insulto a la creación natural, como un factor de martirio, no sólo para otras especies de animales que tienen la desgracia de sufrirlo. Además, negarse a engendrar más hijos para que no sean esclavos del tirano y cruzarse de brazos y no producir o producir mal y tarde las materias indispensables para la vida. Todo antes de resignarse a lo que se pretende, a lo que ya se hace en algunos países, entre otros, en nuestra desdichada España. ¿No queréis, fascistas macabros, un mundo de muerte, muerte de la libertad, muerte de la justicia social, muerte del trabajo libre, muerte de las obras de la inteligencia, muerte de la conciencia universal, muerte del amor entre los hombres, muerte de la tolerancia y muerte de la verdad? Pues antes de que muera todo eso, que es inmortal y sólo sufre un eclipse, vais a tener un mundo de muerte como no lo hubiera nunca imaginado vuestra maldad, un mundo en que la muerte reine como señora absoluta y os envuelva a todos con su negro manto. La solución que proponemos, la única adecuada para el caso, pudiera asustar a muchos timoratos, dispuestos a que los marquen con el sello de los esclavos, pero lo que debe asustarles es lo que se trata de hacer con el hombre: apagar en él todo destello de razón y de bondad, incapacitándole para el progreso y la sociedad futura.

El “homo sapiens” de Linneo, no es tal hombre sabio todavía, hasta que no lo demuestre con su conducta; lo que sí es, en la época presente, es un ladrón, un asesino y un imbécil, pues para un rayo de luz que brote de su cerebro, órgano maravilloso e inactivo, que podría compararse con el sol por las energías que encierra, nacen por centenares de su hueco cráneo, semejante al del gorila, las negras nubes de todas las supersticiones y mentiras. ¿Que exageramos la nota? Pues contemplad algunas de sus obras maestras: la repugnante explotación capitalista, las guerras horrorosas y esas sartas de disparates que ofenden el sentido común y se llaman religiones, en las que creen ciegamente, incapaces de contemplar la verdad frente a frente, que deslumbra los ojos rudimentarios de los espíritus con el brillo de sus rayos. Y es que las raíces del árbol del mal, a través de tantos siglos de ignominia, han penetrado hasta lo más hondo del alma humana, mientras que las raíces del árbol del bien se han quedado en la superficie. Éste fue tronchado al primer soplo del huracán, mientras aquél envenena la tierra con sus frutos.

* * *

Al finalizar el siglo xix y en los albores del siglo xx, las ideas de paz universal parecían totalmente consolidadas entre los hombres. El socialismo, en todos sus aspectos y escuelas, se mostraba cada vez con más pujanza y crecía por momentos como río que amenazaba desbordarse y cubrirlo todo con su légamo fertilizante. La consigna de los antimilitaristas franceses, “antes que la guerra, la insurrección”, se iba generalizando a otros países. “¡Ay de los insensatos que desencadenen la guerra —se decía— pues serán destruidos con sus propias armas!” Y se añadía: “¡Cuando suene la hora de la movilización, no acudid a las filas, y los que vayáis, empuñad las armas, fusilad a los militares profesionales, y uníos con los demás pueblos en un abrazo fraternal a través de las fronteras!” Al mismo tiempo se manifestaba una profunda sensibilidad en los espíritus, es decir, no se había llegado a ese grado de

embotamiento del alma humana como la que hoy contemplamos estremecidos. No importa el lugar y las circunstancias en que se cometiera una injusticia para que la protesta fuera general y los pueblos vibrasen al unísono con entusiasmo. El pueblo francés luchó apasionadamente y triunfó en el asunto Dreyfus. Los mártires de Montjuich fueron reivindicados, los supervivientes libertados, y el principal culpable de la tragedia, así como de las guerras de Cuba y Filipinas, Cánovas del Castillo, murió a tiros, como un perro rabioso que era, a manos de un anarquista italiano, llamado Miguel Angiolillo. La raza de los héroes de la anarquía no se había eclipsado todavía.

En aquella época el espíritu de Voltaire, el defensor de todos los perseguidos por la maldad religiosa y autoritaria, vivía en el pueblo francés. Las campañas, que partían de París, se sucedían sin reposo en favor de todos los pueblos oprimidos: armenios, macedonios, finlandeses, polacos, judíos, rusos, españoles..., eran a su vez protegidos por el inmenso clamor de los hombres. Aprovechando aquel estado de ánimo tan favorable, pudimos arrancar de las garras del enemigo a los supervivientes de la Mano Negra, de la insurrección de Jerez, de Alcalá del Valle, y detener más de una vez el brazo sangriento del verdugo alzado sobre las cabezas de nuevas víctimas expiatorias. Al tocar este punto, no podemos por menos que recordar a queridos compañeros desaparecidos, a Soledad Gustavo y Federico Urales, iniciadores de aquellas campañas, así como a Carlos Malato y Juan Grave, entre otros, que siempre vinieron en nuestra ayuda. Entonces, el grupo de anarquistas españoles residentes en París, al que tuvimos la dicha de pertenecer, pues eran inmejorables desde todo punto de vista, publicó el periódico *L'Espagne Inquisitoriale*, órgano de indignación internacional contra la tiranía española, que tuvo el honor de ser insultado en el Parlamento español por los ancestros de los fascistas y perseguido por la justicia francesa, que condenó a prisión a su gerente, el compañero Carlos Soizel. Pero la opinión pública se levantó en España, alentada por la opinión europea, y le hizo muy negra la existencia a Maura, pues donde quiera que iba le acompañaba una orquesta de silbidos y zumbidos de “¡Maura no!”, y hasta se trató de ajusticiarlo por un anarquista, que le clavó en el pecho un cuchillo, que se embotó en una cota de malla.

El asesinato de Francisco Ferrer subió al rojo vivo el estado de ánimo de la opinión mundial. Todos los pueblos se levantaron airados contra los verdugos y nunca se vio una aurora con tanta luz como aquélla. Es la única vez que hemos visto indignados y fuera de sí a los ingleses. Cientos de miles de hombres se congregaron en la plaza de Trafalgar Square, no calmando su ardor la lluvia torrencial que caía aquel día, y a una señal que partió de nuestro grupo, corrieron a la Embajada Española, que sufrió el más violento ataque, a pesar de estar protegida por un escuadrón de soldados de caballería.

Rosendo Castell

Con frecuencia llega hasta nosotros la noticia de la muerte de un amigo querido en las prisiones de Franco. La última se refiere al fallecimiento de Rosendo Castell, que los fascistas habían hecho encerrar en el castillo de Montjuich sin respetar su extrema ancianidad, apresurando así su muerte.

“Rosendo Castell —dice un periódico— era un gran médico, un buen farmacéutico y un excelente abogado. Las tres carreras poseía. Era poeta y escritor. Tenía el grado de general en su carrera de médico militar y estaba condecorado con la Laureada de San Fernando. Podía ostentar además en su solapa la insignia de la Legión de Honor de Francia”.

Por encima de todas estas distinciones, Castell poseía una calidad más meritoria: era un amigo de los trabajadores, identificado en todo con nuestras aspiraciones de igualdad social. Es justo que en este día de luto se le dedique un sentido recuerdo por parte de quienes nunca han escatimado su elogio a los que verdaderamente lo han merecido.

Castell no era conocido en nuestros medios, a no ser por un número escaso de compañeros. Desde su posición social no se acercó a los obreros buscando una plataforma política; nos ayudó con modestia y sin hacerse presente. Además era sobre todo un hombre de acción, siempre dispuesto a poner su brazo al servicio de toda causa justa. Y estos hombres se muestran poco al mundo exterior. Los fascistas lo conocían muy bien, y por eso se apresuraron a ponerlo en sitio seguro. El león siempre es león, por muy viejo que se encuentre.

* * *

Algunos días antes de la salida de Barcelona para el destierro, nos decía Roberto Castrovido:

—Acabo de recibir un libro de poesías de Rosendo Castell que me remite con el ruego de presentarlo a la prensa; pero estoy muy preocupado por parecerme la obra defectuosa. En cambio Barriobero, a quien acabo de visitar, me ha leído unos sonetos muy notables, escritos en la soledad de su reclusión.

—Castell es ya muy viejo para invocar conciertos a las musas —contestamos a Castrovido—, y lo más acertado que pudiera usted hacer es ocuparse detenidamente de su persona, tan interesante desde todo punto de vista y hablar poco de sus versos.

No le pareció mal a Castrovido nuestra idea, y cambiamos de conversación, en tanto que las bombas de la aviación fascista llovían a nuestro alrededor.

Referimos a continuación algunos hechos de la vida de Rosendo Castell, que lo retratan de cuerpo entero, además de que no dejan de tener un cierto interés histórico y social en el Madrid de aquel tiempo. Del cual ya hemos hablado en el primer tomo de estas *Memorias*.

* * *

Cultivamos la amistad de Rosendo Castell a fines del siglo pasado encontrándonos ambos en Madrid. Entonces era coronel de Sanidad Militar y formaba parte de un grupo de republicanos federales muy identificados con los anarquistas, entre los que se encontraban Nicolás Estévanez, Félix Jaime, Félix Latorre y otros muchos. El Círculo Federal se hallaba situado en la calle del Horno de la Mata, número 7, y su conserje era un anciano obrero llamado Jimeno, que había formado parte con Anselmo Lorenzo de la Primera Internacional de Trabajadores.

Por cierto que Jimeno hablaba a todas horas de aquellos memorables sucesos, en los que parecía haberse petrificado todo su ser.

Los federales ofrecieron su local a los anarquistas que andábamos dispersos por Madrid, y allí nos reuníamos todas las noches, siendo uno de los más asiduos Fermín Salvochea, al que no había manera de retener en la reunión una vez sonada la primera campanada de las diez. La mayoría lo imitábamos y cada mochuelo se iba a su olivo, hasta la noche siguiente.

Por entonces, Federico Urales y Soledad Gustavo, jóvenes y fuertes, rebosantes de amor a los ideales, vinieron a Madrid y fundaron *La Revista Blanca*. Los sindicalistas no habían salido todavía a la palestra, y la C.N.T. y la F.A.I. se fundaron, como todos sabemos, años después.

Pero sí había en Madrid bastantes anarquistas de excelente moralidad, celosos de la pureza de los ideales, entre los que se practicaba la solidaridad más estrecha. Pudiera decirse que las familias de aquellos compañeros formaban una sola familia. Aunque han pasado muchos años, todavía los recordamos con una profunda emoción de cariño. ¡Quién pudiera resucitarlos, estrecharlos entre los brazos, sentarse a su lado y charlar como otras veces, del próximo triunfo de nuestros ideales! ¡Y cuál sería su asombro si supieran que la revolución no la hicieron los nuestros, sino los peores enemigos que teníamos!

Los trabajadores madrileños que no comulgaban con el socialismo político de Pablo Iglesias, anarquistas, republicanos y societarios, se agruparon en sociedades de resistencia al capital y resucitaron la antigua “Federación de Trabajadores de la Región Española”, de la que nos apresuramos a participar. Estas sociedades obreras tenían su local en el Círculo Federal que les abrió las puertas y las ayudó en sus primeros pasos. Se constituían de una manera muy simple. La junta directiva se formaba para cumplimentar los requisitos de la ley de Asociaciones, pero no se le daba valor alguno. En las reuniones se nombraba la mesa con los compañeros más voluntariosos y se discutía escalonadamente, pero con sinceridad y sin ninguna coacción dentro ni fuera del local. Lo que sí se tenía muy en cuenta entre aquellos obreros, era la vida moral de cada uno, no sólo como individuos sociales, sino en sus deberes familiares. Y en lo que toca a los fondos de la sociedad, con tanta pena reunidos, era cosa sagrada para todos. No recuerdo que nadie se llevara un céntimo. ¡Brava gente era aquella!

* * *

Nosotros éramos muy jóvenes cuando Castell nos invitó a tomar parte en un complot revolucionario en el que los militares estaban en mayoría; tan joven, que algunos valientes desaprobaban mi participación en tan delicado asunto. Pero Castell se impuso en aquella ocasión; él nos garantizaba. Se trataba nada menos que de apoderarse del Palacio Real, dentro del cual teníamos algunos comprometidos, arrojar a la familia real por los balcones, con una cuerda al cuello, y proclamar la república. Después, según nosotros, deberíamos llamar a los obreros al combate y desencadenar una insurrección popular con sus máximas consecuencias.

Esas cosas se tomaban entonces muy en serio por los compañeros, que no esperaban relegar el triunfo de la anarquía para las calendas griegas.

La noche señalada para el asalto al Palacio Real compramos un pistolón formidable en una casa de préstamos de la calle de Atocha, nos lo pusimos en la cintura y nos dirigimos a la Plaza de Oriente, poseídos del mayor ardor bélico. Todos los

comprometidos faltaron a la cita, se rajaron, como hoy se dice, y sólo encontramos a Castell paseándose nervioso en uno de los patios del Alcázar y jurando que no volvería a participar en complot alguno. Como lo llevaba en la masa de la sangre, Castell no dejó nunca de conspirar. Ambos tomamos el fresco aquella noche en los patios accesibles del Palacio, echando sapos y culebras por la boca, mientras reyes y conjurados dormían el más tranquilo sueño. Ni siquiera los centinelas nos hicieron caso en nuestras idas y venidas.

Después hemos participado, en el curso de los años, en muchos complots más o menos parecidos, que nos llevaron a la cárcel y pusieron en peligro nuestra vida. No recuerdo haber triunfado más que en uno, al proclamarse la República en España, y entonces nos prendió el enemigo que triunfaba con la ayuda del pueblo y lo sustituía. ¡Triste destino el de los revolucionarios desinteresados y de buena fe!

* * *

La sociedad de albañiles “El Porvenir del Trabajo” había fundado en Madrid una escuela racionalista, en la que nosotros hicimos de profesor, hasta que nos metieron en la cárcel y se acabó la escuela. La noche de la inauguración se le olvidó acudir al delegado de la autoridad a una velada que celebrábamos, y aprovechando la ocasión, los oradores se despacharon a su gusto. Como siempre hemos sido poco aficionados a discursos, abandonamos el local del mitin y nos sentamos en el bar a tomar una taza de café. Al poco rato llegó Castell de la calle y se sentó a mi lado. Pronto tramamos un complot que empezó en una broma, pero que se tornó en serio y conmovió a toda España.

Como tiene una cierta importancia literaria e histórica lo publicamos a continuación.

* * *

En la época de nuestra narración, Madrid se preocupaba seriamente por el caso de la señorita Ubao, una heredera millonaria, internada en un convento por las mañas del Padre Ganzúa, que con malas artes había logrado separarla de su madre y de su novio, para que la Orden se quedara con su dinero. El Padre Ganzúa era muy conocido como especialista en la materia, un verdadero genio, y por eso se había ganado tan merecido apodo. La señora de Ubao, que era viuda, había reclamado por todos los medios a su alcance la devolución de la secuestrada, sin poder obtener lo que tan justamente pretendía. Ni siquiera el cuidado por su hija influyó en el ánimo de los discípulos de Cristo. En buenas manos estaba el panadero, como vulgarmente se dice. La pobre señora desesperada y dispuesta a todo, incluso a perder la gloria eterna, acudió a un hereje, a Don Nicolás Salmerón y Alonso, nombrándole su abogado con amplios poderes. En tan propicias circunstancias es cuando Pérez Galdós, aludiendo al caso de la señorita Ubao, escribió su famoso drama *Electra*, que se estrenaba con toda solemnidad en *El Español* una noche que celebrábamos nuestra velada en el Círculo Federal.

En todo de acuerdo con Castell acerca del plan que íbamos a desarrollar, dejamos el bar y penetramos resueltos en el local del mitin, ocupado por enorme concurrencia, la mayoría compuesta por obreros albañiles.

Castell subió a la tribuna y dijo más o menos estas palabras: “Mientras charlamos como cotorras, los jesuitas, validos de nuestra impotencia, han tenido la osadía de invadir el teatro y silbar estrepitosamente la obra de Pérez Galdós que se presenta esta noche”. Estupefacción en el auditorio, y después juramento y cierre de puños.

Nicolás Salmerón y García, el excelente amigo del pueblo y hombre bueno, que nunca faltaba a estas reuniones, sucedió a Castell en la tribuna y habló indignadísimo en el mismo tono.

Como Salmerón y García era sordo como una tapia, no podíamos, sin enterar a todos, ponerlo al corriente de la verdad. Nosotros cerramos el acto aconsejando enérgicamente a los concurrentes que se armaran de piedras, mientras más gruesas mejor, en una casa que había en construcción a pocos pasos del Círculo Federal. Así se hizo, sin que nadie desertara de las filas, y bien previstos de proyectiles nos dirigimos al teatro, dispuestos a darles una paliza morrocotuda a los jesuitas.

Cuando llegamos a la Plaza de Santa Ana, lugar donde se encontraba el teatro, reinaba una paz octaviana, que nos desconcertó un momento; pero pronto nos repusimos pensando en lo fácil que nos sería perturbarla.

Distribuimos los grupos a poca distancia del teatro con la orden de estar alerta al primer aviso, y luego nos fuimos a reunir con el “estado mayor” que acampaba en la taberna de “Los Pajaritos”. La broma siguió con Salmerón y García, y le propusimos que fuera al teatro para darse cuenta de lo que ocurría.

Como era tan sordo e iba tan indignado, volvió diciendo que la pita era formidable. La sugestión era capaz de producir esos efectos.

—Me he salido en seguida —decía—, por no enredarme a puñetazos con los alborotadores.

Ni que decir tiene que los jesuitas no habían hecho acto de presencia, pues, como es sabido, acostumbran a trabajar en la sombra, aunque maldita la falta que nos hacían en aquella ocasión para la realización de nuestros propósitos. La máxima de los jesuitas de que “el fin justifica los medios”, íbamos a llevarla por una vez al terreno de la práctica. Llamamos a unos vendedores de periódicos que nos eran conocidos, les ofrecimos algunos cuartos y se presentaron alborozados a representar el papel de “jesuitas” en la comedia que preparábamos como epílogo a la de Pérez Galdós.

Momentos antes de la salida del teatro concentramos nuestros grupos frente al local en actitud expectante. Y los “jesuitas” se distribuyeron convenientemente en la plaza, y algunos se situaron en las puertas del teatro, para mezclarse con los primeros que salieran.

Al mismo tiempo, la policía, que se había dado cuenta de nuestras maniobras, o avisada por algún espía, acudió en gran número, mandada por el inspector Visado, que llevaba puesto un levitón gris y un sombrero de copa de los más altos.

Momento emocionante por nuestra parte al abrirse las puertas del teatro. El silencio de la noche fue roto por los “jesuitas” que, a una señal dada, se pusieron a gritar como energúmenos: “¡Muera la libertad!” “¡Muera Pérez Galdós!” “¡Vivan los jesuitas!”

A lo que contestamos nosotros alzando puños y palos: “¡Viva la libertad!” “¡Viva Pérez Galdós!” “¡Mueran los jesuitas!”

Y ocurrió un zafarrancho de los mil demonios.

El inspector Visado avanzó hacia nosotros seguido de sus podencos, y Castell, que andaba algo cojo y llevaba para apoyarse un grueso garrote lo descargó con todas sus fuerzas sobre la cabeza de Visado, quien rodó al suelo sin sentido y con la chistera transformada en una tortilla.

Los que salían del teatro retrocedieron para entrar de nuevo, sobrecogidos de espanto, y los de las últimas filas empujaban como gañanes para ganar la puerta, rodando unos y otros en montón por el suelo. La policía repartía sablazos y palos a troche y moche, y piedras bien dirigidas los revoltosos. Desde los balcones llovían sobre las fuerzas públicas toda clase de proyectiles, como cubos y escupideras, y algunas voces femeninas chillaban azuzando al pueblo a la pelea.

Hasta hace poco quedaban algunos supervivientes de los alojados en aquel entonces en la Plaza de Santa Ana, que recordaban con emoción la noche aquella.

Al final de la contienda, que terminó por agotamiento de ambos bandos combatientes, los amigos nos dividimos en dos grupos, uno que se dirigió a las redacciones de los periódicos liberales, para protestar de la provocación de que habíamos sido víctimas por parte de los jesuitas, y otro que fue a las delegaciones de policía a reclamar la libertad de los detenidos, que se alcanzó no sin poco trabajo y en atención a que habíamos sido agredidos.

Nunca he olvidado a uno de los compañeros detenidos aquella noche, el albañil Ramiro, de formas corpulentas, panza voluminosa y corazón de niño, que le cogieron medio ladrillo oculto en la faja y que declaraba muy formal que como era albañil, tenía por costumbre llevar siempre aquella reliquia.

El pueblo de Madrid recogió el guante arrojado por los “jesuitas” y en las noches que siguieron al estreno de *Electra*, miles de hombres acudieron a la plaza de Santa Ana, armados como mejor pudieron, pero los jesuitas no se atrevieron a dar la cara.

—Los cobardes —decían las gentes— no atacan más que por sorpresa.

Con aquella trepa contribuimos a despertar al pueblo liberal de Madrid y a que la obra de Pérez Galdós alcanzara un éxito extraordinario en toda España, que quizás no mereciera desde el punto de vista literario, según técnicos en la materia. El autor de *Electra*, a quien una noche acompañó la muchedumbre con antorchas a su domicilio, no dudó un momento acerca de la agresión de los jesuitas, frustrada por la intervención popular.

Una vez el pueblo en la calle se desencadenaron, durante varios días, motines y ataques a los conventos, en uno de los cuales estuvimos a punto de perecer aplastados por la losa que arrojó un sacristán desde lo más alto de una torre.

Esta noche atacamos más de veinte mil hombres el convento donde estaba cautiva la señorita Ubao, sin que pudiéramos atravesar sus muros ni romper una sola vidriera del edificio. Entonces nos dimos cuenta de que aquellos conventos eran verdaderas fortalezas, distribuidas estratégicamente, como tela de araña, por todo el perímetro de Madrid. Sobre el mismo particular escribió entonces Joaquín Dicenta un artículo sensacional, uno de los mejores salidos de su pluma, que llevaba por título *El Sitio*.

Pero nuestro esfuerzo no fue en vano e influimos definitivamente desde la calle para que Salmerón ganara el pleito y fuera devuelta a su madre y a su novio la señorita Ubao, que la esperaban con los brazos abiertos, en tanto que el Padre Ganzúa se quedó por esta vez con un palmo de narices.

Se declaró el estado de guerra en Madrid. El general Weyler, el enano de la venta, cogió el mando, nosotros nos escapamos con el pellejo, pero fuimos a la cárcel por una larga temporada; los jesuitas aparecieron de verdad y no nos dejaron tranquilos ni a sol ni sombra, y la familia Ubao fue en peregrinación a Roma para besar el trasero del Papa y pedirle su bendición para que la limpiara de los contactos tenidos con herejes y revolucionarios.

Inolvidable amigo Castell, compañero de conspiraciones, prisionero en Montjuich, la fortaleza maldita por la que tantos mártires desfilaron, y que el pueblo cometió la torpeza de no arrasarla hasta en sus cimientos cuando tuvo la ocasión de hacerlo, si no la bendición del Papa, como la familia Ubao, te llevas al otro mundo la bendición de todos los hombres de tu moral y temple, para que te veas limpio del contacto que tuviste en los últimos días de tu vida, con traidores y verdugos.

La dignidad humana

Tiempo atrás, el presidente vasco José Antonio Aguirre dio una conferencia en México sobre un tema de máximo interés: “La dignidad humana como tributo consubstancial del pueblo vasco”.

Y en efecto, el pueblo vasco, ya en remotas épocas, en las que el hombre atropellaba por doquiera al hombre, nos ofrece un ejemplo de respeto poco común a la dignidad humana, tanto en el dominio eclesiástico como en el civil.

Esas virtudes del pueblo vasco se habían conservado intactas a través de los siglos, y surgieron potentes en el momento del levantamiento fascista, oponiéndose hasta el martirio al triunfo de aquella indignidad, una de las mayores que registra la historia horrenda del hombre.

Aquí cuadran a las mil maravillas las palabras de Kant en su *Crítica de la razón práctica*, al hablar del sentimiento natural de la dignidad humana: “El hombre honesto que sufre una desgracia grande, ¿qué hubiera evitado faltando a su deber? No se encuentra fortalecido por la conciencia de haber mantenido y respetado en su persona la dignidad humana y no tener que avergonzarse de su propia conducta. Si este consuelo no es la dicha completa, es, por lo menos, una parte esencial”.

Precisamente uno de los rasgos de la doctrina moral de Malebranche, que puede considerarse como la primera indicación de la filosofía del derecho que iba a elaborarse en el siglo XVIII, es la creencia en la inmanente dignidad del hombre, que radica en su naturaleza, no en su condición, que le sigue en todos los estados de la vida y le da derecho, por humilde que sea, a la estima y a la consideración de sus semejantes. Y si el filósofo citado hubiera vivido en la época en que las ciencias naturales alcanzaron su pleno desarrollo, habría encontrado los primeros gérmenes de la dignidad del hombre en las especies animales que le precedieron.

Pero lo que es inmanente al hombre, lo que todavía sobrevive en unos, ha ido paulatinamente desapareciendo en otros, a causa de la acción nociva que sobre ellos ejerce el medio social, propicio a una vegetación de hongos, mas no de bellas flores.

¿Dónde está la dignidad humana de los que explotan a sus semejantes; de los que los tienen sumidos en la ignorancia; de los que los gobiernan como muñecos; de los

que los separan de las leyes de la naturaleza y los hacen víctimas de enfermedades crueles; de los que prostituyen a la mujer; de los que abandonan al niño...?

¿Dónde está la dignidad humana de ese rebaño inmenso de desdichados que no se rebelan valientemente contra los causantes de sus males?

¿Dónde está la dignidad humana de la clase llamada instruida y emancipada, que sólo trata de sacar mayores beneficios del desconcierto general, sin condenar el crimen ni ayudar al caído?

Son seres que perdieron su dignidad y descendieron a un nivel más bajo que el de las bestias, que la conservan a su manera, sobre todo las que no tienen contacto con los hombres. El perro servil que lame la mano de su amo no iguala al águila que cruza libre el espacio azul del firmamento.

No hay nada que degrade tanto al hombre como el contacto continuo con la injusticia, porque les hace perder todo vestigio de sensibilidad. Por eso algunas veces los pueblos primitivos que no han tenido contacto con este basurero barnizado que se llama civilización, han llegado a darnos lecciones de esa dignidad, de la que estamos tan carentes.

Sobre este particular abrevaremos en las fuentes de un hombre que no es un filósofo de profesión y que no se propone establecer una concepción sistemática de la vida moral y de sus deberes. Sin embargo, su obra es un elemento esencial de la historia de las ideas morales, de la que podríamos sacar hoy excelentes lecciones. Nos referimos a Miguel de Montaigne, el gran amigo de La Boétie, que, como es sabido, escribió en el siglo xvi la primera obra anarquista intitulada *La servidumbre voluntaria*, que debería llevar en el bolsillo todo libertario.

Pues bien, uno de sus “ensayos”, que lleva por título *Los caníbales*, después de disertar atinadamente sobre ciertas características de los salvajes, nos refiere un episodio que es histórico.

Una vez llevaron a Francia a unos caníbales encontrados en un país remoto, y los condujeron a Suecia, donde a la sazón reinaba Carlos IX. Para divertirse a su costa, trataron de deslumbrarlos con la pompa de la Corte y las bellezas de la ciudad. Después aquellos cortesanos les preguntaron, para satisfacer su curiosidad, cuáles eran las cosas que más les llamaron la atención. Señalaron tres cosas, de las cuales el avisado Montaigne no se acuerda o no quiere acordarse más que de dos.

Helas aquí y que por cierto “deleitaron” a los oyentes.

La primera era la extrañeza que les causaba contemplar a unos hombres tan grandes y con largas barbas, robustos y bien armados (la guardia suiza), que rodeaban a un niño (el rey), al cual se sometían, cuando lo natural hubiera sido nombrar a uno de ellos para dirigir a los otros.

La segunda, que dejó a todos atónitos, era que habían apercibido la presencia de unos hombres hartos de toda suerte de comodidades, mientras que sus mitades (así llamaban a sus semejantes, con un alto concepto de la igualdad) mendigaban a las puertas de los palacios, roídos por la mayor miseria, y encontraban muy extraño que aquellas mitades tan necesitadas pudieran sufrir tal afrenta sin estrangular a los culpables y poner fuego a sus viviendas.

Los caníbales de que nos habla el maestro de la lengua francesa no habían leído a Malebranche, ni comentado a Kant, ni escuchado a Aguirre. La dignidad humana se mantenía incólume en el alma de aquellos salvajes, no deformados por las institucio-

nes sociales, y se declaraban incompatibles con las miserias morales de una mal llamada civilización.

La idea de la paz

La idea de la paz estaba tan arraigada en los espíritus, que dos de los malhechores de mayor calibre en aquella época, el emperador de Alemania y el zar de Rusia, creyeron oportuno presentarse como paladines del pacifismo, celebrándose reuniones oficiales en La Haya, que tenían por sede el Palacio de la Paz. Como sabíamos a qué atenernos con respecto de aquellos dos “pacifistas” y sus compinches, convocamos paralelamente a un Congreso Antimilitarista Internacional, que debería celebrarse en Amsterdam, y que fue organizado por un hombre de cuerpo entero, Domela Nieuwenhuis, antiguo pastor protestante, primer diputado socialista en el Parlamento holandés, y después anarquista y crítico notable del marxismo. Un día hablabamos detenidamente de este hombre extraordinario, una de las figuras más bellas, por todos los conceptos, del campo anarquista. Nuestro Congreso alcanzó un éxito extraordinario, y congregó a hombres de todas las tendencias políticas, sociales y filosóficas, y hasta algunos religiosos, que, como verdaderos discípulos de Cristo, aborrecían el crimen de la guerra. El anarquista polaco Siegfried Nacht y nosotros, asistimos en representación de los antimilitaristas españoles y portugueses, gracias a la intervención de Francisco Ferrer, que tomó cartas en el asunto. En el congreso predominó el espíritu libertario. Todavía recordamos con emoción la noche de clausura. En el teatro mayor de Amsterdam se congregaron más de 30.000 almas, quedando otras tantas en la calle por falta de sitio; se habló en varios idiomas, cada delegado en el suyo, y un coro de 300 mujeres, cantoras de teatro, entonaron un himno por la paz entre los hombres, constituyendo el acto uno de los espectáculos más grandiosos que jamás hemos presenciado. Y se constituyó una Internacional Antimilitarista, de cuyo Comité formamos parte. ¡Qué pequeño nos pareció el Palacio de la Paz, al volver por La Haya, comparado con el que todos habíamos levantado en nuestro corazón! Y luchando contra los que pretendían acabar con la paz del mundo, nos vimos rechazados de casi todos los estados de Europa, no encontrando otro refugio que en Inglaterra. Pero estábamos satisfechos, pues la paz parecía asegurada y podíamos laborar tranquilos por otras conquistas.

—La paz es un hecho y la guerra acabó en el mundo —nos decía una tarde, en Londres, mientras tomábamos una taza de té, nuestro compañero B. Harvey, un sabio inglés parecido en lo físico y en lo espiritual a Eliseo Reclus.

Confiados dormíamos en nuestros laureles, con la vista fija en Rusia, España e Italia, países en los que la revolución social nos parecía más próxima, cuando empezaron a llegarnos rumores siniestros. Primero fue nuestro amigo Amilcare Cipriani, el viejo garibaldino, el ayuda de campo de Flourens durante la Comuna de París, que decía: “Hay que estar alerta, pues los gobernantes declararán la guerra en cuanto acaben de afilar las armas”. Luego fue Kropotkin que interrumpía su viaje anual a Suiza por motivos de salud, para no verse allí sorprendido por la guerra. Y un día penetró de sopetón en nuestra habitación, seguido por sus familiares, un querido

compañero francés, recién llegado de París, que nos decía: “Vamos de paso para Canadá, pues no queremos participar, por ser un pleito entre capitalistas, en la guerra que se avecina”.

“¿Pero será posible —nos decíamos— que todo el esfuerzo hecho haya sido estéril y que la guerra con todos los horrores se desencadene otra vez entre los hombres? Y si así fuera, ¡ay! de los malvados que lleven a los pueblos a la matanza, pues serán en el acto aniquilados. Los hombres no traicionarán sus ideales y aprovecharán la ocasión que se presenta para dar al traste con el viejo mundo”.

Y a toda prisa los revolucionarios anarquistas que estábamos refugiados en Londres convocamos a los representantes populares de los países amenazados a una reunión para ponernos de acuerdo en la lucha que íbamos a entablar en tan críticos momentos. Y ¡oh decepción!, vinieron pocos y con noticias que nos helaron de espanto. La guerra era inevitable y nuestra causa estaba perdida. Los socialistas alemanes, a los que nos presentaban como modelos del socialismo político de otros países traicionaban sus ideales en la primera ocasión que se presentaba, empuñaban las armas a las órdenes del Káiser y entregaban la humanidad al horrendo crimen de la guerra. En cambio, unos diez mil anarquistas que en Alemania había, se nos ofrecían a ofrendar sus vidas por la paz. ¡Malditos sean para siempre aquellos hombres, factor decisivo por su número y situación, en la balanza de la paz y de la guerra, que llevarán eternamente sobre sus frentes el sello de la traición de Judas! Si hubieran cumplido como buenos socialistas, los franceses e ingleses los hubieran seguido como un solo hombre, y los pueblos no hubieran pasado por penalidades sin cuento, ni hubiera sido posible hoy una nueva guerra.

Y estalló la guerra con todas sus consecuencias espantosas, y los cuatro jinetes del Apocalipsis, a que aludía Blasco Ibáñez, galoparon por los campos de Europa, haciendo retemblar con sus cascos la tierra entera. El sol de la fraternidad y de la justicia social, que empezaba a asomar por el oriente, se eclipsó en aquel momento, y eclipsado sigue, cada vez por más negros nubarrones, y las mayores desgracias cayeron sobre los hombres, y los partidos que combatían el capital, partidos socialistas y organizaciones sindicales, perdieron su personalidad de lucha de clases, y se convirtieron en apéndices atroficos de las democracias burguesas.

Las ideas más puras se enturbian cuando pasan por los hombres, como las aguas cristalinas de una fuente cuando pasan por un pantano.

Los anarquistas en la revolución española

Al comenzar el siglo xx me encontraba refugiado en Francia, y más tarde en Inglaterra, y estaba en estrecho contacto con los anarquistas más destacados de aquella época. Aunque era muy joven y ellos ya de edad madura, me acogieron sin reserva alguna y no vacilaron en hacerme partícipe de los asuntos más delicados. Eran hombres extremadamente inteligentes y sabían con quiénes trataban y lo que se podía esperar de cada uno.

Aquellos anarquistas eran revolucionarios conscientes, además de grandes teóricos. Por aquel entonces se estaba en continuo alerta y se pulsaba el estado del espíritu de cada país, para intervenir en la primera ocasión que se presentara. Rusia y España

eran los pueblos que a nuestro entender ofrecían las mayores probabilidades para intentar un movimiento revolucionario. Y, en efecto, los acontecimientos vinieron a demostrar que estábamos en lo cierto.

Algunos de aquellos hombres, como Malato, Grave, Malatesta, Tarrida del Mármol, Francisco Ferrer, Lorenzo Portet y Nicolás Estévanez, se interesaban de continuo por la situación española y no dejaban de intervenir en toda ocasión que se presentaba.

Por lo tanto se hizo una intensa campaña para revelar a la opinión europea los crímenes de la monarquía inquisitorial española. Primero fue la campaña en pro de las víctimas de Montjuich, que culminó en la ejecución de Cánovas por Angiolillo, a la que siguieron las de la Mano Negra, Jerez, Alcalá del Valle y otras menos ruidosas. En esas campañas participaron los hombres más notables de los países civilizados, impulsados por los anarquistas. El mismo Clemenceau escribió artículos brillantísimos en defensa de los supervivientes de la Mano Negra, que se publicaron en *La Dépêche*, de Toulouse, y que después formaron parte de un folleto que editó *Les Temps Nouveaux*. Numerosos mítines, folletos y periódicos ilustraron sobre el particular a todas las capas sociales. Un periódico, *L'Espagne Inquisitoriale*, editado en París, se hizo eco y fue el órgano, durante algún tiempo, hasta que lo anuló el gobierno francés, instigado por el español, de esas campañas.

Entre los compañeros que más nos ayudaron en la redacción de dicho periódico, destacaba un catalán, hombre de muy buena fe, llamado Cardenal, ya borrado del mundo de los vivos. Le tributamos desde estas páginas un recuerdo cariñoso.

Aquellas campañas contribuyeron a la muerte moral de la infame monarquía española, que llegó a ser una horrible pesadilla para el mundo civilizado. Así fue posible que la opinión francesa nos arrancase con su influjo de las garras de la justicia burguesa, cuando el atentado de la rue Rohan, en París, contra Alfonso XIII.

Todavía se presenta ante mis ojos un cuadro conmovedor que se desarrolló ante los jueces y jurados que nos juzgaban: era la imagen dulce de madame Severine, que explicaba nuestra actitud como la de un alma atormentada por los horrores de la España negra, presentando un cuadro tan patético de los tormentos de Montjuich, que el mismo presidente del Tribunal, magistrado Fabre, protestó en el acto contra los verdugos, y la guardia republicana que nos custodiaba se secaba con el pañuelo los ojos llenos de lágrimas.

A esta atmósfera de simpatía hacia la revolución española, a la que contribuyeron en primer término los anarquistas, se debió en parte el movimiento formidable que conmovió a Europa y América cuando el asesinato vil de Francisco Ferrer.

* * *

Fueron los republicanos los que se acercaron a los anarquistas solicitando su ayuda revolucionaria para derrumbar la monarquía española. Éstos aceptaron una misión tan peligrosa como arriesgada, que de tener éxito hubiera sido la señal de un levantamiento nacional. Por cierto que uno de los comprometidos era el impostor general Cabanellas, que más tarde murió en brazos del fascismo. Nada les ofrecieron ni nada exigieron. No había otra cosa en aquellos hombres.

Darían golpes más mortales sobre el enemigo, que aprovecharían los republicanos; pero una vez la monarquía vencida, cada uno seguiría su camino de acuerdo con sus aspiraciones. Sus intenciones no eran otras que las de llevar la revolución a su último extremo social, y destruir hasta los cimientos los pilares en que la monarquía se

asentaba: ejército, capital, iglesia, magistratura. Sobre todo, el ejército reaccionario, sostenedor de todas las infamias en aquel país, e infame en alto grado, había que aniquilarlo por completo, fusilando a sus jefes y entregando el armamento a los trabajadores revolucionarios.

En fin, si no se podía llegar a establecer un comunismo libertario, como eran sus intenciones, la República, por lo menos, se levantaría radiante e incólume sobre la tumba de sus enemigos, y estaría adornada de las mejores esencias libertarias. Y los anarquistas dejarían un ejemplo brillante de cómo sabían conducirse, a las generaciones futuras.

Pero ¡ay!, los acontecimientos fueron adversos: fallaron el atentado de la rue de Rohan, de París, y el de la calle Mayor, de Madrid, y las huestes de la nefasta monarquía continuaron esquilmando y embruteciendo a España.

El cura y el anarquista

Los dos eran vecinos, el cura y el anarquista: y además buenos amigos. El cura era buen hombre y tomaba en serio su ministerio. Hasta se parecían en lo físico cuando vestían sus batas blancas. Así se daba el caso de que tomasen al uno por el otro, sobre todo las inocentes criaturas, que besaban las manos del anarquista, creyendo besar las del cura. No importa, decían los crédulos negritos, porque los dos hablaban con Dios. Pero lo más curioso del caso es que el anarquista era el confesor, con quien se confesaba el cura, no contándole sus pecados, porque no tenía, sino sus escrúpulos de conciencia en aquel medio anticristiano.

Un día el cura, con aire de misterio, entró en la casa del anarquista y le dijo en voz baja, mientras miraba con desconfianza a su alrededor por si alguien lo escuchaba:

“Han aparecido colgados de unos árboles, a pocos pasos del camino, dos hombres desconocidos, sin que se sepa quién los ahorcó, aunque es de suponer. Los caminantes que pasan a su lado se santiguan y aceleran el paso de sus caballos sin hacer comentarios. Las fieras se los van comiendo poco a poco; comenzaron por los pies y ya llegan hasta el vientre. ¡Y sin enterrarlos como cristianos!” “Mal anda la cristiandad”, le contestó el otro con una sonrisa amarga.

El lugar en que vivían, el cura y el anarquista, era donde Cristo dio las tres voces, en un sitio incomunicado de la provincia de Montecristi, en la República Dominicana. Había una nota simpática en aquella apartada región, y es que ahí nació Máximo Gómez, el libertador de Cuba.

Cerca del pueblo de Guayabín, hay una lápida donde Máximo Gómez y José Martí escribieron el “Manifiesto de Montecristi” el 25 de marzo de 1895. Martí lo firmó como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, y Máximo Gómez como General en Jefe electo por todos los miembros activos del Ejército Libertador. Siempre me fueron altamente simpáticos los revolucionarios cubanos, y en su defensa tuve el honor de ser condenado a 8 años de prisión. Los bandoleros españoles que dominaron en la Isla de Cuba fueron de la misma categoría de los que hoy asesinan y roban en España. Hay que exterminarlos, como lo hicieron los cubanos, por una insurrección popular, bien organizada y armada. De Montecristi pasaron los dos

libertadores a Puerto Príncipe, en la República de Haití, para hacerse de armas y de una embarcación que los condujera a la Isla de Cuba.

* * *

Curas había en abundancia en aquel pueblecito, pero médico formal fue el primero el anarquista a que me refiero. Aunque era tan fácil nombrar allí un médico como se nombra un guardia municipal. El “médico” que precedió al anarquista había tomado parte en la política local, favoreciendo con su influencia al triunfador, que era un hombre agradecido. Y en premio a sus servicios lo hizo médico, como lo hubiera podido hacer obispo; y después pasó a la categoría de fiscal, de lo que sabía tanto como de medicina; luego fue diputado, y más tarde senador; estos dos últimos cargos no exigían conocimientos, sino desconocimiento de muchas cosas. Era en el fondo muy buena persona, pero tuvo la desgracia de nacer en aquel lugar y no pudo ser otra cosa. Además de los cargos públicos que ostentaba era un agente activo en la multiplicación de la especie, atendiendo a varias señoras de las que tenía numerosa prole.

Cuando el médico anarquista llegó a Sabaneta, nombre del pueblo a que me refiero, fue a recibirlo a la mitad del camino el ilustre Jefe de Sanidad del Distrito, un negrazo que había servido como soldado de fortuna a su jefe, quien como recompensa por su lealtad le dio el cargo que había solicitado. Pero él no hacía muchos disparates en la profesión, porque la mayor parte del tiempo lo dedicaba a las conquistas no militares, sino femeniles. Era un tenorio negro.

En aquella circunstancia los negritos y mulatos perdidos en la selva dejaban la cura de las enfermedades a la fuerza medicamentosa de la Naturaleza, como si hubiesen leído a Hipócrates. Solamente que como eran buenos creyentes, cuando tenían un niño gravemente enfermo, cogían el camino y lo llevaban a la casa del cura, que se apresuraba a bautizarlos para que no fueran al infierno. Aquello era una romería, desfilando las pobres criaturas una tras otra. ¡Y cuán en serio tomaban aquel disparate los padres de la criatura y el sacerdote! Y una vez hecho cristiano, se lo llevaban a casa a morir en el seno del señor.

Pero un día el anarquista gritó: “¡Ni un día más, padre cura, seguirá usted haciendo de Herodes!” Y cogió a un niño de los más malitos que llevaban a bautizar, y a la ignorante de su madre, y se los llevó a su casa, atendiéndolo convenientemente y, como era de esperar, el niño se salvó. Y a los pocos días volvió a su lugar rosado y sonriente.

Desde aquel día se acabó la romería a la casa del cura de los niños condenados a muerte; iban a la del anarquista y se salvaban.

Por lo que un viejo negro de la vecindad guiñaba el ojo y decía a la gente: “El médico hace más milagros con su ciencia que el cura con sus bautizos”.

La influencia moral de los sindicatos

Los sindicatos de trabajadores organizados por los anarquistas españoles, no sólo elevaron el nivel moral de los asociados, sino que influyeron poderosamente en el ambiente social en que se desenvolvían.

Los obreros catalanes, influidos por las ideas del sindicalismo libertario, que allí comenzó a manifestarse a mediados del siglo pasado, pueden considerarse como uno de los más cultos y morales del mundo. Además de sus conocimientos profundos en cuestiones sociales, eran versados en ciencias, literatura y artes. Aman la música y juzgan con acierto las obras teatrales. Son amigos de la naturaleza y aprovechan los días festivos para pasarlos en el campo. Detestan el abuso del alcohol, y cuando se contempla en la calle a un beodo, se tiene la seguridad de que se trata de algún marinero de los barcos surtos en el puerto barcelonés.

Cuando se recorre la región catalana se tiene la impresión de que se encuentra uno en un emporio de civilización y de trabajo. Aparte de las bellezas naturales, que no envidian a las de ningún país, algunas de sus industrias no tienen rival, y sus campos están escrupulosamente cultivados. Toda aquella grandeza es la obra de los trabajadores y no de los capitalistas retrógrados, sus opresores. Por eso las heridas que durante la guerra recibía la tierra catalana, desgarraban al mismo tiempo mi corazón. En vez de inclinarse ante aquella tierra maravillosa y admirar el esfuerzo de sus hijos, los monstruos de la guerra vomitaron torrentes de metralla para destruirla.

Un pueblo tan bien equilibrado física y mentalmente como el catalán, no podía mostrarse indiferente ante los desmanes de la tiranía. No conocemos una capital que iguale a Barcelona por su heroicidad en las luchas sociales. Ha habido ciudades en las que una matanza de trabajadores, o la ejecución de algunos de ellos, ha sofocado el movimiento emancipador por mucho tiempo. No ha sido así en Barcelona, donde la clase obrera, en vez de amedrentarse por una represión sangrienta, y las ha habido allí terribles, se ha levantado más potente que antes. Durante la guerra contra el nazifascismo luchó con la valentía de siempre contra los secuaces de Franco, quien se sostuvo tambaleándose gracias a la complicidad de las falsas democracias y a la incapacidad de las clases trabajadoras internacionales, supeditadas en cada país a la política imperante.

¡Qué diferencia entre Cataluña sindicalista y anarquista, y Navarra carlista y católica! En esta última región se abusa de las bebidas alcohólicas de una manera extraordinaria. Recuerdo que durante mi destierro en Estella, el foco del carlismo, al caer la tarde estaban casi todos los hombres borrachos y en las festividades se celebraban bailes durante el día, porque de noche nadie era dueño de sus piernas. Un pueblo alcohólico carece de moral y es huérfano de todo ideal generoso. Cataluña ha dado siempre hombres para la revolución y Navarra para la reacción. Una es la luz, otra es la sombra.

Aunque las regiones tienen en España sus características especiales, no por eso dejaron de ser influidas por Cataluña, en lo que toca a las luchas sociales.

En los pueblos de Extremadura se exigía, para ser socio de los centros obreros o "Casa del Pueblo", dos requisitos esenciales: no ser alcohólico y no tratar mal a su familia. Sin esas virtudes, no se les admitía como asociados, quedando en una situación insostenible, sin la ayuda de sus compañeros.

Recuerdo el caso ocurrido en un pueblecito cercano a Sevilla, llamado Camas, donde la organización obrera llegó a alcanzar un alto grado de perfección, dando pauta a la vida moral de sus habitantes. Un día llegó al lugar un secretario de Ayuntamiento, acostumbrado a las peores mañas. La organización obrera le declaró el boicot. El dueño del hotel donde paraba le comunicó la necesidad de dejar su casa,

para no verse también boicoteado, y hasta le negó el almuerzo. Y en el café y en el estanco no quisieron servirlo, así que el mismo día se marchó del pueblo, comprendiendo que la vida le sería imposible. He aquí un caso de coacción moral, en que un tunante no pudo vivir entre personas honradas. Y no se trataba de un hecho aislado, sino bastante generalizado. Donde la mayoría son unos malvados, el hombre bueno vive crucificado, pero si la mayoría se compone de hombres decentes, el pícaro vive asfixiado en sus propias culpas.

Uno de los casos más sorprendentes de la influencia de los sindicatos en la vida moral de un pueblo la observé en Sevilla. Los obreros se fueron apartando de cantinas y de la chulería reinante, y se hicieron hombres estudiosos y reflexivos.

Sevilla es la cuna del toreo en España, y la fiesta bárbara estaba tan arraigada que los trabajadores empeñaban hasta la ropa de cama para asistir a las corridas. Y después de la función, no se hablaba otra cosa que las hazañas de los toreros y de los problemas de tauromaquia. Una vez que volví a Sevilla después de 15 años de destierro en el extranjero, me pareció que había llegado a un manicomio, no de locos, sino de tontos, pues de la mañana a la noche, y en todos los lugares de la capital, no se hablaba de otra cosa que de una oreja dada a un torero, bien dada según un bando, mal dada según el otro. Creí por un momento que aquellos idiotas estaban irremediablemente perdidos, pero hice lo posible para despertarlos con ayuda de los sindicatos obreros. La labor dio pronto sus frutos y los trabajadores acabaron por perder su afición a los toros; y no sólo negaron su asistencia a la fiesta bárbara, sino que se opusieron a las conversaciones taurinas en los lugares públicos. La afición a los toros era un auxiliar poderoso, embruteciendo al pueblo, de todos los farsantes y explotadores. Cuando se proclamó la República portuguesa y la gente negra corría hacia España, uno de los días que llegaba un cargamento de religiosos a Sevilla se convocó a una corrida de toros a bajo precio, y mientras la gente acudía a la fiesta llegaba un tren cargado de frailes y monjas, que inundaron la villa.

Cuando los aficionados a los toros se dieron cuenta de que el pueblo les era hostil y no acudía a la fiesta, celebraron una reunión en el “Club Gallito”, donde se acordó la disolución de la Sociedad por falta de ambiente. “Qué le vamos a hacer — dijo el presidente—, las cosas van cambiando, y no hemos seguido el curso de esa evolución; así que lo mejor es la disolución del Club y que cada uno tome el partido que crea conveniente”. En su reglamento había una cláusula que trataba de los fondos en caso de disolución, los cuales deberían pasar a una sociedad benéfica, según la voluntad de los asociados. Uno de los presentes dijo estas palabras: “Yo propongo que los fondos se le entreguen al doctor Vallina, para que los ingrese en los del Sanatorio Antituberculoso que dirige ayudado por la ciudad. Además ha sido el que más nos ha combatido, y debemos de confesar que lo ha hecho con nobleza y altura de mira”, se votó por unanimidad la propuesta, y tres socios vinieron a mi domicilio a hacerme entrega del dinero, que yo destiné para el fin indicado.

La hostilidad hacia las corridas de toros era tan profunda, que como los señoritos vagos dieran una fiesta taurina, el pueblo acudió a las puertas de la plaza e hizo pedazos los automóviles de los que estaban dentro.

Desde el momento que los trabajadores alcanzaron un nivel de moral más alto, se mostraron incompatibles con la inmoralidad reinante y se creyeron en el deber de combatirla.

Ya no era posible en unas oposiciones a cargos públicos entregar las plazas a los que mejor las pagasen o tuvieran más influencia, porque la protesta era enérgica y se imponía la justicia.

Ni los tribunales de justicia ni los jurados podían condenar impunemente a los trabajadores inocentes, porque se jugaban la vida.

Ni los presidentes de los gobiernos, como Dato y Canalejas, podían atropellar a los trabajadores, porque eran ejecutados por el pueblo.

Ni los gobernates abusar de su cargo como aquel conde de Salvatierra que mataron en Valencia en plena fiesta de Carnaval.

Ni tampoco se permitía el juego, fuente mayor de ingresos clandestinos de los gobernadores, pistola en mano, llevándose el dinero para fines benéficos o revolucionarios.

La acción del pueblo, moralmente grande, iba barriendo con su empuje todo lo podrido, y dejando expedito el camino para una era nueva.

Aquel esfuerzo desembocó en una gran Revolución, ahogada en sangre por la maldad de los reaccionarios, la complicidad de las falsas democracias y la pasividad de las clases trabajadoras de todos los países, apartada de los principios salvadores de la Primera Internacional. Pero el eclipse es pasajero, y la lucha no cesará hasta el triunfo del pueblo.

Si la clase obrera de un país cualquiera está desunida, roída por todos los vicios, y al servicio de la política dominante, entonces no hay que esperar nada bueno para el pueblo.

Hay, pues, que laborar para que la clase trabajadora se agrupe en una sóla organización de tipo libertario, en cuyo seno no puedan los jefecillos explotadores y ambiciosos, más peligrosos que los patronos mismos, sino los trabajadores auténticos. Así se construiría una fuerza formidable que aplastaría todas las manifestaciones del mal.

Si no fuera así, el esfuerzo de una minoría de personas bien intencionadas para oponerse al mal, sería insuficiente, y el fango lo cubriría todo, secando las fuentes de la vida.

La muerte del piloto

El primero de abril me había levantado antes del amanecer, pero a poco se desvanecieron las sombras de la noche y una tenue claridad se dibujó en el oriente. El sol mostró en seguida su disco de oro, primero pálido, luego encendido, como una amapola, y el cielo cambió su color cenizo por un azul purísimo. En los trópicos, el crepúsculo no arrastra su carro de belleza sino que pasa más rápido como un avión.

Contemplaba todavía soñoliento la espléndida verdura de la selva, que allá en el horizonte se confundía con el azul del cielo, y pensaba en las múltiples bellezas que iba a depararnos el nuevo día, como si no existiera el dolor en los hombres, cuando de improviso apareció un individuo que me hizo volver a la realidad.

Era un empleado del Ayuntamiento, que me invitaba, en nombre del alcalde, a reunirme con mi hijo, como médicos, a una expedición que partía para buscar a un

aeroplano perdido en la intrincada selva de Oaxaca. Entonces me vino a la memoria la tragedia de dos aviadores españoles, creo que se llamaban Barberán y Collar, perdidos hace años en la misma selva, sin dejar rastro de sus personas.

En un camión nos acomodamos los médicos, un empleado del Ayuntamiento y varios policías. A poco de salir del pueblo, nos internamos en el laberinto de la selva tropical. El camino que seguimos era tan estrecho que apenas si podía pasar el vehículo, y lo habían abierto con el filo de las hachas, tumbando árboles seculares, que yacían acostados, como gigantes, roídos por los elementos, sobre los bordes de la ruta. Yo iba en la cabina con el chófer y no lo pasaba mal, pero los que se colocaron sobre la plataforma, tuvieron que echarse para librarse de las ramas de los árboles que en la carrera les azotaban con violencia.

¡Qué selva tan bella y solitaria! Apenas si se veían algunas vacas y un grupo de chozas de palma, en cuyas puertas jugaban los niños desnudos, mientras que las mujeres iban de aquí para allá, a medio vestir y con la cabeza cubierta de un gran sombrero de paja, que las resguardaba tanto del sol como de la lluvia. En algunos parajes cambiaba la decoración, y en vez de la espesura del bosque, se presentaban grandes claros con numerosos batallones de palmas y altos yerbales. Los bejucos se enredaban a los troncos de los árboles y subían como si quisieran alcanzar el cielo, coronados algunos con penachos de flores. Había árboles añosos tan cargados de plantas parásitas, que se los contemplaba moribundos, con sus escasas ramas medio secas y sus hojas mustias. Me recordaban a los viejos obreros enfermizos y agotados, víctimas de los parásitos sociales, que les habían chupado los jugos de la vida.

¡Y hablaban los malvados que desencadenaron la guerra mundial de la falta de espacio vital, cuando tantos cientos de miles de hombres podrían vivir y prosperar en estas tierras tan ricas y bellas!

A las dos de la tarde llegamos a Palo Gacho, donde viven unos doscientos vecinos, agrupados alrededor de la pequeña estación del ferrocarril. La agricultura era allí rudimentaria: algunos cuadrillos sembrados de piña, maíz, arroz y habichuelas.

Entonces tuvimos noticias del desastre. En las cercanías se había desplomado el aeroplano, perdido en las nieblas de la mañana, no llevando otros pasajeros que el piloto y un policía municipal al servicio del campo de aterrizaje. Antes de su destrucción el aparato, en su agonía, aleteó convulsivo sobre los grandes árboles, tronchando algunos de ellos, heridos como por un rayo, hasta que cayó en pedazos, hundiéndose su máquina en el suelo. Acudieron al estrépito algunos campesinos de los alrededores y recogieron al piloto moribundo y al policía machacado. Los llevaron a Palo Gacho y colocaron sobre la plataforma de un camión, esperando la ayuda de fuera. Cuando llegamos a aquel lugar, la gente rodeaba a los heridos, con el espíritu conturbado y sin saber qué partido tomar. El piloto era un hermoso joven de 24 años de edad, que yacía en estado comatoso. En el examen que le hicimos apreciamos: una fractura en la base del cráneo, otra del maxilar inferior, una pierna tronchada por el muslo, contusión fortísima en el pecho y varias cortaduras de cristales en manos y rostro. El policía sufría contusiones en una rodilla y rostro, y el cuerpo magullado por los golpes.

Con toda clase de precauciones, después de una cura de emergencia, recogimos a los heridos y los trasladamos a Loma Bonita, donde se les podía prestar la ayuda necesaria. Por el camino se fue agravando el piloto, presentando síntomas de una

hemorragia cerebral, así que, cuando llegamos al pueblo, se encontraba en un estado preagónico.

Como no existía ningún hospitalillo para esos casos, me llevé los heridos a mi clínica con el beneplácito de los acompañantes, que sabían cómo nos conducíamos con los infortunados.

En la puerta de la vivienda se agolpó la gente del pueblo, y a poco apareció la mujer del piloto lanzando gritos desgarradores. Llevaba tres meses de casada y había quedado embarazada. Cuando se tranquilizó un poco dispuso que viniera un médico de la localidad para que se pusiera de acuerdo conmigo, y que además se llamara a un sacerdote con toda urgencia. No me opuse a los deseos de la infortunada mujer. El cura le dio la extremaunción y salió encantado de nuestra acogida. El galeno propuso que se aplicara una punción intrarraquídea y se aplicara una bolsa sobre la cabeza. El hombre demostraba su buena voluntad, pero al acabar de perorar, expiró el herido. Yo no había aplicado aquellas medicinas porque las creía contraindicadas en aquel momento. Además de que se encontraba en estado agónico.

El dueño de un hotel y café vecino, Maximiliano Álvarez, que detrás de una rudeza aparente encierra un corazón generoso, ofreció el salón de su vivienda para colocar el cadáver del piloto y rendirle el homenaje debido. Aceptamos la propuesta y el ataúd fue colocado en un catafalco, ante el cual desfiló todo el pueblo condolido.

No hacía muchos días que se había constituido aquí una pequeña compañía de aviación, para el transporte entre los lugares cercanos que carecían de vías rápidas de comunicaciones. Por lo pronto adquirieron dos aeroplanos "Aeronca", con plazas para tres pasajeros y el piloto. Un aparato quedó destruido en un aterrizaje, matando a un borracho por su culpa, a una mujer y a un niño. El otro aeroplano es el de este relato, así que la compañía de aviación modesta de por sí tuvo poco éxito en su empresa.

El entierro del piloto provocó un conflicto lamentable; la viuda quería llevarse el cuerpo de su marido a la capital de Oaxaca, viaje largo y difícil de verificar, mientras que el representante de la compañía pretendía que se enterrase en ese lugar, para evitar los gastos del traslado.

Todo un día invertimos en el embalsamamiento del cadáver, cuya descomposición era rápida en este clima de fuego. Por fin conseguimos que se conservara hasta la solución del conflicto. Al quinto día del suceso iban a enterrarlo en el cementerio del pueblo, cuando varios individuos, partidarios de los derechos de la viuda, cogieron la caja mortuoria y la colocaron en la vía férrea, territorio federal, hasta que se la llevaron en tren a Oaxaca.

Quedó en mi clínica durante un mes el maltrecho policía municipal, y por cierto que resultó ser una buena persona, que se pasaba los días leyendo la buena literatura libertaria que yo le proporcionaba. Se olvidaba de sus dolores y se lamentaba de que no se pudiera vivir desde ahora en la sociedad futura.

Y aquí termina la historia de un infortunado obrero que murió cuando le sonreía la juventud y el amor, dejando abandonada a su compañera encinta en una sociedad cruel, llena de acechanzas y de peligros.

[Correspondencia]



CLINICA MÉDICO-QUIRÚRGICA Y DENTAL
DR. PEDRO VALLINA. DR. HARMODIO VALLINA.
LOMA BONITA, OAX.

16 de junio de 1960

A: Renée Lamberet¹

Querida compañera y amiga: tu última carta traía la fecha del 6 de mayo. He agradecido mucho el interés que te has tomado por mi salud. He mejorado bastante y me voy sosteniendo, cosa que me alegra, porque todos los días espero noticias menos alentadoras. ¿Qué pasa en Francia con esas huelgas?

...Te remito tres fotografías de indios de esta selva. La muchacha que levanta el brazo izquierdo, lo tiene enfermo de gangrena y hay que amputarlo. No conoció a sus padres, y andaba errante como un animal con unos y otros. Fumaba de continuo y a una enteritis del tabaco debió la enfermedad de un brazo. Y siguió fumando a pesar de mis consejos.

Si Henri David Thoreau viene a esta selva, en vez de *Walden*, no hubiera escrito aquellas páginas tan maravillosas. Tal vez se hubiera ahorcado de un árbol o escrito un tratado sobre el pesimismo.

Con recuerdos para Costes y demás amigos, recibe mi fraternal abrazo.

PEDRO VALLINA

El calor es aquí espantoso por este tiempo, y la disentería, el paludismo, etc., hacen grandes estragos, pero el peor enemigo es el alcohol. Los asesinatos son muy frecuentes.

* * *

1 N.E.: Renée Lamberet colaboró en la edición original de *Mis memorias*. A ella se debe la serie de biografías, traducidas del francés por Luis Castro, que han quedado incorporadas al texto con sus correspondientes ilustraciones (excepto las de E. Goldman, F. Ferrer y F. Salvochea, preparadas para esta edición).

CLÍNICA MÉDICO-QUIRÚRGICA “RICARDO FLORES MAGÓN”

Doctor Pedro Vallina Martínez.— Universidad de Sevilla (España).

Calle Morelos N° 16.— LOMA BONITA (OAXACA).

Veracruz, 22 Noviembre de 1964.

Estimada compañera Renée Lamberet:

Recibí y leí con el mayor agrado el libro que me enviaste sobre los hermanos Reclus: con su lectura hasta mejoré de salud y mi ser recobró nuevas energías para seguir luchando. La verdad es que hay en el campo de nuestros ideales hombres maravillosos. Otro de ellos fue Domela, de quien siempre me acuerdo cuando me escribes de Holanda.

Por lo pronto sigo en Veracruz. Ocupo una habitación como un estudiante, llena de libros y de revistas. Y me paso el tiempo estudiando y leyendo con pasión. De vez en cuando me traen un niño pobre en muy mal estado de salud porque la asistencia oficial es en extremo desastrosa. Y yo les cuido fácilmente por mi larga experiencia, mi amor a los enfermos, mi desinterés y por lo que he aprendido de los pediatras franceses: sobre todo de Jules Comby, cuya obra principal tengo sobre la mesa, así como *Les Feuilles du Pédiatre* de Germain Blechmann. En mis estudios siempre he preferido la medicina francesa y me precio de conocer a sus grandes maestros.

Leo la prensa con atención y no pierdo de vista la situación mundial, muy enredada por cierto, y los grandes Estados haciendo alarde de sus armamentos. Esto puede acabar muy mal. ¿Y tú, que estudias la historia, qué piensas?

Te agradezco mucho tu ofrecimiento de sacarme a máquina algún escrito mío. Lo que tenía terminado, “mi infancia”, lo he enviado al Brasil, donde van a publicarlo en portugués.

Ahora aprendo a escribir a máquina y te escribiré con ella mi próxima carta.

Sin otra cosa por hoy, recibe mi fraternal abrazo.

PEDRO VALLINA

* * *

Para Paulino Díez

Colón

Querido Paulino:

Recibí tu carta con fecha 23 de enero. Renée Lamberet, con la que estoy en comunicación hace mucho y le envió documentación sobre pasados sucesos revolucionarios que por el momento no es prudente publicarlos, es una profesora de historia de un liceo de París, graduada en la Sorbona. Profesa nuestras ideas y se preocupa mucho de la historia social de España. Su último libro *Mouvements Ouvriers et Socialistes: L'Espagne (1750-1936)*, encierra una riqueza de datos referentes a las luchas sociales en nuestro país.

Pues bien, ella y el antiguo compañero Costes tienen el encargo de una casa editorial de París de escribir un volumen de biografías de los anarquistas de todos los tiempos y países que merecen figurar por su participación activa en nuestro movimiento. Como me parecía que tu biografía no debía faltar, le recomendé que te

escribiera en mi nombre solicitando tu intervención. Así que si te parece, aunque te falta la documentación adecuada, como nos falta a casi todos por las circunstancias que hemos vivido, puedes escribir un relato sobre tu intervención en la lucha social, y yo se lo pasaré a ella, si no quieres hacerlo directamente.

El nuevo partido formado en España es una muestra del descontento creciente que va ganando todas las capas sociales del país. Los que lo han formado es gente monárquica y burguesa, y la C.N.T. que interviene no es la nuestra, sino gente que ha cometido el verdadero crimen de dividirla.

Me parece admirable la revolución de Cuba. Con algunos de sus participantes he estado en relación. Ha sido un trueno que ha conmovido a este mundo egoísta. Ahora se está alerta para evitar el retroceso y la mistificación, y además prestar ayuda a los países sedientos de libertad, como Santo Domingo, Nicaragua y Paraguay. También hay buenas esperanzas de las dictaduras de España y Portugal. Realizado este programa sería más risueña la paz de nuestra época. Hay que ayudar al movimiento insurreccional de españoles y portugueses, como se ayudó al de Cuba, porque en aquellos países están dispuestos a la lucha y sólo necesitan una acción coordinada y armamentos. Sobre este particular, convendría que ahí hiciéreis todo lo que esté en vuestro alcance y os pusiérais de acuerdo con los compañeros. Un levantamiento en España y Portugal conmovería hasta los cimientos el viejo y torpe mundo en que vivimos. En mi próxima carta te diré algo sobre las impresiones que reciba de diferentes países. Es una vergüenza que la dictadura en España se prolongue tanto por la incapacidad de unos y la inercia de otros.

Dígame si ha llegado allí el libro sobre Salvochea. Si no ha llegado te buscaré un ejemplar. El libro vale poco, pero se trata de conservar algunos datos que poseo para que puedan ser aprovechados por otro que escriba una obra adecuada. Además en esta época decadente es bueno que se recuerde la memoria de un anarquista de verdad.

Mi fraternal abrazo para todos.

PEDRO VALLINA

Mis cariñosos recuerdos de
Josefina

Amigo Paulino: las faltas que hay en la carta las hice yo, pues ya es de noche y estoy cansada (excúseme).

* * *

Villeneuve St. Georges, 11 de mayo de 1963.
Al compañero Pedro Vallina.

Estimado compañero:

Desde hace tiempo no he escrito y lo hago hoy antes que todo por el placer de tener contigo relación e intercambio de impresiones, deseando que esta carta os encuentre a todos con la mejor salud posible.

Espero que hayáis pasado buen invierno. Aquí como lo habrás sabido hemos tenido un invierno riguroso, como nunca había visto; pero esto sería poca cosa, si lo demás marchara bien, pero la situación general parece corresponder a la del tiempo...

Por mi parte, he pasado un invierno muy ocupada, entre el trabajo en el liceo y largos desplazamientos en la capital, cada día más fatigosos: además siguiendo lo del diccionario, he emprendido, a petición del Instituto de Amsterdam, poner en estado de ser editado uno de los manuscritos de Max Nettlau que poseen, referente a la Internacional en España y la Federación de Trabajadores de 1868 a 1889; como se trata de una obra capital, que hubiera tenido que ser editada hace tiempo, lo acepté, pero es mucho trabajo, porque Nettlau no lo había terminado más que en cuanto a los hechos, lo principal; pero queda el estilo para arreglar (está en francés); muchas traducciones por hacer, casi una tercera parte; así que estoy muy ocupada; pero lo estimé esencial porque ahora mismo muchos escriben y publican sobre España, hasta los católicos, y esta obra pondrá las cosas en su verdadero lugar tanto más que en realidad es la única que conozco de verdadera base.

También estamos intentando otra cosa: la publicación de una biografía de Eliseo Reclus por su sobrino, Paul Reclus. ¿Has conocido a este compañero? Era el mejor amigo del doctor Pierrot e hijo espiritual de Eliseo. Esta biografía es excelente obra, no tan documentada como la de Nettlau, pero más directa, de fácil lectura, lo que facilitará su venta y como su autor fue quien mejor conoció a Eliseo, traerá mucho de nuevo. Estamos preparando eso con Valerio Mas.

En fin, quiero hablarte de que acabo de conocer a una hija de F. Ferrer, Sol. Vive en París, tiene 72 años y se ha dedicado a escribir historia para rehabilitar la memoria de su padre; cuando joven su inclinación era por la pintura. Ha reunido todo lo que ha podido sobre su padre, fotos, objetos y escritos, pero de esto último no te puedo precisar porque no he visto más de lo que estaba colgado en las paredes de su habitación, fotos, pinturas, objetos. La visité dos veces.

Me habló; no sé si la conoces, pero creo que habrás leído los libros que ha publicado: *Le véritable Francisco Ferrer* por su hija Sol, y recientemente *Le vie et l'oeuvre de Francisco Ferrer*. Es la tercera hija de Teresa Sanmartí. Me ha dicho cosas que me han sorprendido, diciendo que lo encuentra en la correspondencia de su padre (pero no me enseñó nada), y quiero consultarte al respecto, ya que eres quien le conoció mejor:

1º.— Ferrer ha sido *siempre* adversario de la violencia.

Ella no parece conocer los artículos de la *Huelga General*, y deduce que Ferrer incluso ignoraba lo relativo al atentado de la calle Mayor. Añade que Ferrer conocía *muy poco* a Morral, que en una carta Ferrer se extraña que se pueda llevar tal nombre (pero ella no me ha precisado ni fecha, ni a quién), que Morral había dejado la librería antes del atentado, que Soledad estaba enamorada de Morral, que fue solamente cuando Ferrer estaba encarcelado que él se enamoró de Soledad.

2º.— En lo que se refiere a Portet, me ha dicho que su mujer era católica, y que cuando Portet murió, la mujer remitió lo que había legado Ferrer para ediciones a los jesuitas españoles por intermediario del consulado español en Inglaterra. ¿Sabes algo al respecto?

3º.— Aparte de eso, encontré estos detalles en los archivos de París, por el año 1909:

En abril, Ferrer ha dado el despido de su piso de París, para julio; el 17 de abril, vende sus muebles, expide el piano y libros a Mongat; el 20 de abril, va a Londres, donde estuvo en relación con Tarrida del Mármol y tú mismo; regresa el 14 de junio a París, el 15 a Mongat; Portet va a verle en agosto a la frontera.

¿Puede decirme por qué razón abandona París y se va a España en la víspera de los acontecimientos en Cataluña? ¿Los preveía o no? ¿Sabes cuáles eran sus proyectos en esta primavera de 1909?

¿Le has visto verdaderamente tal como está indicado?

4º.— En fin, ¿sabes la dirección actual de los hijos de Malato? Ya estoy buscando para que me den informaciones sobre la segunda parte de la vida de este compañero.

Ya ves, querido compañero, que te estoy de nuevo molestando; me contestarás cuando tengas tiempo. Aparte de esto relativo a trabajos, puedo decirte muy poca cosa: el extraordinario desenvolvimiento contemporáneo de relaciones en todos los aspectos ha facilitado la concentración, incluso la de poderes, y el mundo de momento está esclavizado por los “grandes”, no más que dos. ¿Cuándo y de dónde vendrá la reacción favorable? Carecemos ahora a la vez de un verdadero teórico y de un hombre que sepa enfocar una acción verdaderamente eficaz, a pesar de que vemos el mal y tenemos la base ideológica esencial.

Dime si recibes la revista *Le Mouvement Social*, si no te la mandaré. En la próxima publicaré un artículo que te interesará.

Hasta tus noticias siempre tan gratas, recibe, estimado compañero para ti y los tuyos, el abrazo afectuoso de vuestra compañera de siempre.

RENÉE LAMBERET

* * *

Villeneuve St Georges, 8 de julio de 1962.

Querido compañero y amigo Pedro Vallina:

Es con profundo placer que he recibido tu carta, a pesar de que hubiera querido recibir mejores noticias de tu salud; y veo que a pesar de tanto cansancio, sigues atendiendo a los infortunados de este pueblo; pero debes tener más cuidado con tu salud y tus fuerzas, ya que también te necesitamos para ese futuro de España que ahora parece aproximarse.

Ya te habrás dado cuenta de que estas últimas huelgas han sido las más graves contra la dictadura de Franco; y según lo que he podido saber estos días mismos (por eso aguardaba conocerlo para escribirte) —y naturalmente en la medida de lo incierto que pueden ser estas suposiciones—, parece que para el otoño se prepara algo decisivo.

“Eso”, de toda forma, no será la revolución ni el cambio que anhelamos; pero sí la caída de la dictadura de Franco por advenir un régimen de más libertad que permitirá volver y reemprender la tarea que es imposible llevar desde el exilio; y ya es mucho. Este régimen podrá ser monarquía o democracia, pero para nosotros es lo mismo, y no importa vivir en Bélgica o Suiza ya que en todas partes es igual.

Diversos indicios lo anuncian; no puede venir de nuestras únicas fuerzas, tanto más que las nuevas generaciones de España han sido envenenadas por la propaganda oficial; pocos verdaderos libertarios han podido formarse en sentido desarrollado; pero un conjunto de circunstancias, sobre todo de carácter económico obran ahora contra la dictadura de Franco: la constitución del mercado común de Europa, a la cual una España “democrática” es necesaria, y la burguesía, tanto de Europa como de España lo

desean así; por eso Franco ya no les interesa. Además, habrá notado que la Iglesia se aparta cada vez más del régimen; eso se nota bien por los vascos y los catalanes, y se extiende a España; todo eso se manifestó en los movimientos católicos en Vizcaya o en las universidades de Madrid y Cataluña. Así parece ser que llegamos al último período de la dictadura, en el cual buscan el modo de terminar con él, sea con su voluntad, sea sin ella, y no vacilarán creo en recurrir si fuese necesario, a cualquier atentado.

Ahora, aprovecharán esta situación para desenvolver en España los sindicatos católicos, como lo hacen en toda Europa Occidental, y sobre todo si implantan un régimen demócrata-cristiano; los otros sindicatos nuevos que se formarán serán los denominados “autónomos”, entendiéndose detrás de ellos los fascistas. Por eso la situación cambiará mucho de cómo estaba antes de nuestra salida con C.N.T.-U.G.T. solamente. Tendréis mucho que hacer, sobre todo en el terreno de la educación y formación ideológica. Es de esta forma como veo la situación; y naturalmente puedo engañarme. Quizás sabrás que ya dos compañeros refugiados en México han vuelto aquí, y supongo no piensan volver a México.

En cuanto a la situación de Francia, habrás visto en los periódicos cómo se termina esta guerra de Argelia, y cómo queda el problema fascista de la O.A.S.; en fin, ya es algo, y lo principal, hay que tener mucho cuidado aquí con ellos y no dejarles ganar terreno.

También habrás sabido algo del gesto de Lecoin: creo que conocerás a este compañero francés, militante de la S.I.A. francesa. Ahora se dedicó a los objetores de conciencia y como no se llegaba a darles un estatuto, para llamar la atención sobre su caso, emprendió la huelga de hambre, que sostuvo durante 22 días (tiene 74 años); finalmente el gobierno cedió, ante la emoción que había provocado en toda Francia. Es un gesto muy hermoso y hasta quijotesco; y ya ves, acertó. Estamos todos alegres con eso.

Y tú, cuídate, piensa en tus fuerzas. Dentro de ocho días saldré por una quincena a Amsterdam, para seguir el trabajo del diccionario; estaré de vuelta aquí en agosto. Si sé algo nuevo, te lo escribiré en seguida. Recibe, querido compañero, para ti y los tuyos el saludo afectuoso de esa compañera.

RENÉE LAMBERET

* * *

Villeneuve St. Georges, 14 de julio de 1963.

Estimado compañero Pedro Vallina:

Me ha llegado tu grata carta del 29 de julio. Deseo que la mía os encuentre a todos en muy buena salud, a pesar del calor que debéis sufrir.

He terminado ayer el trabajo escolar y saldré mañana para Amsterdam, hasta el final de este mes, porque después vuelvo con mi madre que quedará sola y aprovecharé agosto para adelantar el trabajo del mes de Nettlau: es verdad que es un trabajo abrumador, pero interesantísimo, en este momento en particular donde hasta los eclesiásticos se consagran a la historia de la C.N.T.

Ya en Amsterdam miraré si tienen bastantes fuentes para poder hacer las verificaciones de lo que he empezado.

El libro de Paul Reclus será también muy interesante; está trabajando para prepararlo un hijo de Paul, y a su vuelta de vacaciones me escribe Valerio Mas, que empezará toda la parte administrativa, circulares y suscripciones; es él quien se cuida de eso. Supongo que entiendes bien el francés y te mandaré un ejemplar en seguida de su aparición, que creo será en diciembre o enero.

A mi vuelta de Amsterdam, te mandaré el ejemplar del *Mouvement Social*; ha salido hace poco y he tenido tanto que hacer con el fin de año y bachillerato que salgo mañana sin haber tenido un momento de libertad.

Estoy muy satisfecha de lo que me dices de Ferrer; si no has leído los libros de su hija, no has perdido mucho. Al contrario de su padre, tiene ella una inteligencia bastante confusa; he ido dos veces a verla, esperando poder aprender algo, pero cada vez he sufrido una desilusión; además, casi no conocí a su padre. Supongo que tiene algo de documentación, pero hasta eso, puramente material, no pude averiguar ni saber nada cierto; ni ha querido o fue incapaz de darme la simple dirección de los hijos de Malato; así lo de Portet y de su mujer, te lo preguntaba porque si lo hubieses sabido, hubiera sido cierto, pero ignorándolo, es posible que sea una fábula. Si cualquier día sabes algo, me lo escribirás. Costes tampoco lo sabía.

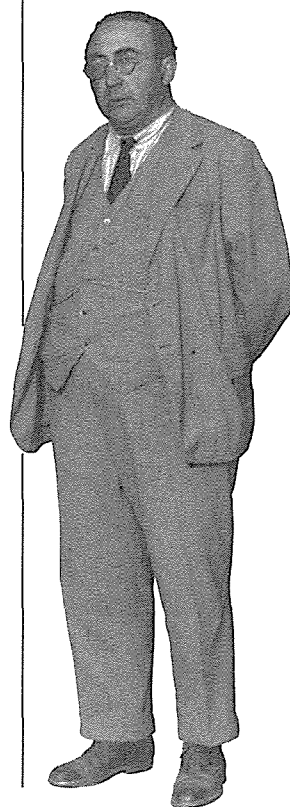
De España, no tengo noticias particulares; van muchos turistas de toda esta parte de Europa, lo que no hace sino fortalecer a Franco por tantas divisas que procuran a la economía. Van a los hoteles y no se dan cuenta de lo que pasa. El nivel de vida sigue muy bajo; parece que de momento la censura de los libros esté un poco menos estricta, porque acaban de salir libros en catalán, lo que no se hacía antes, y uno de historia que debe estar escrito por un joven liberal. Pero por otra parte, seguirá lo mismo; supongo que estarás enterado de la detención de compañeros de las juventudes francesas, anarquistas que fueron allí para ayudar a vuestra liberación. Están procesados.

No tardaré en escribirte, y hasta tener el placer de recibir tus noticias recibe, querido compañero, para ti y los tuyos, el saludo fraternal y afectuoso de

RENÉE LAMBERET

[Opiniones]

- Paulino Díez
- José Viadiu
- Xóchitl Vallina
- Federica Montseny
- Domingo Rojas
- Juan Ferrer
- Dr. R. López de Haro
- Referencias bibliográficas



PAULINO DíEZ

Al lector¹:

Prologar las *Memorias* del doctor Pedro Vallina no es tarea fácil si, en el propósito, se destacan, como merecen, los variados matices de su personalidad. Porque Vallina no ha escrito un libro de tesis o de polémica. No se entretiene, en su narración, en especulaciones filosóficas. Su filosofía es la de la acción y a ella se entrega con pasión. Para él, un hecho tiene más valor, es más importante que cien discursos. Pero no sólo ha dedicado su vida al combate contra la explotación del capitalismo y la tiranía del Estado, sino que se entregó de lleno a mitigar el dolor humano.

Vallina nos relata la parte más activa y fecunda de sus años juveniles. Una vida entregada a la acción manumisora y solidaria. En los 75 años de su vida como militante, entregados a la defensa del anarquismo, supo mantenerse y aún se mantiene, firme en sus convicciones, no obstante las persecuciones, deportaciones y el tener que deambular de un país a otro arrastrando tras de sí a su familia.

Dondequiera que se aposentaba, conquistaba el afecto de todos. Con su conducta, lograba silenciar a los detractores del anarquismo. Pudo ser rico, vivir holgadamente, pero entregó a manos llenas cuanto ganó en su profesión como médico. Vivió modestamente, sin alardes y por ello conquistó el respeto de sus enemigos y el cariño de todos los que acudieron a él en busca de alivio a sus males, consejo o solidaridad.

Es importante destacar la influencia que en la formación ideológica de nuestro galeno, ejerció Fermín Salvochea. Se sintió atraído hacia él por la labor humanitaria y manumisora que realizaba entre el campesinado andaluz, el más mísero y explotado del agro español, y cuyos pasos habría de seguir después. Más tarde tiene contacto directo con Salvochea en Cádiz y después en Madrid, adonde se traslada nuestro compañero para continuar sus estudios de medicina.

En Madrid se relaciona con grupos anarquistas y con republicanos, entre ellos Salmerón, Nicolás Estévez, Palma y muchos otros dedicados a conspirar para derrocar a la monarquía, a cuya conspiración se une llevado por el anhelo de destruir toda forma de tiranía, y por tal causa tiene que desterrarse en Francia.

1 N.E. Este texto corresponde al Prólogo del primer tomo de la edición original.

En París tiene relación con anarquistas emigrados de todos los países de Europa y allí toma parte en el atentado contra Alfonso XIII; pues al igual que los republicanos, Vallina opinaba que la liberación de los españoles no se lograría hasta que la monarquía de los Borbones no fuera barrida por una revolución que acabase con las castas parásitas, dando paso a un régimen social más humano.

Expulsado de Francia, sus estudios quedan truncados. Se refugia en Londres, lo que le permite ampliar el trato con destacados militantes anarquistas; alemanes, rusos, polacos, italianos, españoles y judíos, todos emigrados, hombres de acción, que los avatares de la lucha empujaron a buscar refugio en el país de las nieblas. Durante su estancia en Londres está presente en las protestas organizadas contra la represión en España. Asiste a un Congreso de pacifistas contra la guerra, del que regresa desilusionado, pues los acuerdos tomados en dicho comicio son pura declamación de propósitos contra la guerra, ya que al estallar ésta en 1914, la mayoría de los que asistieron y firmaron los acuerdos se declararon en favor de la política agresiva de sus gobiernos, tal es el caso de los socialistas alemanes y franceses.

Por fin termina la carrera de medicina y obtiene el título de doctor y con él regresa a España acogido a la amnistía otorgada por el gobierno español al terminar la guerra de 1918.

En España tuvo que revalidar el título de doctor mediante un examen general. Pero, en el tribunal examinador había un profesor que se oponía a que “a un anarquista se le otorgara el título de doctor, por el peligro que entrañaría para la sociedad”.

Vallina hizo prevalecer su derecho ante el tribunal, sosteniendo que los títulos no se otorgan en razón a las ideas que sustente el individuo, sino por su competencia y capacidad como médico.

Nuestro compañero abrió una modesta clínica en Sevilla y pronto su fama como médico y de hondos sentimientos humanos, se extendió por todo Sevilla y trascendió a la campiña. El consultorio se vio rebasado de gente, que no encontraba dónde acomodarse, lo que le obligó a trabajar hasta por la noche.

Con la fina percepción que le caracteriza, Vallina descubre quién necesita de los conocimientos de la ciencia y aquel que acude a él para hallar alivio a sus males, pero que no podrá pagar los honorarios de la visita. Cuando este caso llega, Vallina, el Samaritano, salva el obstáculo sin herir la susceptibilidad del enfermo de esta manera: prescribe la medicina, calcula su costo y entre la receta desliza el valor y algo más.

De la campiña sevillana acudían muchísimos campesinos al consultorio. Algunos, como pago por la consulta, traían un pollo, huevos o cualquiera otra cosa y se daba el caso que lo que entraba por un lado salía en manos de un necesitado por otro. De estos casos fui testigo muchas veces.

A poco de establecerse en Sevilla empezó una campaña contra las autoridades sanitarias, denunciando el alto índice de tuberculosos, por el abandono en que vivía la población obrera. El estado sanitario de las viviendas de los trabajadores era horrible y para forzar a los propietarios y autoridades sanitarias a mejorar sus condiciones, provocó una huelga de inquilinos.

Con el apoyo de algunos diarios de Sevilla hizo una campaña para construir un Sanatorio Antituberculoso. El pueblo de Sevilla respondió generosamente, donando lo que podía para ver cristalizada su construcción. Pero si bien la colecta de dinero iba en aumento, nada se había decidido sobre el lugar en que se construiría el Sanatorio.

Un día nos trasladamos al pueblo de Cantillana varios compañeros con Vallina, para ver unos terrenos, muy bien situados, donde se construiría el Sanatorio. Una vez allí, como le hiciera observar que entre todos no reuniríamos diez pesetas, él, hombre de rápidas decisiones, contestó que “el dinero era lo menos importante”. El terreno lo adquirió comprometiéndose a pagar su valor, y los sindicatos de Sevilla ayudaron a levantar los pabellones, trabajando sin remuneración alguna.

Esta obra, a la que dedicó el doctor Vallina todos sus esfuerzos y dinero, fue destrozada primero por los gobiernos de la República de Trabajadores, como se llamó a la república del 31, y ultimada por los facciosos.

En el escaso período de cuatro años, desde su llegada a España, sufrió cuatro deportaciones a los lugares más inhóspitos de Extremadura, pueblos míseros, viviendo en condiciones infrahumanas. Allí sembró la semilla del ideal anarquista y despertó la conciencia adormecida de los parias del terruño.

Con su ejemplo conquistó el corazón de aquellas gentes sencillas y esto inquieta a los caciques del pueblo que buscan influencias para que trasladen a otro pueblo al doctor que tantas preocupaciones les causa. Esto se repite en todos los pueblos donde es confinado.

Su compañera Josefina, todo bondad y ternura, le alienta en la lucha y le sigue en el calvario que recorre nuestro hombre. No se lamenta. Maldice a los miserables que tan cobardemente persiguen a su compañero, porque no comprenden la grandeza del ideal por el cual lucha.

La dictadura de Primo de Rivera le conmina a que se destierre o en caso contrario será apresado una y otra vez, haciéndole imposible la vida. La elección no es dudosa y Vallina decide marchar a Casablanca. Esta vez le acompañan su compañera y tres hijos pequeños y por si eran pocos para hacer frente a una situación incierta, lleva consigo a un viejo compañero enfermo y a una niña de escasa edad.

En Casablanca abrió consulta, ayudado por algunos elementos de la colonia española, pero no pudo permanecer allí mucho tiempo. El médico del Consulado le denunció a las autoridades francesas, pues este truhán sabía que sobre Vallina pesaba la expulsión del territorio francés, decretada a raíz del atentado de Alfonso XIII.

Esta vez marcha a Portugal donde logra ir vegetando, ya que oficialmente no puede ejercer su profesión. Allí aumenta el número de los “pensionados”, viéndose obligados a vivir en un reducido espacio once personas. Como la situación es en extremo precaria, solicita y obtiene del gobierno de la dictadura el regreso a España, bajo la condición de fijar su residencia en un pueblo donde pueda ser vigilado.

La proclamación de la república le permite regresar a Sevilla, pero no goza de seguridad y garantías y decide radicarse en Almadén, pueblo minero donde le sorprende la sublevación de los fascistas. Organiza una milicia y se lanza a la lucha, en esta ocasión no hace sino responder a su temperamento y a sus convicciones revolucionarias, pues cree llegado el momento de cambiar las condiciones económicas y sociales aplastando definitivamente a las fuerzas represivas que, durante siglos, entorpecieron el progreso en España.

En 1938 tuve ocasión de abrazarle en Albacete, fungiendo como médico en una Brigada Internacional y más tarde en Barcelona. Al derrumbarse la resistencia en Cataluña, se evacua con su familia a Francia y otra vez volvemos a encontrarnos en el vapor La Salle camino a Santo Domingo.

En la colonia de Dajabón, adonde ha sido destinado por el gobierno dominicano, “abre” una clínica y allí presta sus servicios a los nativos y a los refugiados en espera de ser trasladado a México.

En México prefiere establecerse en el campo para ejercer la medicina, a quedarse en la ciudad y sienta sus reales en el Estado de Oaxaca, en el pueblo de Loma Bonita, de clima palúdico y que durante más de veinte años vivió estrechamente, porque la clientela, en su mayoría de origen indio, pobre, inculta y supersticiosa, nada puede ofrecerle. Es él quien, como ha hecho en otras ocasiones, atiende a aquellos pobres seres en sus penurias y enfermedades.

La muerte de su compañera Josefina le trastorna su salud, pero se resiste a abandonar el pueblo; no obstante los compañeros de México se comprometen que se establezca y le aseguran una iguala de compañeros que mensualmente pagarán una cuota por los servicios que pueda o no prestar a los enfermos. Este ofrecimiento lo hicieron para no herir sus sentimientos, pero fue en vano. Solamente se avino a salir del pueblo cuando ya no podía cumplir su obra solidaria.

Éstos son, a grandes rasgos, los perfiles más salientes de la personalidad del doctor Pedro Vallina y que por la amistad y compañerismo que nos une hace más de 45 años, accedí a prologar sus *Memorias*.

Colón, julio de 1967

JOSÉ VIADIU

Se ofrece al lector¹ el segundo tomo de las *Memorias* de este singular anarquista, mezcla de Bakunin y de San Francisco de Asís, en el que, entre todas las demás facetas, destaca una esencial: la revolución anárquica. Ahora que para el doctor Pedro Vallina esta revolución entrañaba diversos aspectos: justicia social, igualdad, hermandad entre los hombres por encima de fronteras, razas y naciones. Para él, agitar, remover las charcas donde chapotean los bien hallados, bifurcar a como diera lugar a gobiernos e instituciones oficiales, arremeter contra quienes mantienen la monstruosa desigualdad racial, económica y moral, ello equivalía a que se hallara en su medio, en su ambiente natural. Para llevar a cabo sus intentos revolucionarios, sus proyectos demoledores, se hubiera aliado con tirios y troyanos. La cuestión estribaba en remover hasta sus cimientos a la sociedad capitalista, en inquietar a los poderosos, en derruir las causas productoras del mal, en demoler, piedra sobre piedra, los estamentos en donde se agazapan los mercaderes, los hipócritas, los falsarios, todos aquellos que convierten la tierra en propiedad privada o del Estado, que usufructúan el esfuerzo humano en provecho propio, que se sirven de la cruz para envilecer y sojuzgar al prójimo, que emplean el dinero para corromper a todas las capas sociales, que utilizan la espada para atemorizar a los pueblos.

Para llegar a esta conclusión no hay más que seguir paso a paso el curso de cuanto nos cuenta, que es un fiel reflejo de su existencia. De muy joven interviene ya en todas las trifulcas que se suceden en Madrid. Al pasar la frontera lo hace a marchas forzadas perseguido por sicarios del gobierno. En Francia se encuentra envuelto en el complot contra Alfonso XIII. En cuanto a su devoción y afecto se encauza, por temperamento personal, hacia los individuos más combativos, más puros y más desinteresados. En primer término debe figurar este hombre, Fermín Salvochea, cuya nobleza y espíritu de sacrificio lo hermanan con la magnífica Luisa Michel, aquella que al condenar a muerte a sus hermanos de lucha, los comuneros, implora a los jueces que “le dieran también a ella su ración de plomo”. Cuéntanse entre sus amigos: Blas Infante, hombre cabal y bondadoso; Nicolás Estévanez, ministro en la primera República, que renuncia a su carrera militar para seguir conspirando contra los borbones; Rosendo Castell, general de sanidad militar, que muere en el castillo de Montjuich, prisionero de los fascistas triunfantes, luego de terminarse la contienda española; Eduardo Barriobero, el abogado que durante años recorrió todas las audiencias de España en defensa de anarcosindicalistas en momentos de evidente peligro físico, y que Vallina, en sus últimos tiempos, hallándose aquél enfermo y preso, comparte su compañía; de continuo le insta a que se una a la caravana que está próxima a salir hacia la frontera, pero él se niega. El derrumbe de la Cataluña revolucionaria lo sorprende postrado en el Hospital de San Pablo, en Barcelona, donde la infecta justicia militar lo condena y manda ejecutar a garrote vil.

Así, en sus conversaciones, el doctor Vallina no ocultaba su querencia por Miguel Angiolillo, Mateo Morral, Francisco Ferrer, etc. En relación con éste, algunas

1 N.E. Este texto corresponde al Prólogo del segundo tomo de la edición original. Viadiu encabezó el grupo de compañeros (Dr. López de Haro, Paulino Díez, Ismael Viadiu, B. Cano Ruiz y Domingo Rojas) que se hizo cargo de la edición original de *Mis Memorias*.

veces habíamos dialogado con él durante los primeros tiempos de nuestra estancia en México. Conveníamos en que, en artículos y ensayos, la gente se empeñaba en querer convertir a Ferrer en un pedagogo, cuando en realidad fue un gran revolucionario, un hombre que atacaba el problema español en su raíz más profunda. Desde luego que el acto de fundar la Escuela Moderna fue una acción audaz, propia de quien sabe que va a jugarse el todo por el todo. Hay que ver lo que representaba en la España de principios de siglo atreverse a desafiar el poder clerical, que era tanto como hacerlo a toda la oligarquía predominante. Además equivalía a minar de raíz una educación servil, atrasada y propia para esclavos, que entumecía los músculos y el cerebro del pueblo. Tanto es así, que si se quiere adentrar en las causas del atraso de España, en relación con otros pueblos europeos, hay que empezar por estudiar los orígenes que se derivan de inculcar en la mente de la niñez, durante largos años, anacronismos que tienen por base concepciones religiosas trasnochadas, mientras las creaciones de las ciencias, de la filosofía, del pensamiento y de la técnica modernos quedaban proscritos y supeditados a las conveniencias de un clericalismo estulto, voraz e incapacitado, que es lo que trató de remover y extirpar el ajusticiado en Montjuich.

Sin embargo, y no negando la importancia que tiene esta empresa, conveníamos en que por encima del pedagogo, en Ferrer, predominaba el revolucionario. Según nuestro criterio, la oportuna creación de la Escuela Moderna vino a ser una rama del mismo árbol, o sea, que ambos objetivos iban dirigidos a una finalidad exclusiva: la revolución social; pero también nos parecía que la labor que realizaba la Escuela de ir minando el poder religioso y del Estado, se trataba de una obra a largo plazo que no se conformaba del todo con el temperamento de su creador. Pensábamos que era una modalidad de lucha que tenía diversos enfoques y que el primordial en aquellas fechas era acabar con el predominio de los borbones, para que el pueblo español empezara a respirar, o sea, desca- bezar a la monarquía que lo embrutecía, expoliaba y deshonoraba.

Nuestra charla coincidía en que la exaltación del pedagogo desnaturalizaba la auténtica figura de Francisco Ferrer, en demérito del revolucionario. En nuestras conclusiones conveníamos en que de cerca o de lejos había intervenido en los dos actos que perseguían la misma finalidad, los atentados contra Alfonso XIII de la rue de Rohan, en París, y el de la calle Mayor, en Madrid. Era entonces un pensamiento bastante generalizado el acabar con los últimos vestigios del borbonismo, representado por este estafermo, lo que, según la mentalidad de la época y también actual, no sólo equivalía a una justa expiación por las graves culpas cometidas por el nefasto régimen, sino que también representaba el poner fin a una etapa de despotismo, abusos y criminalidad oficial, y el abrir nuevos horizontes hacia rumbos más libres y humanos. En este punto coincidían todos los elementos de izquierda, por lo que nada tendría de extraño que Ferrer, con la auténtica visión revolucionaria que le caracterizaba, se hiciera intérprete de ese sentir general y preparara la ejecución de tales actos. Vallina, a la par que se lamentaba de su fracaso, tenía la convicción que de haber sido deliberadamente preparados, hubieran culminado con el resultado apetecido.

La primera vez que tuvimos trato con nuestro biografiado fue allá por el año 1918. Después del Congreso Regional de la C.N.T. (en dicha fecha) celebrado en la calle Vallespir, de Sans, donde se tomó el acuerdo de constituir los sindicatos únicos. A tal fin, se nombró una comisión compuesta por siete individuos para que se desplazaran por Andalucía con el propósito de divulgar la estructura y finalidad orgánica de

dichos sindicatos. A nosotros nos correspondió quedarnos en Sevilla, donde en realidad fuimos hostilizados por las autoridades desde el primer día de nuestra llegada. La prensa desató una campaña contra “los agitadores anarquistas que propagaban la revolución social”. De gobernador estaba el vesánico y agresivo Conde de Salvatierra, que metió en la cárcel a todo bicho viviente, trabajadores andaluces y parte de los representantes cenetistas. Pero el encuentro con Vallina fue en calidad de médico, debido a que un compañero de la comisión sufrió ataques epilépticos y en tal estado no cesaba de decir barbaridades, por lo que era necesario que el doctor visitante fuese un hombre de confianza. Pedro le suministró unos calmantes y a los pocos días el paciente pudo ser trasladado a Barcelona.

Aquí cabe destacar que todo lo que Vallina tenía de agresivo y violento contra déspotas y malvados, como él los llamaba, se convertía en dulzura y bondad, en ternura y afecto hacia los míseros y desdichados. A partir de este primer contacto iba a su consultorio, que era un verdadero desfile de gente necesitada. Por cierto que nos sorprendió en gran manera que después de la visita la clientela iba desfilando sin preguntar el precio de la consulta, hasta el extremo de formularnos, nosotros mismos, el interrogante: ¿de qué vivirá este hombre y su familia? En el mismo orden de cosas ya hemos visto, siguiendo sus *Memorias*, que en España, en el curso de sus peregrinaciones forzadas en los lugares más inhóspitos, cómo convivía con los moradores pueblerinos y del tacto y la deferencia como los trataba. Pero claro, acerca de este trato familiar podría suponerse que se comportaba así porque se trataba de una convivencia obligada, puesto que estaba allí por estar desterrado; sin embargo, la verdad es que se encontraba en su elemento, ya que así practicaba su deseo de servir que, en él, era mucho más esencial que la dádiva del rico, que cualquier egoísmo interesado, ya que lo primordial consistía en la práctica del bien, por el bien mismo.

La prueba de ello la tenemos en su paso por la República Dominicana y también en México. Él, como docenas de médicos, se hubiera podido situar con ventaja en la capital o en cualquier ciudad de provincia, pero no le satisfacía, se encontraba desplazado. En Santo Domingo estuvo una temporada dando vueltas por distintos lugares para ver en qué lugar se situaba; al fin escogió el sitio en donde creía que hacía más falta. En un páramo poco poblado se puso a practicar la medicina, acompañado de Josefina, la compañera abnegada que le ayudaba a limpiar y curar a la caravana de palúdicos y tuberculosos que afluían a su modesta casa de curación. Así durante un par de años, hasta el traslado familiar a la capital azteca. Ya en México fundaron su primer hogar en la calle de Bolívar, donde ni colocó el indicador de “Médico”, hasta que se largó a Loma Bonita, donde pasó cerca de treinta años curando indios y atendiendo a lo más necesitado del campesinado mexicano, bajo el signo de “Consultorio Médico Quirúrgico *Ricardo Flores Magón*”, que nada podía expresar mejor las afinidades electivas de estos dos seres que se hermanaban en pureza de sentimientos, en fervor por el ideal, en amor a los desvalidos y en la entrega absoluta al anarquismo.

No creemos que sea por demás añadirle esta apostilla. Al hablar de las *Memorias* trazadas por Vallina, informar a los lectores que éste las empezó a escribir lindando ya los noventa años, lo que hay que reconocer que no es edad muy propicia para acometer tales empresas, lo que nos hace pensar en lo que hubieran podido ser redactadas en su madurez. El hecho de que las escribiera fue debido a una sugerencia personal que le hizo Hermoso Plaja y a la visita de su amigo Domingo Rojas en un

momento crucial en que estaba muy enfermo y en un estado altamente depresivo. La propuesta de que escribiera cuanto le había ocurrido en su larga y accidentada existencia fue para él como un nuevo renacer, algo así como quien cree que ha terminado ya su misión y ve en lontananza una luz que le indica que aún queda camino por recorrer, que todavía no ha terminado su peregrinaje por la tierra.

El fruto de esta reacción fueron estos dos tomos en que figuran las peripecias y andanzas de ese doctor y anarquista de nuestros pecados, tan querido por nosotros y por cuantos lo trataron.

XÓCHITL VALLINA

Por el hecho de ser nieta del señor Pedro Vallina y también por haber pasado a máquina las memorias de mi abuelo, me han pedido que escriba unas líneas para este segundo tomo, lo cual hago muy a gusto, pues me dan la oportunidad de decir algo acerca de una persona para mí muy querida, o sea del hombre que seguramente ustedes han conocido o han oído hablar de él, por haber luchado toda su larga y accidentada vida contra las injusticias cometidas por los poderosos sobre los débiles.

En las páginas de este segundo tomo se narra el final de la Guerra Civil Española, o mejor del pueblo llano y liberal contra el nazifascismo internacional. Se habla de esa gran epopeya que a pesar del tiempo transcurrido no se ha extinguido aún la llama que alienta en el corazón de los exiliados españoles que viven con la esperanza del retorno a sus lares perdidos para reemprender la marcha que se truncó con el predominio del fascismo.

También se mencionan los cargos que desempeñó mi abuelo como médico y director de hospitales durante la contienda por tierras hispánicas. Se refiere también a su deambular de un sitio para otro con la inquietud entrañable de poder servir, de ser útil a las víctimas inocentes. A la vez se habla de la mención honorífica que le otorgaron las autoridades del Estado de Oaxaca, en el año 1944, por haber prestado su desinteresada y humana colaboración en ayuda a los damnificados por la gran inundación que sufrieron estos pueblos, así como por su colaboración en la campaña nacional contra el paludismo.

En su paso de una población a otra, de Almadén a Madrid o de Cuenca a Barcelona, por ejemplo, a más de reflejar la situación que siguen los frentes de guerra y el estado emotivo de los pueblos en lucha, refleja la impotencia de las milicias republicanas frente al consorcio nazifascista internacional, muestra a la vez el desasosiego de un ser atormentado que desearía convertirse en factor decisivo para aniquilar a los enemigos del pueblo. Sí, se trata de una lucha consigo mismo que, con su movimiento incesante, trata de penetrar en todos los lugares para ver si encuentra algún resquicio que pudiera facilitar el triunfo de sus ideales.

En otros apartes nos habla de su paso por Santo Domingo. De su relación con los indígenas, de las atenciones prestadas a un pueblo que vivía sacrificado por la tiranía, el hambre y las enfermedades.

Nos habla también de sus amigos españoles, todos ellos de ascendencia libertaria, y de las luchas épicas de los libertadores mexicanos. Nos cuenta su traslado a México en donde prefiere ejercer su carrera de médico en el agro y en los pueblos más míseros que en las capitales, hasta que instala un modesto consultorio en Loma Bonita, Oax., en donde tiene oportunidad de ayudar a los pobres mestizos durante unos treinta años.

Tampoco abandona su renglón, dándonos instrucciones de cómo se combate a los borbones y a las dictaduras, indicando que el verdadero sentido revolucionario estriba en no violentar jamás el sentido del pueblo, o sea en dejar que obre en plena libertad.

En sus páginas y en sus relatos también aflora el sentimiento y el dolor que le proporciona el tener plena conciencia de que éste es el último destierro que sufre, de

1 N.E. Este texto corresponde a la Introducción del segundo tomo de la edición original.

que ya no volverá a pisar la tierra que le vio nacer y que él tanto quería. Por sus exclamaciones, por su decir, a él le hubiera gustado al morir, que hubiese sido enterrado en el lugar de sus luchas, en el suelo donde se derramó tanta sangre injustamente de obreros y campesinos, o sea en el más humilde de los lugares que habitó en sus peregrinaciones, acosado por las autoridades, en donde se sacrificó a centenares de miles de personas por el simple hecho de anhelar y pretender vivir libremente y no bajo dictaduras despóticas y absolutistas, ya que fue el ideal de su vida poder respirar a pleno pulmón en régimen de libertad.

Pero no pudo ser, ahora el doctor Pedro Vallina, mi querido abuelo, “El Samaritano”, como le decían en algunas regiones de España, yace bajo el frondoso suelo veracruzano, pero deja el ejemplo de su obra, de lo que representa un espíritu, como ejemplo a los jóvenes para que luchen por la libertad que todo individuo digno merece y debe tener.

Veracruz, Ver., marzo, 1971

FEDERICA MONTSENY
El doctor Pedro Vallina

Desde aquel 29 de junio de 1879, en que nació en Guadalcanal, provincia de Sevilla, un niño al que pusieron por nombre Pedro —de apellido Vallina, pues su padre así se llamaba— hasta este mes de febrero en que se ha extinguido para siempre en México la luz encendida en España, examinar a vuelo de pájaro estos 91 años de existencia, produce vértigo.

De lo que fue la vida de Vallina es apenas reflejo el libro aparecido con el título *Crónica de un revolucionario*, y esas *Memorias* suyas, que llegan sólo hasta el fin de la contienda española.

Probablemente mañana habrá biógrafos que, con el material facilitado por el propio Vallina y con todo el que encontrarán en diversos archivos, sin olvidar los de la policía de tres países —España, Francia y Gran Bretaña— conseguirán seguir paso a paso la existencia de un ser que fue, por excelencia, un hombre completo, ya que en él se reunieron la acción y el pensamiento, la preparación cultural y científica y el entrañable arraigo a la causa de los más desgraciados y oprimidos de la tierra.

Este amor indefectible fue el rasgo dominante que sirvió de norte a la vida de nuestro compañero. Desde que consiguió terminar, con infinitas dificultades, creadas por sus continuos desplazamientos, víctima de las persecuciones policíacas, la carrera de médico, hasta el día que la vejez le hizo abandonar el ejercicio de su profesión en México, donde una vez más, dedicó su ciencia, su paciencia y su corazón, lleno de bondad infinita, a curar a los indios perdidos entre las montañas natales y entre la pirámide de supersticiones y creencias ancestrales que los hacía víctimas de los curanderos locales, no hay ni una hora, ni un minuto en la existencia de este hombre que no se hubiese empleado en el bien, en la ayuda y solidaridad hacia sus semejantes...

Pero, del mismo modo que su ternura no tuvo límites para las víctimas y los desvalidos, para cuantos llegaron tarde al banquete malthusiano de la vida, para cuantos eran blanco eterno de la explotación y de la injusticia, sea cual fuere el color de su rostro y la lengua que hablaran, así también el odio visceral de Vallina hacia los responsables de que tal estado de cosas perdurara en el mundo, no le abandonó ni un solo instante.

No hubo huelga, agitación campesina o industrial, acto de oposición violenta al sistema social presente y a sus representantes, producidos en los alrededores de donde Vallina se encontraba, en que él no interviniera. Su candidez, el crédito moral, la confianza que depositaba en cuantos a él se acercaban, gemelos de los de Salvochea, le hicieron blanco predilecto de todas las maniobras y lazos tendidos por la policía. A través de sus memorias, nos damos cuenta de que hasta las huelgas de Sevilla que produjeron el incendio de la Casa de Cornelio, la matanza del Parque de María Luisa, tuvieron por actores principales, de un lado los obreros, del otro la patronal y el gobernador civil, y en el centro, como víctima propiciatoria, como cabeza de turco predestinada, la figura de Vallina, al que quiso envolverse en un complot lo bastante vasto para retirarle de la circulación por muchos años en esas tierras de Andalucía donde su prestigio era inmenso.

Renée Lamberet, que ha dedicado muchas horas a bucear entre los archivos de la policía francesa, liberados en lo que significan cincuenta años de pasado, encontró testimonios curiosísimos del interés permanente que las idas y venidas de Vallina en la capital francesa provocaban. Tal era el pánico de las autoridades del país galo, tal la inquietud que les producía la proximidad de ese hombre, constantemente vigilado, que cuando regresó a España de uno de sus varios forzosos exilios, tuvo que hacer el viaje por mar, porque no se le permitió atravesar la tierra francesa.

El mismo temor y la misma desconfianza inspiraba a la policía inglesa. Vallina heredó de los nihilistas rusos el mismo prestigio peligroso... En cierto modo, heredó de ellos muchas cosas. En este místico de la acción reencontramos muchos de los rasgos dominantes en el dulce Stepniak, el más terrible de los terroristas rusos, alma de niño en un cuerpo de gigante, puro entre los puros, pero que jamás sintió atormentada su alma por el problema de "Los justos". Para él, no había duda ni vacilación alguna en la aplicación de la justicia. Vallina pertenecía a la misma línea humana. El mejor de los hombres, pero también el más implacable con los que consideraba culpables del dolor y las injusticias de que eran víctimas los más débiles y desvalidos de sus semejantes.

Quizá estas extrañas similitudes entre el eslavo y el andaluz, debamos encontrarlas en la mescolanza étnica de España y en el hecho mismo de que Vallina, nacido en Guadalcanal, era hijo de padre asturiano y de madre andaluza. Sus padres, desde luego, atesoraron todas las condiciones humanas. Ricos comerciantes, gracias a su inteligencia y a su trabajo, se arruinaron pagando los estudios de sus hijos y, sobre todo, protegiendo cuanto pudieron al más díscolo y el más amado, ese Pedro que debía inmortalizarse. Por lo demás, los hermanos de Vallina siguieron a Pedro en su evolución ideal. Los que sobrevivieron a lo largo de la vida de Vallina, un hermano y una hermana, fueron los dos anarquistas. Por adhesión apasionada al hermano, la hembra, Natalia; por evolución propia el hermano muerto en Igualada, según nos explica Vallina en el curso de la guerra civil.

La modestia y la simplicidad de Vallina le hizo dar noticias esquemáticas sobre sí mismo y los diversos avatares de su vida. Leyendo sus *Memorias*, sentimos el mismo vacío sobre múltiples etapas generalmente conocidas que experimentamos leyendo *Le cours d'une vie*, de Lecoin. Mucho de lo que no dicen, por no darle importancia o por pudor, la tiene capital para la historia de los años en que sus vidas se desarrollaron. De ahí que las memorias, por regla general, necesitan siempre ser completadas por los que, con la perspectiva del tiempo, saben extraer todo su jugo a los hechos históricos y a las vidas humanas. Jamás Tolstoi hubiera dicho sobre sí mismo lo que de él han dicho sus biógrafos y sus exégetas. Ni Gandhi hubiera dado de sí mismo la visión que de él diera Romain Rolland.

¿Quién narrará lo que fueron los últimos años del doctor Vallina en México? ¿Lo que fue su existencia, perdida entre montañas, viejecito ya, desplazándose penosamente a través de la selva, protegido de lejos por los pobres campesinos que, después de muchas reservas y recelos, lo adoptaron de tal forma que hubiesen dado la vida por él? ¿Su situación casi miserable, pues la mayor parte de las veces, lejos de cobrar sus servicios, aún debía dar dinero para adquirir los medicamentos? Como, por lo demás, hizo lo mismo tantas y tantas veces en Siruela y por doquier ejerciera su auténtico ministerio.

Ese tomo de las *Memorias* de Vallina ha quedado por escribir. Y, desde luego, tampoco de ello hubiera dicho seguramente una palabra Vallina.

¿Quién nos dirá lo que ha sido el fin de este anciano, que se entregó a la muerte casi por propia voluntad? Nos decía Renée Lamberet en carta anunciándonos que Vallina había entrado en la agonía: “Por su parte, él no hace ya nada para vivir; se entrega a la muerte por propia voluntad”.

Lo que debía pasar por la mente del viejo médico, en esos días en que quedó postrado, sin fuerzas físicas, pero probablemente con algo de lucidez mental, quedará para siempre sepultado en el secreto que es privativo del mundo de los muertos.

Pero sentimos nuestra alma sobrecogida, pensando en la vida y en el fin de este hombre ilustre por antonomasia, nuevo Francisco de Asís para los pobres; Saint-Just y Stepniak para los poderosos y los ricos.

Su recuerdo perdurará en todas las memorias, porque pertenece a la estirpe rara y gloriosa de los íntegros, de los fieles idealistas, de los incorruptibles, de los que siguieron recta e inflexiblemente la vida que se fijaron al tener uso de razón.

Vallina ha muerto en Nueva España, el nombre que los conquistadores dieron a la tierra descubierta por Hernán Cortés. Ojalá un día los nietos y biznietos de Vallina puedan regresar a la España nueva que Pedro, con tantos miles de otros Pedros, más humildes e ignorados que él, forjaron entre sacrificios cruentos, luchas implacables, raudales de sangre y gritos de dolor.

DOMINGO ROJAS

Ha muerto Pedro Vallina

El viernes 13 de febrero de 1970 recibí una carta de Harmodio, hijo de Vallina, diciéndome que los médicos no daban ninguna esperanza y que su padre pedía hablar conmigo antes de morir. Me puse inmediatamente en camino, pero como Veracruz está lejos de la capital de México, al llegar a casa de Vallina una de las nietas me estaba esperando para darme la mala noticia de que su abuelito hacía dos horas que había fallecido.

Son pocos los hombres que, como Vallina, merecen ser recordados. Su temple, su generosidad, su inmenso amor hacia los humildes fue tan grande que bien merece divulgarse su labor, si no para los viejos militantes sí para la gente joven a quien el nombre de Pedro Vallina poco les dirá.

Discípulo muy estimado del gran Fermín Salvochea, Pedro Vallina fue siempre venerado por los obreros industriales de las grandes capitales, luchador incansable, supo poner su condición de militante al servicio de todas las reivindicaciones del proletariado. Destaca como defensor incansable de las causas nobles; verdadero apóstol de la superación humana; revolucionario por educación y por temperamento, defendió en todo momento la emancipación integral de los pueblos oprimidos. Su personalidad, como hombre y como médico, lo convierte en combatiente contra los dolores y sufrimientos del pueblo. Para el campesino, que dobla el espinazo ante el rudo trabajo del campo, es todo corazón, en cualquier pueblo de la noble Andalucía o de Extremadura en sus destierros, es estimado como el apóstol que trata de solventar las miserias que padecen los oprimidos. En todos los movimientos de rebeldía del pueblo andaluz, brilla la figura del gran animador que fue Pedro Vallina. Toda una vida dedicada a la causa de la libertad, durante muchos años fue la presa codiciada por los chacales de la monarquía española, pero también fue la genuina representación del anarquismo andaluz, y una de las figuras más relevantes y más apreciadas del movimiento revolucionario español.

Su casa permanecía abierta a toda hora del día y de la noche para todo aquel que estuviera perseguido, o para quien se encontrase sin hogar. Como médico supo estar siempre al servicio de todo aquel que lo necesitara. Verdadero médico al servicio de los pobres, lo mismo atendía al inválido, que al perseguido por la justicia, o el evadido de presidio, todos encontraban refugio en el hogar de Vallina, lo mismo que el herido que acababa de librar una escaramuza con la guardia civil, nunca tuvo un no para nadie, ni rehuyó ningún peligro. Esta conducta de amor y cariño sin límites por los desheredados fue su distinción más honrosa. Vallina tiene ganado el tributo de luchador incansable contra todos los tiranos, y era lógico que fuese reconocido y admirado por todos aquellos que lo rodeaban.

Yo no tuve la suerte de conocerlo en España, supe de sus andanzas desde luego. Pero la amistad que me une al compañero Paulino Díez hizo que conociera muy de cerca todas las actividades de Vallina, ya que seguramente Paulino ha sido el militante que más ha convivido y luchado a su lado.

El título de médico, según cuenta en sus *Memorias*, le costó un esfuerzo formidable, ya que en sus exámenes topó con unos catedráticos cavernícolas que no examinaban al alumno, sino al rebelde indomable que no se sometía a los caprichos de las

instituciones; sus peripecias son harto conocidas y no vamos a contarlas aquí. Incluso en México, a pesar de haber luchado muchos años para revalidar su título de médico, no pudo lograrlo nunca. Es verdad que tampoco le pusieron trabas para ejercer la medicina, todo lo contrario, incluso la gobernatura del Estado de Oaxaca llegó a distinguirlo con un premio honorífico por haber sido el médico que más se había distinguido en la lucha para combatir el paludismo en la región.

En España fundó una obra hermosa y humana. En Andalucía instaló el Sanatorio Obrero de Cantillana, del que fue la piedra fundamental. Dicha institución fue luego propiedad de la organización obrera de la región, en donde tuvo participación como ayudante suyo el compañero Paulino Díez.

Publicó en revistas de carácter social y educativo de renombre mundial, cuyo carácter anarquista y ateo es bien conocido de todo el mundo. Su colaboración en los periódicos y revistas anarquistas ha sido apreciada por propios y extraños. Son centenares los artículos esparcidos en nuestra prensa libertaria.

El entierro fue modesto como él lo había deseado, 10 personas lo acompañamos a su última morada, un manojo de hermosos claveles rojos, como los que él había cultivado en Andalucía, y un ramo de hermosas gladiolas, puestas por las delicadas y amorosas manos de sus nietecitas, cubren la tumba allí en el cementerio de Veracruz, de nuestro querido amigo. Descansa en paz.

* * *

En este apartado añadiremos algo acerca de la acrisolada figura libertaria del Dr. Pedro Vallina; con este segundo trabajo procuraré redondear mis recuerdos sobre su último capítulo: el exilio.

Su paso como exiliado por Santo Domingo dejó huellas de su personalidad como médico y como hombre recto y noble. Pero dejaremos esto aparte, puesto que en uno de sus manuscritos inéditos, que esperamos que un día vean la luz, nos cuenta estas peripecias.

Llegado a México como exiliado político podía haberse establecido en la capital como médico y hacer fortuna al igual que tantos otros, pero él escogió, como siempre, la tarea más difícil. Se estableció en el estado de Oaxaca, en Loma Bonita, lugar insano y falto de toda comunicación en aquellos tiempos. Vivió modestamente, por lo que conquistó el cariño del pueblo, en particular de los que acudían en busca de alivio, no ya tan sólo de sus males, sino de la miseria en que vivían; como siempre curó gratuitamente a los desamparados, y no pocas veces, aparte de las medicinas, todavía les daba algo de lo poco que poseía.

Vallina, en el primer tomo de sus *Memorias*, nos ha contado anécdotas vividas, pero quedan muchas entre sus papeles. Recuerdo que en Loma Bonita todos sabíamos que vivía pobremente, un día fue a visitarle un compañero y se sorprendió al encontrarlo con la ropa mojada. La verdad es que había caído un aguacero, y como tenía el techo de la casa resquebrajado, no había donde cobijarse. Al hacerle patente el compañero que podía coger una pulmonía, Vallina le contestó: "No hagas caso, aquí en este pueblo nunca nos bañamos y como ha llovido aproveché la oportunidad para hacerlo. Como ves esto no cuesta nada; no te preocupes que a mí no me pasa nada". Regresó el compañero y nos contó lo referido, por lo que aprovechamos la

ocasión para mandarle algunas láminas corrugadas para el techo y unos cuantos metros de tubería galvanizada para que le sirviera para poner agua potable en la casa. Vallina se sintió ofendido, quería saber cuánto había costado todo aquel material. Fue el compañero Agustín Souchy quien le hizo comprender que aquello no valía nada, y que sólo se trataba de un pequeño obsequio que unos compañeros de México le habían hecho. Otra de las anécdotas poco conocidas fue la que le sucedió en el pueblo de Loma Bonita, para lo cual reproduzco la noticia de uno de los periódicos de México, *El Nacional*, de fecha 10-11-44:

“Humanitaria conducta de un médico español en auxilio de los damnificados. El azar suele ser venturosamente pródigo para el reportero, llevándole al conocimiento de aquellas noticias que sin tal circunstancia quedarían ignoradas, y fue así como llegó a nosotros la de lo ocurrido en el pueblo de Loma Bonita del estado de Oaxaca, en sus linderos con el de Veracruz, poblado que ha sido seriamente afectado por las últimas inundaciones, hasta el extremo de que, barridos materialmente por las aguas, los endebles hogares de sus habitantes, tuvieron éstos que buscar guarida en el edificio más consistente, el del Ayuntamiento, en donde se aglomeraron, quedando totalmente aislados y en difícil situación: ancianos, mujeres, niños y enfermos.

“Enterado de lo que estaba ocurriendo, el médico refugiado español Pedro Vallina, que por casualidad se hallaba en lugar no muy lejano, no obstante su avanzada edad (70 años), habilitó sin pérdida de tiempo una improvisada canoa y durante 10 horas completamente mojado, llegándole el agua por veces hasta la cintura, con absoluto desprecio para su salud e incluso para su vida, se dedicó a poner a salvo a todos los habitantes del pueblo y a atender a los enfermos.

“Hemos de significar que el gesto y conducta humanitaria del doctor Vallina no constituyen hecho singular del mismo, ya que se trata de un verdadero filántropo que, no contando con más recursos que los de su saber y de su gran corazón y amor a la humanidad, ha tenido siempre la costumbre de practicar el bien por el bien mismo. Aquí en México ha dedicado su vida a recorrer los lugares más inhóspitos e insalubres de nuestro país en una misión de altruismo silencioso que le ha granjeado la dedicación de los más humildes.

“No se nos oculta que la publicación de esta noticia va a herir la modestia del doctor Vallina; pero entendemos que su ejemplo debe ser divulgado en pro del mismo bien”.

* * *

Ya cuando agotado y viejo, muerta su gran compañera Josefina, no le quedaban fuerzas para ejercer la medicina, decidió salir de Loma Bonita y se fue a radicar a Veracruz, en donde lo visitamos varias veces. Continuaba enfermo del corazón, por lo que para esas fechas ya no podía venir a la ciudad de México a causa de la altitud de la capital. Recuerdo que el 10 de enero de 1967 fuimos a visitarlo, el hombre estaba muy agotado, y todo hacía pensar en un pronto desenlace; se aburría, el cambio de Loma Bonita lo tenía amargado; para reanimarlo se me ocurrió decirle: “¿Cómo un hombre tan dinámico como tú te dejas acogotar? Ahora que tienes tiempo deberías escribir tus memorias”. Como si ya hubiera acariciado esta idea, me dijo: “Tienes razón, escribiré mis memorias”. Salimos sumamente apenados pensando que no volveríamos a verlo más, puesto que tenía los días contados

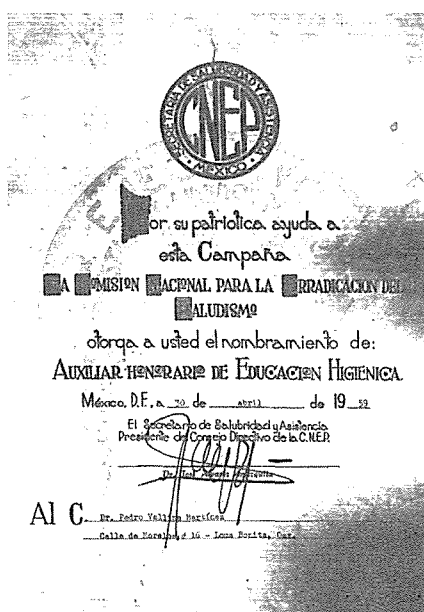
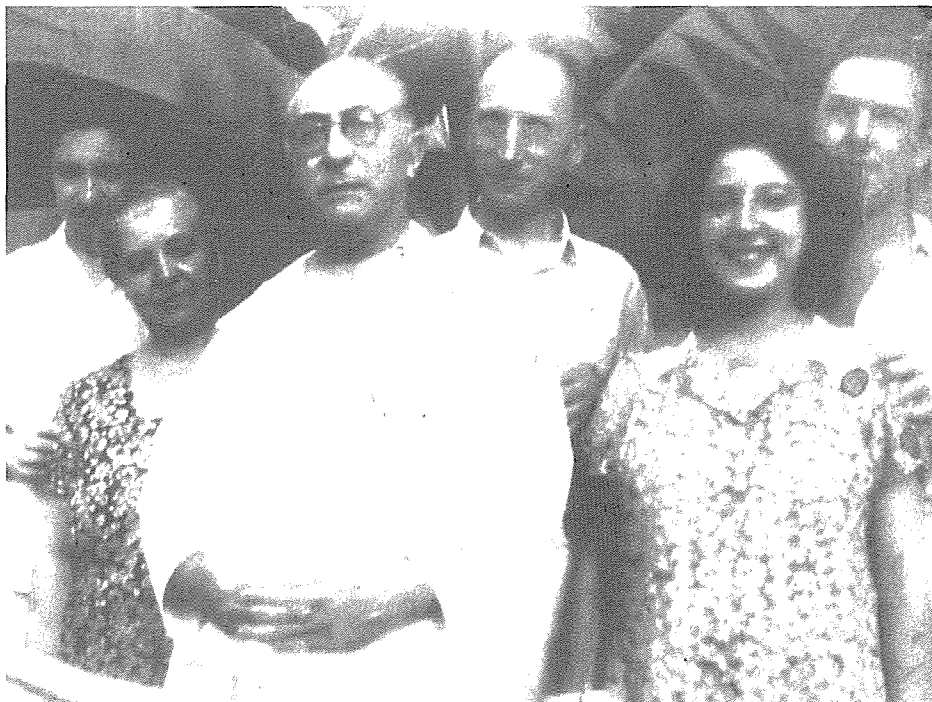
según el diagnóstico del médico. Un mes más tarde, sin embargo, volvíamos a verlo, y cuál no sería nuestra sorpresa cuando llegamos a su casa y le vimos solo, sentado en su escritorio con la pluma en la mano, y un montón de cuartillas escritas; como ya estaba sordo tuvimos que franquear la puerta sin previo aviso. Nos recibió con su característica amabilidad y nos dijo: "Estoy trabajando día y noche escribiendo lo que me pediste". Se había recuperado, pero no obstante, su mano temblaba de tal modo que apenas se podía descifrar su letra. Charlamos un buen rato, su pregunta de siempre era: "¿Cómo está lo de España?" Nunca perdió la esperanza de regresar a la tierra de sus luchas.

Al final de una interesante discusión aprovechamos para decirle si tenía algún inconveniente en que una secretaria le escribiera sus cosas, para que no se cansara tanto, lo que aceptó, y desde aquel día dejó la pluma y se puso a dictar sus memorias. Apenas tres meses fueron suficientes para que terminase el primer tomo, el material fue revisado por el compañero Paulino Díez, y José Viadiu le dio el toque final, la imprenta hizo rápidamente el trabajo de linotipia, pues habíamos pensado en darle una grata sorpresa y entregarle su libro para la navidad de 1967. El 10 de octubre de 1967 salían por avión, rumbo a Caracas, todo el material así como las pruebas finas corregidas. La cosa, sin embargo, no fue tan rápida como se esperaba. Vallina se desesperaba al ver que nada recibía, fue un intercambio de correspondencia con Caracas que le apenó mucho. Por fin a mediados de septiembre de 1968, recibió un ejemplar del libro, el hombre estaba feliz. Después de fastidiosas demoras, un compañero que vino de Caracas trajo en su equipaje 15 ejemplares que se vendieron inmediatamente, cuyo importe, que podía haber servido para aliviar su situación económica en vida... tuvo que servir para ayudar a pagar su entierro, ¡qué ironías tiene la vida!

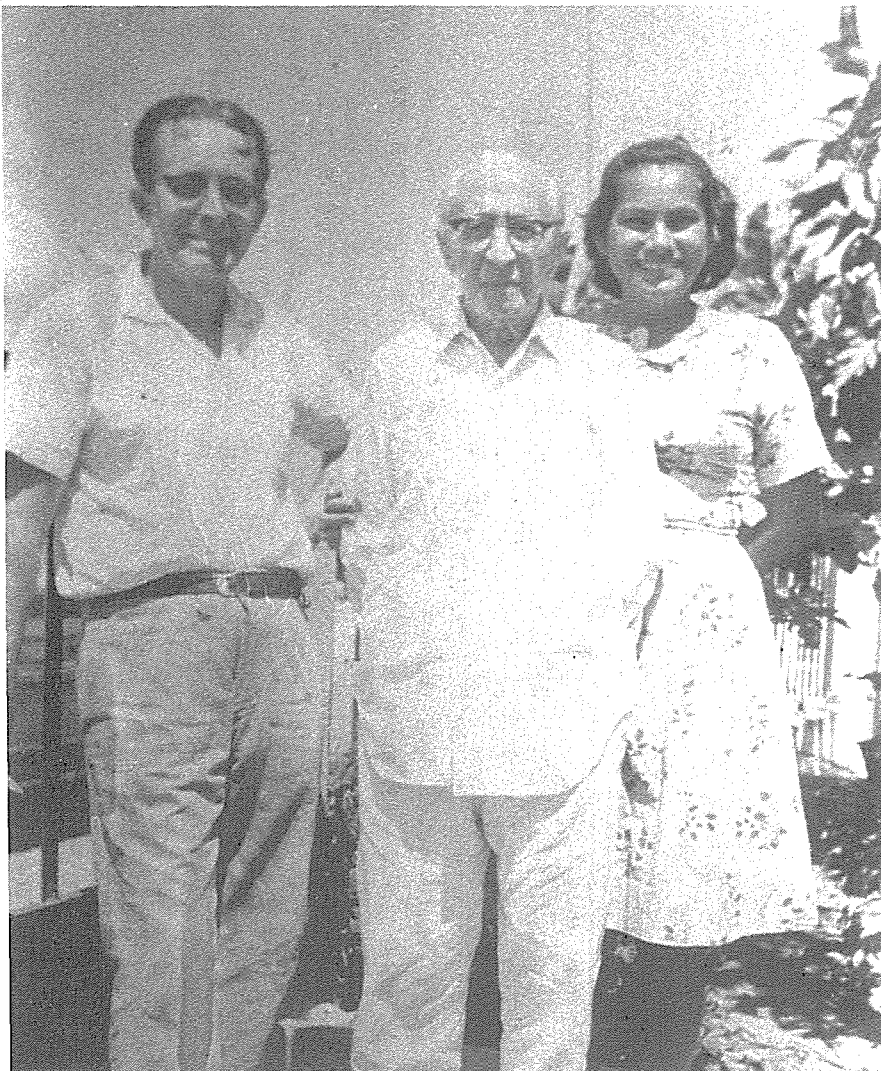
La familia Vallina, compuesta por el hijo Harmodio, la nuera, y los cinco nietos, le adoraban entrañablemente. Fue para ellos una gran pérdida. Vallina dejó terminado el segundo tomo de sus memorias; su nietecita Xóchitl, que era su secretaria inseparable y que sólo cuenta 16 primaveras, está escribiendo la introducción de su segundo tomo.

Sara, su nuera, una mujer bondadosa e inteligente, lleva en su rostro mestizo, la expresión inconfundible de la dulzura de una madre mexicana y la hidalguía de la mujer española. Vallina la adoraba, siempre decía: "Esta mujer merece que se le haga el pedestal más grande de la historia". Durante los últimos años de su vida, lo cuidó con la abnegación de una verdadera madre; ella fue quien en la madrugada del 14 de febrero de 1970 percibió el último estertor de Vallina, y noblemente le cerró los ojos para siempre.

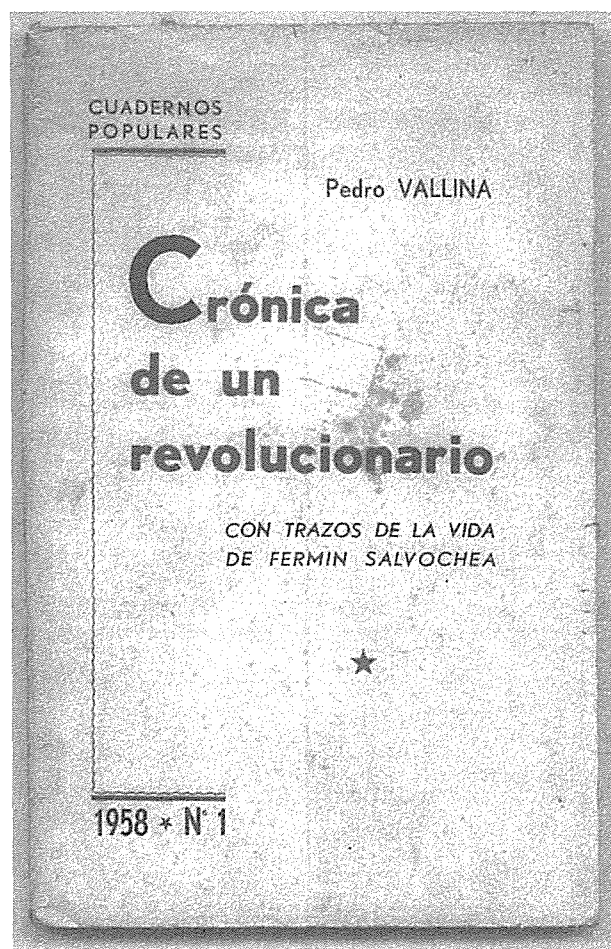
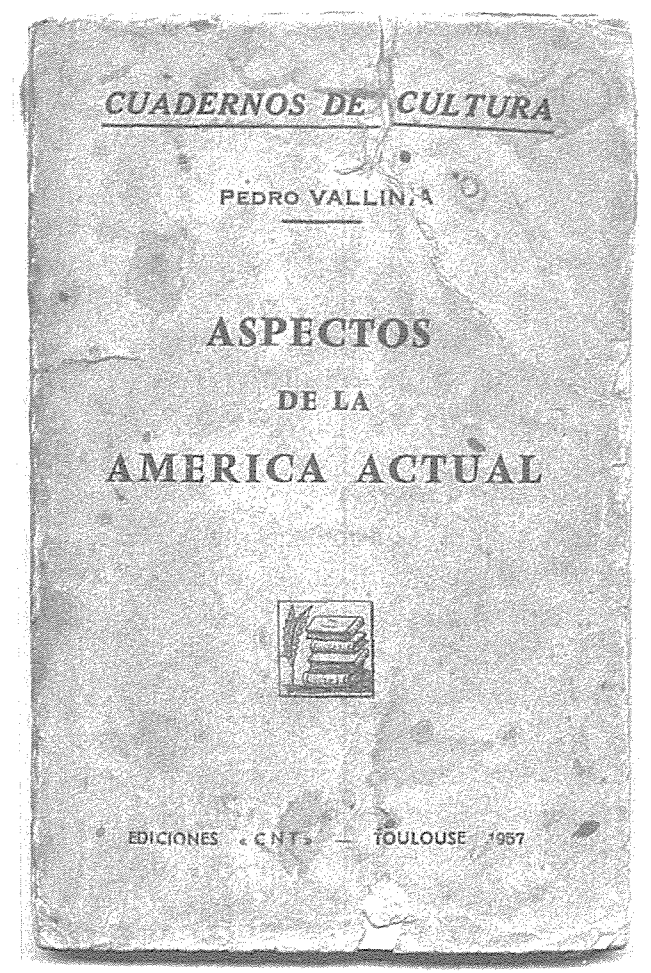
Que su acrisolada conducta hondamente humana, sea manantial para futuras generaciones, es nuestro anhelo.



La familia de Vallina en Loma Bonita, México (▲). A su derecha, Josefina, su mujer y Milton Pedro, el menor de sus hijos. A su izquierda, Bondad, su única hija, con su marido. Detrás de ellos Agustín Souchy, compañero libertario. Pedro Vallina y Josefina Colbach con uno de sus nietos (▲). Uno de los certificados de reconocimiento a su labor humanitaria en México (◀).



Pedro Vallina entre su hijo Harmodio y Sara, su compañera (◄). Además de sus memorias y numerosas colaboraciones en la prensa libertaria, Pedro Vallina escribió en México otros dos libros (▼).



JUAN FERRER

Ahora Pedro Vallina

No decimos “doctor” porque al peón nunca se le antepone su utilidad al denominativo personal. Además, porque a Vallina le gustaba la sencillez de trato.

Hemos hablado en pretérito porque ese hombre, esa institución personal anarquista, ya no existe. Según sus familiares “se extinguió como la luz de un candil que se apaga por falta de aceite”, y se comprende: Vallina llevaba viviendo 91 años.

Precisamente nos abandona durante el éxito de sus *Memorias*. En “Soli” por lo menos, los ejemplares de esta obra son empaquetados a decenas, prueba de la popularidad de nuestro precursor en anarquía. Cuando ciertos exjóvenes, que le olvidan, escupen sobre la dignidad de los “viejos” pese a que el peine a ellos les arrebatara pelos en proa a la calva un poco cada día, el alto ejemplo de los de siempre (Vallina nació en 1879) deja a gritones, a inconstantes y a escépticos en situación desairada.

Como compañero Vallina era importante por haber vivido las épocas más interesantes de nuestro movimiento. Igual que Albano Rosell, alumbró sus ideas reprobando el fuego inquisitorial de Montjuich que con tormentos y fusilazos, nos valió la pérdida de once compañeros. La bestia negra de la monarquía se sació de lo lindo; la inquisición moderna se dio un hartazgo de dolor y sangre ácrata. Pero al conjuro de esa gran infamia autoritaria las ideas anarquistas florecieron potentes y sus flores resultaron muy lozanas: la Huelga General (diario y paro revolucionario en Barcelona), la Escuela Moderna, la avalancha de publicaciones libertarias, de suerte que la autoridad, desacreditada por la barbarie del Castillo Maldito, recurrió a la superchería del terrorismo “anarquista” durante cinco años, terrorismo que míster Arrow pudo calificar de antianarquista, de misterio de guardarropía, concretamente: policíaco, cual lo calificamos nosotros.

Vallina fue contemporáneo de todo esto y más, cuya crónica evitamos por estar bien servida por su libro autobiográfico, *Mis Memorias*, que concuerda fatalmente con la desaparición del memorialista. Con la *Crónica de un Revolucionario* que nosotros le editamos, otra publicada por “Tierra y Libertad” de México, más el voluminoso relato de ahora, los compañeros pueden estar informados de Vallina mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros.

En su aspecto “doctor”, Vallina nos recuerda inevitablemente a otros médicos de igual mérito profesional y humanista: Isaac Puente, abnegado hasta el sacrificio; Juan Solá, injustamente olvidado con ser heroico su comportamiento anarquista; y José Pujol, otro ejemplo de probidad libertaria y de estima formal hacia los semejantes. Ninguno de los cuatro explotó sus méritos profesionales, y no es de extrañar que la insolencia de míseros a quienes atendían los sumieran en un estado de privación. Porque es cierto que Fermín Salvochea (el maestro de Vallina), Vallina mismo, y Puente y Solá y Pujol, regalaron “su capa” a los desarrapados, su bienestar personal y familiar a los menesterosos, bastantes de los cuales nunca devuelven bien por bien y por encima se burlan de sus benefactores y se suman al vilipendio “popular” contra los mismos.

Estos cuatro médicos curaron gratis a muchísimos desheredados, aunque lo hicieron con más devoción y desprecio del peligro al tratarse de personas afines enfer-

mas, o heridas en encontronazos con la policía. A Solá, la atención a un compañero tocado de bala en el asalto al “tren del Pueblo Nuevo” le valió una condena de 20 años de presidio; Pujol salvó justo la vida por haber obligado a operar a un compañero herido en la refriega del quiosco de Canaletas (cuatro cenetistas contra cien policías de Franco); y Vallina y Puente jamás se olvidaron de ejercer devotamente en casos parecidos de asistencia peligrosa. Ante el recuerdo de estos cuatro Caballeros del Ideal a los “antiguos” que quedamos en pie el corazón debe ponérsenos tierno, de no tenerlo acorchado.

Vallina tiene a gala en sus autobiografías presentarse como un hombre de acción, olvidando casi siempre su condición médica. En realidad anduvo mezclado en mil y una conspiraciones, siendo de admirar que saliese en bien de todas ellas. Una de sus contrariedades tiene referencia al atentado que Alfonso XIII sufrió en París el año 1906, por cuya causa estuvo preso y procesado junto con Carlos Malato, un compañero inglés y otro español. Todos ellos salieron libres del juicio, pero bien puede pensarse que en el suceso medió la obsesión regicida de Morral, el mismo que al año siguiente “volvería” a saludar de un bombazo al XIII en el día infeliz de su casamiento. (Ése es nuestro atrevido criterio, compañero lector, puesto que jamás hemos creído en la memez de un Mateo Morral perdido de amor por una pizpireta llamada Soledad Villafranca que se unió a la fortuna de Ferrer Guardia más que con la persona de éste, abnegado de nuestra causa.)

Vallina conspiró mucho por atracción de la aventura consciente, por afición a la “social” inmediata, por necesidad irreprimible de lucha. Sin embargo, este Pedro que acabamos de perder era reflexivo por lección recogida de los tiempos. Amaba tanto a los campesinos, tanto anhelaba sustraerlos de la miseria en que se debatían, que se mezclaba frecuentemente con ellos en Andalucía y en Extremadura. Sus penas eran las suyas, igual que los atrevimientos “ilegales”. Pero cuando aviesos o desaforados agentes trataban de explotar la buena fe de los irredentos del terruño para conducirlos al fracaso, o al desastre, Vallina levantaba su voz de alerta contra el aventurerismo. La lección del levantamiento de Jerez de la Frontera, que llevó al cadalso a ocho braceros anarquistas, la recogió Salvochea, y en días de la II República la recogería Vallina.

Nunca conocimos personalmente a este Pedro que se nos ha ido. En cambio tratamos al bondadoso hermano del mismo, fallecido durante la guerra mientras estaba ejerciendo de maestro de niños castellanos refugiados en Cataluña.

No nos cansaríamos de hablar de personas grandes, pero el papel nos resulta pequeño.

DOCTOR R. LÓPEZ DE HARO

Recordando al doctor Vallina

Al caer la dictadura de Primo de Rivera cesó el destierro del doctor Pedro Vallina, el cual desde Siruela (pueblo situado en la Siberia Extremeña), se trasladó a la ciudad de Almadén donde fijó su residencia con su familia, aunque frecuentemente viajaba por Andalucía y Extremadura.

El 17 de julio de 1936, cuando las ondas hertzianas anunciaron la sublevación del ejército de Marruecos, Pedro Vallina se reunió con el frente popular y sin demora se aprestaron a la defensa de la República.

En la noche del 17 comenzaron los talleres mecánicos de las minas a forjar febrilmente y sin reposo los aperos bélicos. La fragua de Mercurio transformó los férreos envases del azogue en potentes bombas de dinamita, las chapas de acero y hierro colado sirvieron de blindaje a los camiones de transporte, las perforadoras abrieron barrenos en las rocas de pasos estratégicos, alcantarillas y puentes quedaron sometidos al fuego de la mecha, y en las columnas de combate las pintorescas milicias populares, adiestradas por Vallina, avanzaron en tropel y sin concierto por los puestos de Santa Eufemia y El Viso hasta la campiña cordobesa.

Los centinelas enemigos y los piquetes de la guardia civil, ante el estrépito de los improvisados tanques, huyeron por las sierras tomando el camino de Córdoba. Con la técnica guerrera de Vallina se consiguió en pocos días el dominio del extenso valle de los Pedroches llegando sus milicias hasta las puertas de Pozoblanco, ciudad que conquistaron con muy pocas bajas. En estas visicitudes iban pasando los días sin más peligros que los inherentes o propios de la contramarcha de los voluminosos tanques. Estos “diplodocos férreos” fueron los responsables de algunos muertos y heridos graves producidos en el período bélico inicial, ya que al regresar de las operaciones y al dar la vuelta girando en las carreteras, el terreno desfavorable dificultaba las maniobras y los novatos escopetazos, al final de jornada, sufrían las descargas fortuitas y a “bocajarro” de las propias armas, pasando el hospital de mineros de Almadén, con heridas en extremo sangrantes de intenso desgarró atascadas de plomo, postas, y tacos, cuya reparación quirúrgica estaba a cargo del personal y equipo facultativo que yo había organizado.

Es justo declarar, en pro de la conducta de las milicias de Vallina, que no hicieron uso y jamás abuso de los derechos materiales a toda conquista; en el combate no se mancillaron con la sangre ni con los malos tratos de los prisioneros, y al enemigo en armas siempre le fue otorgado el socorrido puente de plata.

Por todo lo expuesto y en honor a la verdad, manifiesto que las milicias populares de Almadén, instruidas y dirigidas por Vallina, cumplieron con su deber en la guerra, siendo humanos a pesar de todo y jamás aprendieron lo concerniente al verbo requisar, que las tropas enemigas extranjeras supieron conjugar en varios idiomas.

En los últimos días de agosto me dijo el doctor Vallina: “Toda esta zona en 80 kilómetros a la redonda se encuentra asegurada del enemigo; me voy a curar heridos al frente de Guadalajara”. “Salud te deseo, Pedro, y que no tengas novedad; si vieras al oficial Ristori de la Cuadra, que debe estar allí, dale de mi parte un abrazo. Yo también me voy de Almadén, pues he recibido orden de traslado a la base naval de Cartagena. Adiós, hasta siempre”.

No supe de Vallina hasta en 1937; con ocasión de pasar dos días en Madrid, me encontré con el amigo Mauro Bajatierra a quien pregunté si tenía alguna noticia de Pedro, diciéndome que había regresado enfermo del frente, donde además de curar heridos le dio por convertirse en animador en el frente de combate, y esos esfuerzos quebrantaron su salud. Creo lo llevaron a Valencia. “Yo —continuó diciendo—, no dejo a mis muchachos ni saldré de Madrid, donde la lucha es muy dura”.

“¿Y vosotros qué tal por Cartagena? Ya sé que la aviación os descargó de firme bombas de 250 y 500 kilos”. “Así es —le dije—, aquello es un infierno, pero la unión es grande y costará mucho demoler ese baluarte”. Nos despedimos y no lo volví a ver más. Su heroico final, es de todos conocido.

En 1938 fui a Valencia y encontré a Vallina. Pudiendo observar que aún se manifestaba en él una viveza al menor esfuerzo, posiblemente de origen cardíaco, aunque Josefina estaba muy preocupada no perdía la esperanza de que pudiera mejorar con el reposo.

Me prometió ir por Barcelona a pasar unos días conmigo. Y así lo hizo dos meses después, teniendo oportunidad de visitar nuestro hospital de sangre, y hacernos una fotografía en el hospital del pueblo donde esperamos juntos durante varias horas.

Después de febrero de 1939, saltamos a Francia como saltan las astillas bajo el hacha. Durante ese año de exilio no volví a verle. Ya en 1940, estando en Santo Domingo, al pasar por el parque de Colón, me encontré con su hija Libertad. Asombrado le dije: “Muchacha, ¿qué haces tú por aquí?” “Estudio medicina y he venido a examinarme a la Universidad. Llegamos todos en enero y residimos al norte del Cibao, en Santiago Rodríguez. Mi padre aunque está bien de salud sufre de insomnios y se levanta a medianoche diciendo «¡aquí no se puede hacer nada, estoy convencido, no se puede hacer nada!»”

Poco tiempo después vino a mi casa, se despidió de mí y se fue a México.

* * *

Pedro Vallina era un ciudadano del mundo, hecho con el mismo barro de Ferrer, Pi y Margall, Salvochea, y otros hombres de acción librepensadores, que se entregaron en cuerpo y alma al culto de un ideal, luchando en ambos hemisferios por la libertad y emancipación de los humildes, de los olvidados, de los caídos, de los que sufren.

Seres heroicos de sublimes sacrificios cuyos nombres se destacan sobre las cenizas de las generaciones libertarias.

El médico Vallina, siempre pensando y laborando por el porvenir de los pobres, trabajador incansable, era la personificación continuadora de esa obra humanitaria. Buen amigo y compañero, me hablaba muchas veces de sus ideales, otras de sus viajes, y también de las prisiones que había sufrido en el transcurso de su vida arruinada en los calabozos de las cárceles de Europa y África. Y todo me lo contaba con la sencillez y naturalidad de los hombres que son realmente grandes. Le conocí en los años de la Dictadura estando desterrado en un pueblecito de Badajoz —Peñalsordo—, del cual lo trasladaron al de Siruela, situados ambos en la apartada región que se denomina la Siberia Extremeña. Allí tuve ocasión de contemplar el efecto que causaba su presencia entre aquellas humildes gentes que le adoraban y que al verle se descubrían con cariñoso respeto.

Una tarde llegaron varios automóviles de policía y guardia civil, con orden de llevarse al desterrado desde Siberia hasta la cárcel de Estella (Navarra). Los campesinos andaban fuera del pueblo dedicados a sus faenas agrícolas, pero no todos estaban ausentes, porque al oír los gritos de “¡que se llevan preso al hermano Pedro!”, las mujeres llorando de rabia y coraje se armaron de cuchillos y calabuezos destrozando las ruedas de los vehículos y haciendo frente a los verdugos carceleros, que se batieron en retirada sin parar hasta la Puebla de Alcocer.

El gobierno de la Dictadura, al conocer el fracaso de sus incondicionales sabuesos, retiró la orden de prisión, comprendiendo que no podía vencer a un pueblo de la misma tierra y casta de los que lucharon en las Indias Occidentales, y de tantos otros que añadieron páginas heroicas a la historia liberal de España.

Allí quedó el médico Vallina prodigando su caritativa ciencia en beneficio del necesitado, salvando de la muerte a muchos hijos de aquellos infelices que le adoraban, consagrandole a la existencia de esos niños inocentes que apenas abren los ojos se ven obligados a la miseria por apretados nudos que sólo corta “la Implacable”.

Posteriormente, en el período del gobierno Berenguer, le fue levantado el destierro a condición de no ir por la región andaluza en cuyas extensas provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla era más notoria aún la secular desorganización social, y donde a su voz potente se habían despertado millares de trabajadores de las fábricas y del campo que aún se sustentaban con jornales de hambre y donde las pobres mujeres encontraban siempre vacías las manos de la virtud ante el pan que lo tendía el vicio de los señoritos andaluces, dueños de los grandes latifundios y de la autoridad política con su dominio absoluto sobre todas las fuerzas productivas.

Aprovechando la libertad condicional se trasladó a la ciudad de Almadén, puerta de Andalucía y estratégica atalaya castellana, desde la cual podían actuar en el movimiento revolucionario ya muy fraguado y en vísperas de cristalizar en toda España.

Aún quedan en mi memoria los gratos días que juntos pasamos en Sevilla, donde pude observar que los burgueses y los señoritos vagos detenían el paso y le miraban por la espalda, lamentando sin duda en su interior que un hombre tan austero y abnegado, de cerebro tan grande, se empeñase en transformar un mundo que para ellos estaba perfectamente arreglado.

ANTONIO ROSADO

El sanatorio de Cantillana¹

El sanatorio del doctor Vallina estaba situado en una pequeña finca en terreno de sierra, con algunas aranzadas de olivar, más una huerta, con agua de pies, no muy abundante, pero sí muy buena, cuya agua era medianera con otras dos huertas linderas. Además, tenía otro pequeño venero, con alberca propiedad exclusiva de la huerta del sanatorio. El caserío de la huerta era suficiente para vivir una familia modesta, como la de este doctor. Tenía varios departamentos, corral y cuadra para bestias. Por el exterior, había otras dos pequeñas habitaciones. Separada del caserío, otra pequeña casilla, con cuadra y corral, donde había tenido un criadero de caracoles burgados, al que el doctor había rotulado con el nombre de Cortes Constituyentes.

Tenía algunas gallinas y conejos, y una pequeña burra, para traer del pueblo los suministros para la familia. La huerta tenía granados, naranjos, limoneros, perales, ciruelos, higueras, nogales, etc., árboles en estado ruinoso, por la falta del abono vegetal, falta de labor y lo mal administrada que había sido el agua, de lo que se habían beneficiado las dos huertas de los vecinos, al parecer con malas artes, y la complicidad de los que anteriormente habían cultivado la finca, incluso un familiar. El olivar se encontraba igualmente en lamentable estado, por falta de labor, de poda, y daños del ganado de los vecinos, que consideraban aquello como un patrimonio comunal, como un baldío o como tierra de nadie, pero extremadamente delicados para permitir que en lo suyo causaran daño alguno. No había yunta ni herramientas para labrar la finca.

En cuanto al sanatorio, su construcción se encontraba totalmente paralizada. Sólo se había terminado uno de los tres pabellones en proyecto. Y el doctor Vallina, aunque practicaba la medicina general, su especialidad eran las enfermedades de pulmón y corazón. Y el determinado número de enfermos allí acogidos solían pasarlo fuera de las habitaciones, en cobertizos, que abandonaban en caso de tormentas. Los enfermos contaban con asistencia médica totalmente gratuita, y eran asistidos por alguna mujer de la familia, y disfrutaban de un lugar excelente para su curación; todo lo demás corría de cuenta del enfermo o de sus familiares.

En el medio día de la mañana, y parte de la tarde, tenía establecidas las consultas a los enfermos de todos los pueblos limítrofes, incluso algunos de la capital. La compañera de su vida, Josefina Colbach, le ayudaba en su trabajo, y solía inyectar a los enfermos que lo precisaban. Mujer ejemplar, inteligente y en extremo modesta. Y no vi nunca al doctor Vallina cobrar una sola peseta por sus servicios a los enfermos. Si acaso le pedía algún enfermo la cuenta a su mujer, ésta, con cierta cortedad, le decía que diese lo que su voluntad y sus medios le permitiesen. Aquellos que conocían la vida de esta familia solían corresponder con algún producto alimenticio. Pero ¿cómo resolver el problema de los estudios de los tres hijos? El mayor ya estudiaba medicina, y la hija y el más pequeño no pudieron estudiar más que el bachiller, por falta de medios económicos.

1 N.E.: Se ha considerado de interés añadir para esta edición este texto perteneciente a *Tierra y libertad. Memorias de un campesino anarcosindicalista andaluz*. Crítica. Barcelona, 1979, pp. 102-103.

Más de una vez, al llegar el mediodía, Josefina y mi mujer se miraban y se entendían; no había nada que preparar en la cocina. Mi mujer salía y pedía prestado a los vecinos algo de aceite, de arroz o patatas, hasta el día siguiente que se fuera al pueblo, cogía un conejo o un pollo y rápido preparaba una caldereta, como los pastores, algo de fruta o gazpacho, y, aunque un poco más tarde, se comía, de lo que Vallina no solía enterarse. Descansaba un poco, se levantaba, leía la prensa; si veía algo de interés, me lo traducía del francés, etc.

Referencias bibliográficas

Otros dos libros publicó Pedro Vallina, además de numerosos artículos no recopilados hasta el momento:

- *Crónica de un revolucionario. Con trazos de la vida de Fermín Salvochea*. Cuadernos Populares nº 1. Ediciones Solidaridad Obrera. París, 1958.
- *Aspectos de la América actual*. Cuadernos de Cultura. Ediciones CNT. Toulouse, 1957.

Los trabajos bibliográficos específicos sobre Pedro Vallina son escasos, pese a que es relativamente frecuente referirse a él en determinadas obras generales. Entre los primeros hay que citar:

- ÁLVAREZ JUNCO, José. “Un anarquista español a comienzos del siglo xx: Pedro Vallina en París”. En *Historia Social* nº 13, 1992.
- GUTIÉRREZ MOLINA, José Luis. “Introducción” a Abel Paz, *Durruti en la Revolución española*. Fundación Anselmo Lorenzo. Sevilla, 1996.
- “Blas Infante y el anarquismo andaluz. Intervención y consecuencias de los sucesos de mayo de 1932 en Sevilla”. Comunicación al VIII Congreso sobre el Andalucismo histórico. Fundación Blas Infante, 1997.
- RUIZ ROMERO, Manuel. “Pedro Vallina, una biografía comprometida”. Ponencia mecanografiada al IX Congreso sobre el Andalucismo histórico, Écija, septiembre de 1999, Fundación Blas Infante (en prensa).
- “Aportaciones para el esclarecimiento del supuesto Complot de Tablada”, ponencia mecanografiada al IX Congreso sobre el Andalucismo histórico, Écija, septiembre de 1999, Fundación Blas Infante (en prensa).

Las obras generales en que se reseña de forma amplia la figura de Pedro Vallina son:

- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Ángeles. *Utopía y realidad. Anarquismo, anarcosindicalismo y organizaciones obreras*. Sevilla, 1900-1923.
- MACARRO VERA, José Manuel. *La utopía revolucionaria. Sevilla en la segunda República*. El Monte de Piedad, Sevilla, 1985.
- MAURICE, Jacques. *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas 1868-1936*. Crítica. Barcelona, 1990.

Asimismo, hay pasajes extensos dedicados a Vallina en:

- INFANTE PÉREZ, Blas. *La verdad sobre el complot de Tablada y el estado libre de Andalucía*. Aljibe. Granada, 1979.
- ROSADO, Antonio. *Tierra y libertad. Memorias de un campesino anarcosindicalista andaluz*. Crítica. Barcelona, 1979.

Pedro Vallina figura en la GRAN ENCICLOPEDIA DE ANDALUCÍA. Promociones Culturales Andaluzas S.A. Granada, 1979.

La declaración como “andalucista histórico” se encuentra en: INIESTA COULLAUT-VALERA, E. “Un primer censo de andalucistas históricos en la etapa infantiana”. En *Actas del III Congreso sobre el Andalucismo histórico*. Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989, p. 370.

Mis Memorias del Dr. Pedro Vallina han inspirado la novela de VICENTE TORTAJADA *Flor de cananas*. Renacimiento. Sevilla, 1999. También se encuentran apuntes biográficos en NICOLÁS SALA, *El Moscú Sevillano*. Universidad de Sevilla, 1990. Y en J. ROMERO MAURA. *La Rosa de Fuego*. Grijalbo. Barcelona, 1975.

[Reseñas biográficas]



ABAD DE SANTILLÁN, Diego

(Reyero, León, 1897-Barcelona, 1983). Su verdadero nombre era Sinesio García; muy joven emigró a Argentina donde influyó decisivamente en el movimiento obrero. Con la proclamación de la República de 1931 se afincó en España, incorporándose activamente a la CNT y a la FAI. Fue Consejero de Economía del Comité de Milicias Antifascistas, órgano que sustituyó a la Generalitat catalana. Entre sus obras destacan *El organismo económico de la Revolución*, de gran influencia en las colectivizaciones de 1936-39, e *Historia del movimiento obrero español*.

AGUIRRE LECUBE, José Antonio

(Guecho, Vizcaya, 1904-París, 1960). Abogado y político nacionalista vasco. Presidente del Gobierno provisional autónomo vasco (1936-39), cargo que conservó también durante el exilio hasta su muerte.

ALCALÁ-ZAMORA TORRES, Niceto

(Priego de Córdoba, 1877-Buenos Aires, 1949). Abogado y político. Católico y de ideas conservadoras perteneció al Partido Liberal y ocupó importantes cargos durante el reinado de Alfonso XIII. Tras la caída de la dictadura de Primo se declaró republicano y fue uno de los firmantes del Pacto de San Sebastián (1930). En abril de 1931 fue elegido presidente del gobierno provisional y en diciembre del mismo año fue nombrado Presidente de la República. En 1936 deja el cargo como consecuencia de una moción de censura, exiliándose durante toda la guerra y muriendo en el exilio.

ALCRUDO SOLORZANO, Augusto José y Miguel José

Los hermanos Alcrudo, médicos, ingresaron en la CNT procedentes de Partido Republicano Radical Socialista. Pertenecieron al Sindicato de Higiene y Sanidad de Zaragoza y al comité de la Federación Nacional de Sindicatos Únicos de Sanidad. Colaboradores de la prensa obrera con artículos médicos y teóricos.

ALMEREYDA, Miguel

Anarquista francés muy activo en la propaganda antimilitarista. Murió en 1917 ahorcado en la prisión. Es padre del cineasta francés Jean Vigo, que heredó las

ideas ácratas sobre las desigualdades sociales y el autoritarismo (*A propósito de Niza, Cero en conducta, L'Atlante*).

ÁLVAREZ, Ernesto

Periodista que colaboró activamente en la prensa ácrata de final del siglo XIX, y organizador de la campaña por las ocho horas. Murió en 1902.

ANGIOLILLO, Michele

Anarquista italiano que, desde su exilio de Londres, siguió en 1887 a Cánovas del Castillo al balneario de Santa Águeda, en Guipuzcoa, donde veraneaba, y le mató para vengar la responsabilidad de éste en la represión contra obreros y anarquistas.

ASCASO ABADÍA, Francisco

(Almudévar, 1901-Barcelona, 1936). Obrero panadero destacado representante de los “hombres de acción” del anarcosindicalismo español. Emigró joven a Barcelona donde con Durruti forman el grupo anarquista *Los Solidarios*, y participa en la fundación de la FAI. Implicado en la muerte del asesino de Salvador Seguí, huye a Francia, y más tarde a América, participando en numerosos actos de propaganda anarquista. En 1931 regresó a España participando activamente en la CNT. Destacó en la organización de los comités de defensa barceloneses para atajar los movimientos del ejército sublevado. Murió en el asalto al cuartel de Atarazanas el 20 de julio.

BAKUNIN, Mijail

(Torzk, 1814-Berna, 1876). Revolucionario ruso, de origen aristocrático, que participó en los movimientos de 1848 por los que fue encarcelado. Escapó de Siberia y se estableció en París donde conoció a Proudhon y Marx. En Londres colaboró con Herzen y después marchó a Italia donde organizó en 1864 la Alianza de la Democracia Socialista que se integró en la Internacional, en la cual protagonizó la tendencia opuesta a Marx, y que dio lugar a una escisión en 1872; los bakuninistas creían en el colectivismo y eran adversarios declarados del Estado y de la política parlamentaria. Sus principales obras se convirtieron en fuente teórica del anarquismo: *El Estado y la Anarquía* y *Dios y el Estado*.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente

(Valencia, 1867-Menton, Francia, 1928). Novelista muy popular en el primer tercio de siglo en la línea del naturalismo y costumbrismo que describe las condiciones de vida de la gente humilde. Miembro del Partido Republicano fue varias veces diputado a Cortes. El protagonista de su novela *La bodega* está basado en Fermín Salvochea.

BURGOS, Carmen de (Colombine)

(Almería, 1878-Madrid, 1932). Escritora y periodista bajo el seudónimo Colombine. Activa militante por los derechos políticos y sociales de la mujer.

CARRIÓN, Pascual

(Sax, Alicante, 1891-Requena, Valencia, 1984). Ingeniero agrónomo. Su obra, *Los latifundios en España. Su importancia. Origen. Consecuencias y solución*, representa un proyecto acabado de reforma agraria en el que el problema de la propiedad estaba en su base. Tuvo gran influencia sobre Blas Infante con quien participó en los primeros proyectos de reforma agraria de la II República, pero muy pronto fue marginado.

CASARES QUIROGA, Santiago

(La Coruña, 1884-París, 1950). Político del Partido Izquierda Republicana, llegó a ser ministro varias veces durante la II República y jefe del Gobierno con Azaña en 1936. Adoptó una decisión pasiva durante la rebelión militar del 18 de julio, lo que provocó su dimisión ese mismo día.

CLARAMUNT, Teresa

(Sabadell, 1862-Barcelona, 1931). Organizó a las trabajadoras de la rama textil, y destacó como brillante oradora. Fundó en 1901 *El Productor*. Detenida, encarcelada y deportada en numerosas ocasiones, sólo se le permitió regresar a Barcelona en 1921, al contraer en la cárcel una parálisis que le impidió seguir en la lucha obrera.

DATO IRADIER, Eduardo

(La Coruña, 1856-Madrid, 1921). Político del Partido Conservador que ocupó diversos ministerios durante la Restauración y llegó a la jefatura del gobierno en tres ocasiones (1913-1921). Apoyó a Martínez Anido en su actuación contra los sindicatos obreros de Barcelona. Murió en atentado a manos de tres metalúrgicos anarquistas.

DÍAZ RAMOS, José

(Sevilla, 1896-Tbilisi, 1942). Obrero panadero militante desde joven de la CNT. Ingresó en 1927 en el Partido Comunista, del que fue nombrado secretario general en 1932. En 1936 fue elegido diputado por Madrid. Tras la guerra se exilió en Rusia donde murió.

DURRUTI, Buenaventura

(León 1898-Madrid, 1936). Prototipo del anarquista ibérico, fue uno de los fundadores del grupo *Los Solidarios*. En los años 20 Durruti y sus amigos se dedicaron a recuperar bienes de la sociedad para la clase obrera. Tras diversas persecuciones y exilios, se incorporó en Barcelona a la FAI y a la CNT. Tras la sublevación del 18 de julio, tuvo una actuación muy destacada en Barcelona y Aragón. Murió defendiendo la Ciudad Universitaria de Madrid, en circunstancias todavía no aclaradas.

FANELLI, Giuseppe

(Martina Franca, 1826-1877). Ingeniero y arquitecto que abandonó su profesión para dedicarse a la obra revolucionaria. Luchó con Garibaldi, y desde 1866, cuando conoce a Bakunin, se convirtió a sus ideas dedicando su tiempo a propagar la revolución social. Llegó a España en 1869 comisionado por la AIT y entró en contacto con los militantes que organizaron la Internacional. Murió de tuberculosis en 1877.

FERRER, Joan

(Igualada, Barcelona, 1896-París, 1978). Obrero curtidor que desde muy joven militó en la CNT y tuvo una gran actividad en todos los frentes. Su vida y militancia, que resume el arquetipo del hombre de moral y lucha obrera libertaria, han quedado registrada en la obra de Baltasar Porcel *La revuelta permanente*.

GARCÍA MÁRQUEZ, Roque

Anarquista sevillano que tuvo, en los años veinte, un destacado papel en la constitución de la Federación Regional de Obreros Andaluces.

GUILLAUME, James

(1844-1916). Aunque nació en Londres, desde niño vivió en Suiza. Hombre de una gran formación dedicó su vida a la educación de la clase trabajadora. Organizó la Internacional en Suiza, desde cuya federación mantiene una fuerte oposición al autoritarismo de Marx. Dejó escrita *L'Internationale. Documents et souvenirs* (1864-1872).

GUSTAVO, Soledad

(Vilanova i Geltrú, 1866-Perpinán, 1939). Su verdadero nombre era Teresa Mañé. Maestra de escuela y colaboradora de publicaciones libertarias, fundó, junto con su compañero Federico Urales, *La Revista Blanca* y el suplemento *Tierra y Libertad*. Entre sus ensayos destaca *De la enseñanza* (1904) y *Hablemos de la mujer* (1923). Madre de Federica Montseny.

INFANTE PÉREZ, Blas

(Casares, 1885-Sevilla, 1936). Notario y político considerado el pilar básico del andalucismo, al haber impulsado el proceso que estuvo a punto de concluir durante la II República con la proclamación de un Estatuto de Autonomía para Andalucía. Mantuvo una estrecha amistad con Pedro Vallina, por el que toma parte en la defensa jurídica de militantes de la CNT. Fue fusilado al comienzo de la guerra civil. Su principal obra es *El ideal andaluz*.

LARGO CABALLERO, Francisco

(Madrid, 1869-París, 1946). Político socialista, miembro de la UGT y del PSOE desde 1894. Fue condenado a muerte por su participación en la huelga general de 1917. En 1918 fue elegido secretario general de la UGT. Ministro de Trabajo durante los primeros años de la República, presidió el gobierno del Frente Popular desde septiembre de 1936, hasta que dimitió tras los sucesos de mayo del 37.

LERROUX GARCÍA, Alejandro

(La Rambla, Córdoba, 1864-Madrid, 1949). Político republicano moderado que conformó un particular estilo demagógico. Fue presidente del Gobierno Republicano en diversas ocasiones entre 1933 y 1935. Su derechismo se acentuó con la incorporación a su Gabinete de tres ministros de la CEDA en 1934, desencadenante de las huelgas revolucionarias como las de Asturias y Barcelona. Tras las elecciones de 1936 huyó a Portugal y apoyó el levantamiento fascista.

MARTÍNEZ BARRIO, Diego

(Sevilla, 1883-París, 1962). Político del Partido Radical que llegó a ser Ministro en el Gobierno provisional de la República (1931). Ocupó la cartera de Gobernación con Lerroux, y sucedió a éste en la Jefatura del Gobierno (1933). Disconforme con la política de los radicales fundó La Unión Republicana, que formó parte del Frente Popular de 1936. Tras la destitución de Alcalá Zamora ocupó de forma interina la presidencia de la República. En 1945 fue nombrado presidente de la República española en el exilio.

MAURA MONTANER, Antonio

(Palma de Mallorca, 1853-Madrid, 1925). Político conservador que desempeñó diversos cargos de gobierno durante el reinado de Alfonso XIII. Dimitió en 1909 como presidente del Consejo de Ministros como consecuencia de la represión ejercida durante la Semana Trágica. A partir de 1913 aglutinó un movimiento político denominado maurismo, escindido del partido conservador. Volvió a presidir dos gobiernos en 1918 y 1921 tras el llamado “desastre de Annual”.

MONTSENY, Federica

(Madrid, 1905-Toulouse, 1994). Hija de Federico Urales y Soledad Gustavo, colaboró en *La Revista Blanca* escribiendo sobre filosofía, literatura y feminismo. Activa militante de la CNT, en el gobierno de Largo Caballero (1936-37) fue Ministra de Sanidad y Asistencia Social. En el exilio fundó el semanario *L'Espoir*, y mantuvo una intensa actividad para la reconstrucción de la CNT en España al final de los años 70.

MORRIS, William

(Walthamstow-Hammersmith, Inglaterra, 1834-1896). Poeta, pintor y pensador político inglés. Fundador y figura destacada del movimiento *Arts and Crafts* y precursor del denominado *Art Nouveau*. Fue crítico de la revolución industrial y reivindicador del trabajo artesanal. Destaca su obra *Noticias de ninguna parte*, novela utópica de inspiración socialista.

NETTLAU, Max

(Neuwaldeg, 1865-Amsterdam, 1944). Intelectual puro que dedicó toda su vida al pensamiento libertario. Su formación en lingüística indoeuropea le facilitó el dominio de varios idiomas, entre ellos el español, a cuyo país estuvo vinculado. Su afán investigador se materializó en numerosas publicaciones y proyectos editoriales. Destacan *M. Bakunin, la Internacional y la Alianza en España* (1868-1873), *Esbozo de historia de las utopías* (1925).

PEIRÓ BELIS, Joan

(Barcelona, 1887- Paterna, Valencia, 1942). Obrero vidriero de profesión, fue un militante activo de la CNT, de la que fue secretario general en 1928. Firmó en 1931 el conocido “manifiesto de los treinta”. En el gobierno de 1936-37 desempeñó la cartera de Industria. Exiliado en Francia, fue entregado por la Gestapo a España y ejecutado. Dejó escrito numerosos folletos divulgativos sobre el anarcosindicalismo.

PESTAÑA, Ángel

(Ponferrada, León, 1886-1937). Obrero metalúrgico, fue secretario de la CNT en 1914. Junto a Salvador Seguí fue clave en la consolidación organizativa de la CNT en el periodo 1916-23. A partir de 1931 animó la corriente llamada “trentista” que le llevó a separarse de la CNT. Fundó el Partido Sindicalista por el que fue diputado en 1936.

PI I MARGALL, Francesc

(Barcelona, 1824-Madrid, 1901). Político, historiador y ensayista. Partidario del cooperativismo y la organización federal propuso un completo programa de reformas administrativas y sociales. En 1870 fue elegido presidente del Partido Federalista. Tras la proclamación de la I República (1873) fue ministro de la Gobernación e inmediatamente su Presidente. Su oposición a la represión militar de los movimientos cantonales le llevó a dimitir. Defendió la legalización de las sociedades obreras y de la AIT, así como de la independencia cubana.

POUGET, Émile

(1830-1931). Anarquista y sindicalista francés que desde 1889 editaba uno de los periódicos de mayor prestigio, *Père Peinard*, de clara orientación agitadora por lo que fue sistemáticamente perseguido. Fue nombrado secretario adjunto de la CGT francesa poniendo en marcha otro proyecto editorial de gran importancia: *La Voix du Peuple*.

PRIETO, Indalecio

(Oviedo, 1883-México, 1962). Político socialista, director del diario *El Liberal* de Bilbao. Fue representante del ala más moderada del PSOE y desempeñó varios ministerios en el periodo republicano.

PUENTE, Isaac

(?-Vitoria, Álava, 1936). Médico que tuvo una militancia activa en la CNT, divulgador de la idea del comunismo libertario adoptado como resolución en el Congreso de Zaragoza de 1936. Murió fusilado por los carlistas.

RECLUS, Élisée

(Sainte-Foy-la-Grande, 1830-Thourout, 1923). Escritor y geógrafo de amplia formación. En 1864 conoció a Bakunin, y en 1871 participó en La Comuna por lo que fue encarcelado y desterrado a Suiza, comprometiéndose con la federación jurásica en la que trabajó estrechamente con Kropotkin y en la prensa anarquista. Sus principales obras son *Geografía Universal* (1875-94) y *El hombre y la tierra* (1905-08).

ROSADO, Antonio

(Morón, 1889-1978). Bracero andaluz, militante anarcosindicalista desde muy joven, fue un hombre de organización. Encarcelado en numerosas ocasiones y exiliado a Argentina. Tuvo un papel destacado en la organización de la CNT en el

campo andaluz, siendo durante el 36-39 el secretario de la Federación de Campesinos y como tal, responsable de las colectivizaciones agrarias del sur. Su vida de militancia jornalera está resumida en sus memorias *Tierra y Libertad*, publicadas poco después de fallecer. Tanto él como su familia tuvieron una relación íntima con el Dr. Vallina.

SALMERÓN ALONSO, Nicolás

(Alhama, Almería, 1838-Pau, Francia, 1908). Político republicano e intelectual krausista que contribuyó a fundar la institución libre de enseñanza y que alcanzó renombre por su oratoria y artículos en la prensa de la época. Después de la revolución que acabó con el reinado de Isabel II fue elegido varias veces diputado. Fue el tercer presidente de la I República y castigó las sublevaciones cantonalistas.

SÁNCHEZ ROSA, José

(Grazalema, Cádiz, 1866-Sevilla, 1936). Discípulo de Salvochea, autodidacta y propagandista y organizador del anarcosindicalismo andaluz. Colaborador de la prensa libertaria, entre otras de *Tierra y Libertad*, mantuvo una destacada dedicación a la enseñanza, llegando a publicar unos exitosos libros como *Gramática del obrero*, *Aritmética del obrero*, con los que enseñó en las numerosas escuelas que fundó. Murió fusilado por los golpistas en los primeros días, tras la ocupación militar de Sevilla.

SEGUÍ, Salvador

(1890-1923). Catalán, conocido como “el Noi del sucre”, fue su oficio pintor de paredes. Brillante orador, organizador sindicalista y defensor protagonista del sindicato “único”, frente al sindicato de oficio. Fue asesinado por las fuerzas reaccionarias del gobernador de Cataluña Martínez Anido.

SHAW, Georges Bernard

(1856-1950). Dramaturgo y ensayista irlandés nacido en Dublín. Cuando se trasladó a Londres se unió al movimiento socialista denominado Sociedad Fabiana. Entre sus obras son frecuentes las de temática social. Premio Nobel en 1925.

THOREAU, Henri David

(Massachusetts, 1817-1862). Escritor y filósofo estadounidense cuyo ensayo *Desobediencia civil*, escrito en 1849, contra la esclavitud y la guerra del gobierno de su país contra México, tuvo gran influencia en el movimiento pacifista. Su obra más destacada es *Walden o la vida en los bosques*.

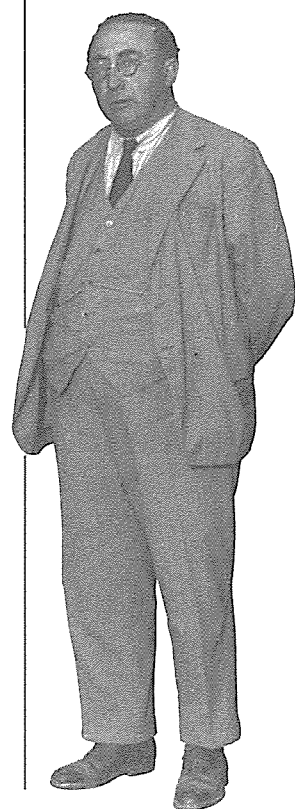
TOMÁS, Francisco

(1850-1903). Albañil mallorquín organizador de la Internacional en Baleares, donde dirigió desde 1870 *El Obrero*, órgano del Centro Federal de Sociedades Obreras.

URALES, Federico

(Reus, 1864-Francia, 1942). Su verdadero nombre era Juan Montseny. Maestro en una escuela laica, se destacó por sus colaboraciones en la prensa libertaria de su época. Fundó, junto a Soledad Gustavo, su mujer, la más prestigiosa publicación periódica ácrata, *La Revista Blanca*, y su suplemento *Tierra y Libertad*, en cuya segunda época colaborará su hija Federica. Dejó escrito varios libros de filosofía y sociología y numerosas obras de literatura social.

[Índices]



Índice onomástico

- Abad de Santillán, Diego, 361, 445
 Aguirre Lecube, José Antonio, 390, 391, 445
 Alcalá Zamora, Niceto, 13, 228-232, 248, 249, 251, 256, 272, 445, 449,
 Alcrudo (hermanos), 311, 328, 445
 Alfarache, Progreso, 166, 169
 Alfonso XIII, 11, 49, 51, 60, 65, 67, 68, 70, 80, 85, 88, 93, 104, 109, 112, 140, 144, 199, 201, 204, 215, 248, 267, 272, 291, 371, 374, 394, 416, 417, 419, 420, 435, 445
 Almereyda, Miguel, 79, 91, 445
 Álvarez del Vayo, Julio, 345
 Álvarez, Ernesto, 48, 446
 Angiolillo, Michele, 37, 64, 127, 103, 324, 394, 419, 446
 Apolo, Antonio, 48, 59, 67
 Araquistáin Quevedo, Luis, 113, 114
 Arín, Francisco, 243, 248, 331
 Armand, Émile, 79, 90, 127
 Armendaris (doctor), 360
 Ascaso, Francisco, 97, 446
 Bajatierra, Mauro, 290-293, 297, 298, 300-302, 304, 306, 437
 Bakunin, Mijail, 127, 374, 416, 446, 447, 449, 450
 Balbontín Gutiérrez, José Antonio, 266
 Barnés, Francisco, 27, 28, 31, 61
 Barneto, Saturnino, 203
 Barriobero, Eduardo, 50, 62-64, 74, 140, 370-372, 385, 419
 Bastos (gobernador), 252
 Benot, Eduardo, 72
 Berenguer, Dámaso, 201, 438
 Blasco Ibáñez, Vicente, 46, 51, 215, 393, 446
 Bonafoux, Luis, 64, 87n., 93, 94
 Buen, Demófilo de, 258
 Buen, Saadi de, 259
 Burgos, Carmen de (Colombine), 214, 446
 Burguete (general), 382
 Cabanellas Ferrer, M., 248, 249, 251, 256, 267, 394
 Cabezali, Víctor, 290
 Cacho y Manga, Juan, 31
 Calderón, Pedro, 198, 253
 Campillo, Narciso, 32, 296
 Canalejas Méndez, José, 50, 55-57, 61, 72-74, 112, 113, 399
 Cano, Alonso, 21, 35
 Cano Ruiz, B., 419n.
 Cánovas del Castillo, Antonio, 37, 58, 64, 65, 103, 127, 384, 394, 446, 451
 Caro, Rodrigo, 35
 Carrión, Pascual, 258, 266, 447
 Carvalho, Eliseo de, 211
 Casares Quiroga, Santiago, 273, 447
 Caserio, Gerolamo, 79, 83
 Castelar, Emilio, 36, 40

- Castell, Enrique, 89, 266, 291, 292
 Castell, Rosendo, 44, 45, 51, 52, 60, 384-390, 419
 Castro, Rosalía de, 138
 Castrovido, Roberto, 50, 78, 371, 372, 385
 Cipriani, Amilcare, 81, 87, 96, 125, 392
 Claramunt, Teresa, 33, 169, 447
 Clemenceau, Georges, 81, 106, 137, 394
 Colbach, Josefina, 137, 140, 142, 182, 208, 211, 216, 242, 407, 417, 418, 421, 430, 432, 437, 439, 440
 Cornelissen, Christian, 79, 92, 127
 Corominas, Pedro, 49
 Corteçao, Jaime, 256
 Costes, 405, 406, 411
 Curros Enríquez, Manuel, 138
- Danton, Georges Jacques, 39
 Dato Iradier, Eduardo, 399, 447
 Dave, Víctor, 79
 Del Rosal (coronel), 309, 314, 315, 329-331, 352, 363, 365, 366
 Delgado, Secundino, 71-73, 78
 Delorme, 63, 370
 Deus, Jean de, 211
 Devaldés, Manuel, 132, 133
 Díaz Ramos, José, 203, 447
 Dicenta, Joaquín, 51, 63, 370, 389
 Díez, Paulino, 198 y n., 199, 214, 339, 406, 415, 419n. 428, 429, 431
 Domingo, Marcelino, 233, 260
 Dreyfus, Alfred, 80, 374, 384, 82
 Durruti, Buenaventura, 97, 310, 326, 446, 447
- Eça de Queiroz, José M.^a, 212
 Estévanez, Nicolás, 44, 55, 74, 77-79, 96, 385, 394, 415, 419
- Fanelli, Giuseppe, 44, 46, 447
 Faure, Sebastián, 35, 63, 79, 80, 82, 86, 91, 93, 96, 125, 132, 209, 344, 371, 374, 379
 Feijoo, Benito Jerónimo, 33
 Ferrer i Guardia, Francesc, 79, 80, 90, 109-111, 215, 323, 374, 384, 392, 394, 405n., 408, 411, 419, 420, 435, 437
- Ferrer, Joan, 434, 448
 Ferrer, Sol, 408
 Figner, Vera, 86
 Flores Magón, Ricardo, 406, 421
 Flórez, César, 372
 Flourens, 85, 125, 392
 Fournon, Fernando, 204, 211, 341
 France, Anatole, 124
 Franco, Francisco, 39, 42, 45, 87n., 181, 253, 257, 268, 272, 288, 235, 370, 384, 397, 409-411, 435
 Franco, Ramón, 228, 266
 Franklin, Benjamin, 378
- Galán, Juan, 266, 291
 Galarza (fiscal), 258
 García, Justiniano, 266, 291
 García, Roque, 158-160, 448
 Garibaldi, Giuseppe, 85, 447
 Gayarre, Julián, 30
 Gil Robles, José María, 227, 244, 260
 Girault, Ernesto, 79, 88
 Goldman, Emma, 100, 115, 405n.
 Gómez, Máximo, 36, 395
 González Inestal, Serafín, 345
 González Moreno, 218
 González Cecilia, 247, 248
 Goodwin, William, 112
 Gorki, Máximo, 86
 "Gorriti", 314, 323
 Grave, Jean, 48, 79, 82, 85, 89, 96, 124, 127, 131, 284, 394
 Guillaume, James, 79, 92, 448
 Gustavo, Soledad, 45, 48, 74, 77, 384, 386, 448, 449, 452
- Hamon, 92
 Harvey, B., 81, 87, 94, 95, 125, 392
 Hoovehen, Enriqueta, 79
 Humbert, 94
 Hutington, Archer M., 35
- Ibsen, Henry, 379
 Iglesias, Pablo, 43, 44, 51, 386
 Infante, Blas, 13, 173, 216, 254, 258, 259, 260, 266, 273, 359, 419, 447, 448

- Íñiguez, Pablo, 33
 Isabel II, 375, 451
 Ivetot, 80, 124
- Jaime, Félix, 44, 385
 Janvion, Émile, 91
 Jiménez, Juan Ramón, 33
 Jiménez Orgue (coronel), 293, 299, 300
 Jourdain, Francis, 91
 Junoy, 51
- Kropotkin, Piotr, 82, 99, 112, 113, 118, 125, 127, 131, 392, 450
- Laboulaye, 37
 Labra, 51, 56
 Laguillo, José, 196, 197
 Lamberet, Renée, 99, 404 y n., 406, 409-411, 426, 427
 Largo Caballero, Francisco, 59, 249, 262, 271, 448, 449
 Larkin, Jim, 123
 Lasalle, Ferdinand, 130
 Latorre, Félix, 44, 385
 Lerroux García, Alejandro, 33, 47, 51, 55, 59, 96, 200, 201, 223, 224, 226, 252, 257, 259, 272, 371, 448, 449
 Libertad, Albert, 79, 83, 90
 López de Haro, R., 312, 419n., 436
 López Domínguez, 50
 López Madrid, Antonio, 241, 285
 López de Ayala, Adelardo, 28
 Lorenzo, Anselmo, 44, 47, 127, 232, 385
- Macein, Francisco, 64, 74
 Maceo, Antonio, 36
 Maciá, Francesc, 199, 266
 Maeztu, Ramiro de, 63, 114, 370
 Magalhaes Lima, 211, 212, 215
 Malatesta, Errico, 70, 82, 93, 94, 97, 99, 107, 111, 112, 114, 117, 128, 131, 371, 373, 394
 Malato, Charles, 79, 81, 84, 86-88, 91, 95, 127, 131, 232, 373, 374, 384, 394, 409, 411, 435, 451
 Malebranche, Nicolás de, 390, 391
- Mangada (coronel), 346-348
 Marat, Jean Paul, 33
 Martí, José, 36, 347, 395
 Martínez Barrio, Diego, 200, 449
 Martínez Anido, Severiano, 204, 224, 341, 447, 451
 Maura, Antonio, 50, 108, 109, 111, 384, 449
 Maura, Miguel, 252, 253, 256
 Medinaveitia (doctor), 355
 Meric, Víctor, 91
 Michel, Louise, 35, 50, 79, 84, 87, 88, 374, 419
 Millán Astray, 56, 70, 71, 73, 78, 79, 212
 Mogrovejo, 211
 Mola, Emilio, 220, 221, 223, 224, 226, 267, 293, 347, 371
 Montaner, Antonio, 252, 449
 Montoto, Luis, 30
 Montseny, Federica, 47, 90, 425, 448, 449
 Moret, Segismundo, 50, 64, 69, 70, 289
 Morral, Mateo, 109, 232, 267, 374, 408, 419, 435
 Morris, William, 112, 373, 449
 Muñoz San Román, José, 35
- Nacht, Siegfried, 79, 91, 93, 98, 102, 104-106, 125, 392
 Narváez, Ramón María, 285
 Negre, Josep, 113
 Nettelau, Max, 99, 112, 408, 410, 449
 Nieuwenhuis, Domela, 93, 124, 127, 392
 Nombela (comandante), 328-330
- Ojeda, Antonio, 48, 49, 169
 Olmedo (doctor), 352, 353
 Oloriz (doctor), 62
 Orive (doctor), 311, 315, 328, 329, 332
 Ortega y Gasset, Eduardo, 233
 Osorio y Gallardo, 233
- Pablo, Nicolás del, 257
 Palma, 72, 44, 415
 Pardiñas, Manuel, 112
 Parra, Antonio, 199
 Peiró Belis, Juan, 258, 331, 449
 Pérez, Antonio, 199

- Pérez, Manuel, 198, 203, 211, 213, 351, 360, 361
- Pérez Farrás, Enrique, 349
- Pérez Feito (coronel), 333, 354
- Pérez Galdós, Benito, 51, 52, 387-389
- Pestaña, Ángel, 232, 291, 450
- Pi i Margall, Francesc, 11, 22, 47, 49-51, 69, 371, 437, 450
- Pierrot (doctor), 85, 89, 90, 408
- Plácido, 36
- Plaja, Hermoso, 421
- Polavieja, Camilo, 50
- Portas (capitán), 61
- Portet, Lorenzo, 394, 408, 411
- Pouget, Émile, 80, 450
- Prat, José, 89
- Prieto, Indalecio, 282, 349, 450
- Prim, Juan, 213, 375, 376
- Primo de Rivera, Miguel, 87n., 185, 198, 199, 201, 202, 204, 208, 210, 211, 215-217, 219, 220, 222, 224, 245, 265, 272, 284, 341, 343, 346, 347, 417, 436, 445
- Proudhon, Pierre J., 22, 127, 446
- Pueyes (doctor), 35, 198
- Puente, Isaac, 434, 435, 450
- Pujol, José, 434, 435
- Queipo de Llano, Gonzalo, 272, 382
- Quental, Antonio, 212
- Rada, Plablo, 266, 291
- Ramón y Cajal, Santiago, 41, 62
- Ramos García, 33
- Ramus, Pierre, 83
- Ravachol, 79, 83
- Reclus, Élisée, 79, 81, 82, 127, 374, 392, 406, 408, 450
- Reclus, Paul, 89, 408, 406, 411
- Ríos, Fernando de los, 251, 253, 259
- Ristori, Ambrosio, 347, 436
- Rizal, José, 36, 65
- Robin, Paul, 79, 95
- Roche, Dusa, 118
- Rocker, Rudolf, 97, 100, 102, 105, 106, 113, 130
- Rodríguez Marín, Francisco, 35, 212
- Rodríguez Solís, 327
- Rojas, Domingo, 421, 428, 419n.
- Rosado, Antonio, 7, 12, 198, 339, 439, 450
- Rubio y Díaz, 39
- Ruiz, Francisco, 64, 65
- Ruiz, Pedro (doctor), 145
- Rusiñol, Santiago, 127
- Sagasta, Práxedes Mateo, 50
- Saint-Just, Louis Antoine Léon de, 427
- Salmerón Alonso, Nicolás, 28, 43, 51, 53, 69, 70, 117, 387, 389, 415, 451
- Salmerón y García, Nicolás, 43, 50, 52, 55, 63, 81, 133, 137, 370, 388
- Salvaterra (conde de), 171, 372, 399, 421
- Salvochea, Fermín, 27, 37, 40, 42-45, 46, 48-50, 54, 57, 59-61, 65, 67, 69, 70, 72-74, 77, 78, 88, 100, 121, 205, 213, 217, 230, 234, 249, 251, 256, 280, 341, 376, 386, 405n., 407, 412, 419, 425, 428, 434, 435, 437, 446, 451
- Sánchez Dalp, 156
- Sánchez Rosa, José, 7, 158, 160-162, 451
- Sancho Alegre, Rafael, 372
- Sanjurjo, José, 162, 228, 266, 267
- Sanmartí, Teresa, 408
- Sawa, Alejandro, 74
- Schapiro, A., 100, 102
- Scott, Walter, 33
- Seguí, Salvador, 200, 446, 450, 451
- Seisdedos, 369, 370
- Sellés, Eugenio, 163
- Severine (madame), 394
- Shaw, Georges Bernard, 124, 451
- Shum, 258
- Silvela, Francisco, 50
- Simarro (doctor), 113
- Soizel, Carlos, 384
- Sol, Vicente, 257
- Sola, Francisco, 48, 49
- Solá, Juan, 434, 435
- Solano, Miguel, 144
- Soldevila Romero, Juan (cardenal), 199
- Soler, Francisco, 49
- Soriano, Rodrigo, 51
- Souchy, Agustín, 100, 430, 432

Sousa, Joaquín de, 199, 200, 211, 215

Stepniak, 426, 427

Suárez, Francisco, 64-67, 69, 70

Tarrida del Mármol, Fernando, 107, 127, 394,
405n., 408

Tcherkessof, Varlan, 107, 131

Thoreau, Henri David, 152, 405, 451

Tomás, Francisco, 48, 451

Toreno (conde de), 39

Torralva, Bartolomé, 169, 171

Torralvo, José, 48, 49, 194

Torrijos (general), 218, 219, 227, 263, 282

Unamuno, Miguel de, 71, 211, 212, 225

Urales, Federico, 45, 47, 49, 74, 233, 384,
386, 448, 449, 452

Vaillant, 91

Valdés, Concepción, 36

Vallina, Harmodio, 9, 137, 142, 210, 220,
374, 290, 292, 330, 333, 405, 428, 431,
433

Vallina, Xóchitl, 9, 423, 431

Vázquez de Mella, Juan, 50

Vázquez, Juan, 175

Viadiu, Ismael, 419n.

Viadiu, José, 419 y n., 431

Vicente, Gil, 212

Vidal (coronel), 208-210, 340, 341, 343-346

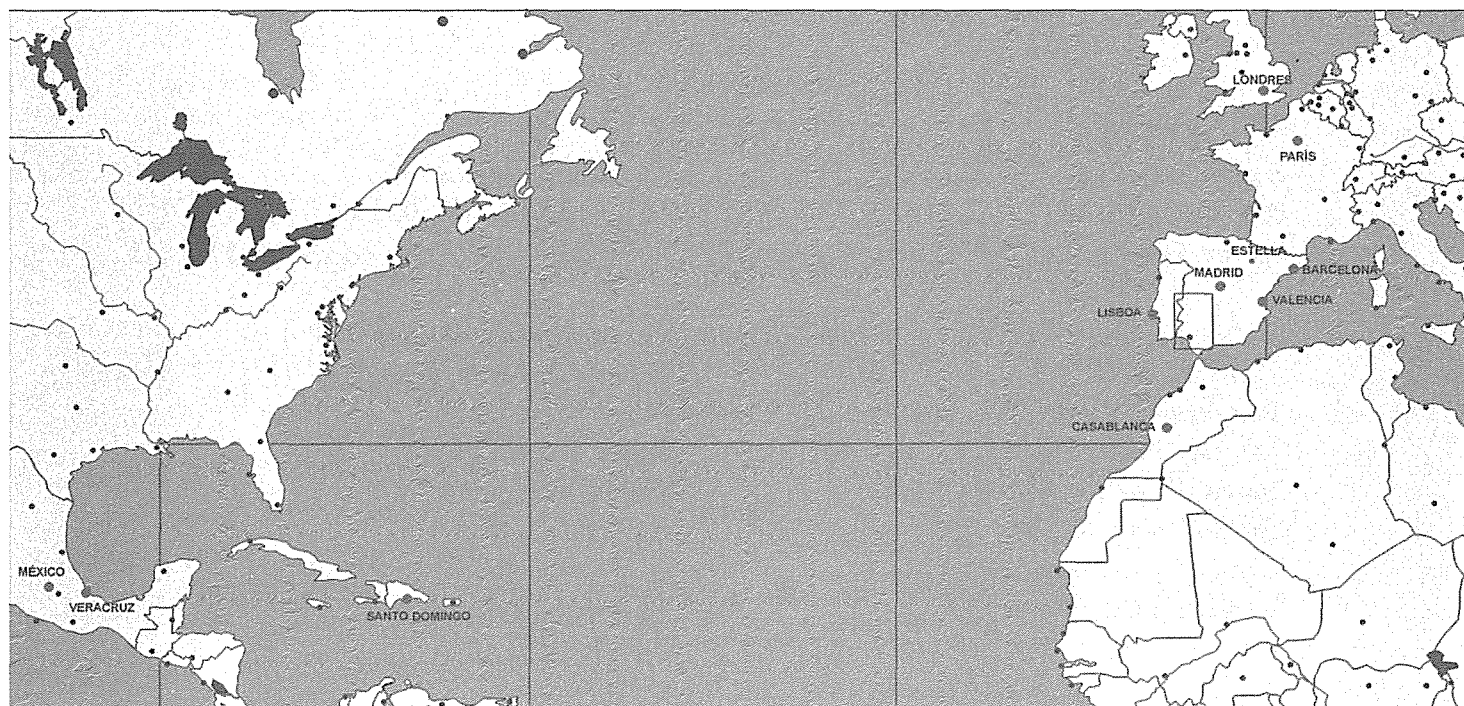
Villaespesa, Francisco, 63, 370

Voltaire, 307, 384

Weyler Nicolau, Valeriano, 50, 53, 71-74, 78,
79, 390

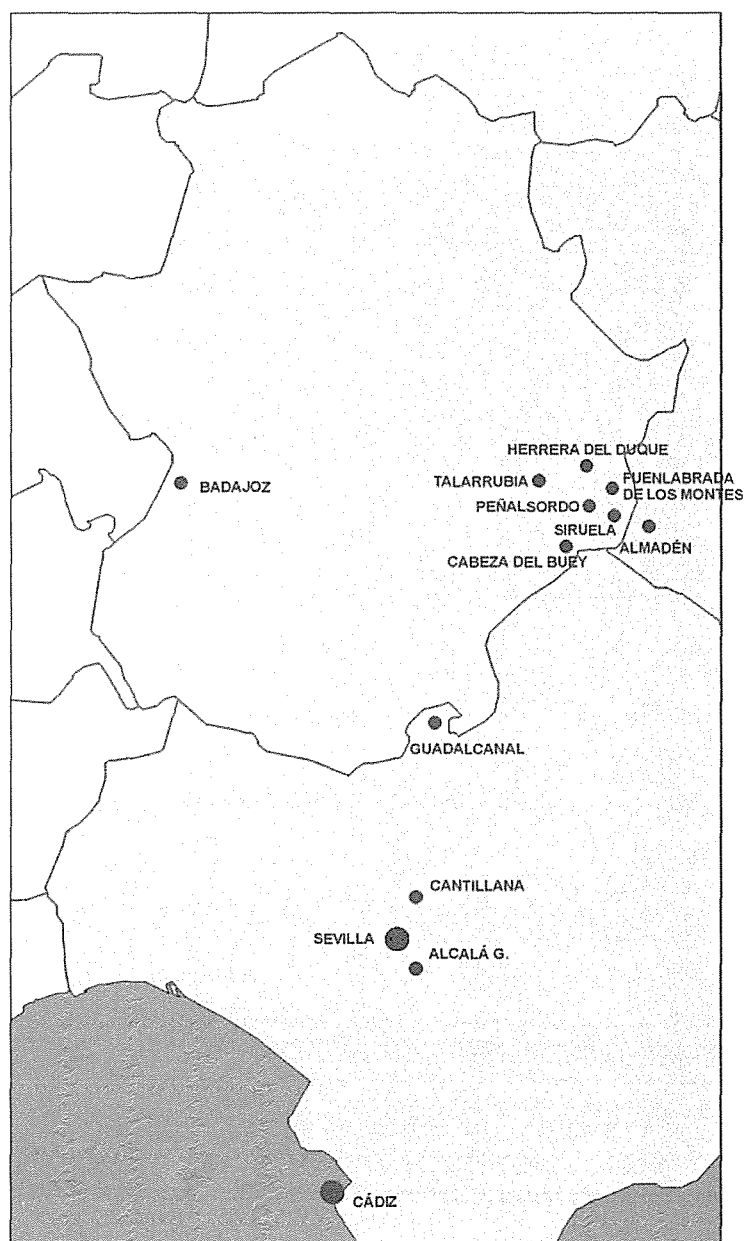
Zenea, Juan Clemente, 36

Zola, Emilio, 372



ITINERARIO BIOGRÁFICO

1879	GUADALCANAL (Sevilla)
1902	CÁDIZ-SEVILLA
1903	PARÍS
1907	LONDRES
1917	SEVILLA
1918	SIBERIA EXTREMAÑA
1919	SEVILLA
1921	MARRUECOS-LISBOA
	SIBERIA EXTREMAÑA
1931	ALMADÉN (Ciudad Real)
1932	SEVILLA
1936	ALMADÉN
1938	BARCELONA
1939	REPÚBLICA DOMINICANA
1945	MÉXICO



Índice geográfico

- Agudo (CR), 240-243, 245, 287, 288
Albacete, 209, 210, 292, 340, 344-348, 354, 317
Albarracín (TE), 314, 317, 321
Albuera, La (BA), 175
Alcalá de Guadaira (SE), 230, 248, 249, 252, 253, 256, 259
Alcalá de Henares (M), 293
Alcalá del Valle (CA), 85, 384, 394
Alicante, 307, 308
Almadén (CR), 25, 160, 185, 188, 189, 198, 221, 278
Almadenejos (CR), 225, 240, 286
Amsterdam (Holanda), 30, 80, 91, 93, 124, 125, 392, 408, 410, 411
Argelès-sur-Mer, 262, 381
Asturias, 53, 162, 226, 244, 262, 265, 284, 448
Atienza (GU), 298, 299, 300
- Badajoz, 17, 25, 139, 158, 164, 175, 176, 178, 183, 187, 222, 226, 227, 240, 241, 243, 244, 257, 260-265, 271, 280, 284, 285, 287, 289, 437
Baides (GU), 302, 303-307
Barcelona, 29, 45, 49, 58, 59, 60, 77, 80, 87, 89, 90, 92, 93, 109-111, 123, 124, 127, 198, 232, 233, 263, 266, 329, 331, 340, 348-352, 354, 355, 359-361, 370, 372, 385, 397, 417, 419, 421, 423, 434, 437, 446, 447, 448
Belgrado (Yugoslavia), 126
Berlanga (BA), 137, 139, 140, 143
Bilbao, 54, 63, 199, 345, 450
Bruselas (Bélgica), 81
- Cabeza de Buey (BA), 159, 166, 176, 178, 227, 260, 289
Cádiz, 33, 37-40, 42, 43, 204, 211, 217, 253, 265, 341, 376, 451
Camas (SE), 35, 172, 397
Cantillana (SE), 9, 13, 14, 17, 30, 31, 169, 193, 196, 197, 339, 417, 429, 439
Cañete (CU), 311, 314-317, 319-321, 323, 324
Capilla (BA), 178, 179
Carbonera (V), 320
- Casablanca (Marruecos), 204, 206-211, 340-344, 346, 417
Castellón, 348
Castilblanco de los Montes (BA), 162, 227, 228, 264
Chillón (CR), 188, 189, 289, 290
Ciudad Real, 25, 189, 225, 227, 241, 243, 245, 250, 251, 260, 271, 281, 283-287, 289, 290
Córdoba, 160, 245, 247, 273, 275, 280, 283, 284, 287-289, 302, 327, 436, 438
Coruña, La, 138, 201, 214
Cuba, 18, 36, 37, 40, 58, 64, 70, 72-74, 78, 127, 214, 348, 395, 396, 407
- Don Benito (BA), 227, 289
Dos Hermanas (SE), 204, 211
- Écija (SE), 247, 248
Enguítanos (CU), 316, 317
Estella (Navarra), 222-224, 226, 228, 293, 347, 371, 397, 438
- Figuerras (GE), 362
Filipinas, 19, 36, 37, 40, 64, 65, 70, 384
Fontanarejos (CR), 285
Fuenlabrada de los Montes (BA), 161, 162, 164-166, 176, 177, 189
- Gerona, 355, 360, 361-363
Gibraltar, 91, 205, 218, 341
Gijón (Asturias), 64
Ginebra (Suiza), 295, 300, 306, 82
Guadalajara, 292, 293, 296-300, 307, 334, 436
Guadalcanal (SE), 17, 19, 21, 23, 27-29, 36, 37, 425, 426
Guillena (SE), 173-175
- Habana, La (Cuba), 36, 72, 73, 78, 214
Herrera del Duque (BA), 160-165, 176, 260
Huesca, 331
Hurdes, Las (CA), 180, 181
- Igualada (B), 17, 426

- Imón (GU), 300, 301
- Lérida, 331
- Lisboa (Portugal), 12, 137, 139, 171, 211-216, 373
- Liverpool (Inglaterra), 137, 138
- Londres (Inglaterra), 12, 21, 37, 42, 46, 62, 69, 84, 86, 89, 91, 93, 94, 98, 100-103, 105-108, 111-133, 137, 140, 143, 148, 200, 212, 214, 218, 267, 355, 356, 371, 373, 375, 392, 393, 408, 416, 446, 451
- Madrid, 11, 13, 17, 42-45, 47-50, 53-55, 57, 58, 60-67, 69, 72, 74, 77-79, 89, 92-94, 104, 107, 112, 113, 117, 127, 156, 179, 182, 200, 203, 204, 211, 216, 218, 219, 222-224, 226-228, 232, 233, 239, 251, 252, 256, 258, 259, 263, 267, 271, 272, 274, 280, 289-293, 296, 298, 300-303, 306-311, 314, 320, 322, 323, 334, 339, 340, 347, 359, 370, 371, 385-387, 389, 390, 395, 410, 415, 419, 420, 423, 437, 447
- Málaga, 198, 218, 219, 221, 226, 227, 263, 282, 382
- Massanet de Cabrenys (GE), 362, 365
- Mérida (BA), 158, 179, 327
- México, 45, 89, 108, 122, 229, 258, 261, 294, 347, 352, 353, 360, 382, 390, 410, 418, 420, 421, 423, 425, 426, 428-430, 432-434, 437
- Oporto (Portugal), 138, 139, 211
- Pajaroncillo (CU), 318-320, 329
- París (Francia), 11, 12, 30, 35, 37, 39, 48-50, 64, 74, 77, 79-82, 84-91, 87n., 93-98, 100, 103, 105, 107, 110, 124-125, 127, 137, 143, 182, 201, 267, 291, 355, 374, 375, 377, 384, 392-395, 406, 408, 409, 416, 435, 446, 451
- Peñalsordo (BA), 14, 167, 178-182, 437
- Peñarroya (CO), 139
- Perpiñan (Francia), 199, 329, 366, 380, 381, 448
- Pozoblanco (CO), 247, 277, 284, 288, 302, 327, 436
- Puebla de Alcocer, La (BA), 159, 160, 176, 284, 438
- Rabat (Marruecos), 208, 344
- Salamanca, 56, 71, 212, 224, 225
- Santa Eufemia (CO), 245, 247, 273-277, 282, 436
- Santiponce (SE), 34, 35, 172, 173
- Santos de Maimona, Los (BA), 175
- Segovia, 298
- Sevilla, 7, 9, 11-13, 17, 18, 20, 28-31, 33-37, 48, 49, 107, 108, 122, 139, 140, 143, 144, 146-149, 151-153, 156, 157-160, 164, 166, 169, 171, 172, 174, 185, 193-196, 198-200, 202-204, 207, 211, 216, 230, 245-249, 251-253, 256-259, 265, 266, 271, 273, 274, 279, 291, 292, 339, 341, 369, 371, 397, 398, 406, 416, 417, 421, 425, 438, 451
- Sigüenza (GU), 290-308, 314, 326, 334
- Sintra (Portugal), 212, 215
- Siruela (BA), 178, 182, 184, 185, 188, 193, 200, 214, 216, 217, 219-222, 224-228, 232, 234, 260-264, 290, 426, 436, 437
- Soria, 298
- Talarrubia (BA), 159, 160, 176, 262-264, 284
- Tamurejo, 241, 263, 264
- Tánger (Marruecos), 74, 204-206, 341, 342
- Tarancón (CU), 308-311, 328, 340
- Tarragona, 210, 346, 348-350
- Toulouse (Francia), 127
- Valdemanco (CR), 245
- Valencia, 89, 209, 232, 272, 291, 309, 310, 318, 320, 323, 326, 328, 329-335, 339, 340, 377, 382, 399, 437
- Vich (B), 120, 354, 355
- Vigo (PO), 138
- Villanueva de la Serena (BA), 227, 289
- Villanueva del Duque (CO), 160, 283
- Viso, El (CO), 277, 282, 283, 288, 436
- Zalamea de la Serena (BA), 180, 181
- Zaragoza, 199, 200, 233, 298, 311, 445, 450
- Zarza, La (BA), 176, 178

Índice general

Recordando al Dr. Pedro Vallina: Convocatoria-homenaje para la reedición de sus memorias	7
Prólogo a la nueva edición	11
MIS MEMORIAS	
[1]	15
[2]	75
[3]	135
[4]	191
[5]	237
[6]	269
[7]	337
[8]	357
[Temas diversos]	367
[Correspondencia]	403
[Opiniones sobre Pedro Vallina]	413
[Reseñas biográficas]	443
[Índices]	453

Agradecimientos

La edición de este libro forma parte de un conjunto de actividades iniciativa de CGT.A para recordar la memoria del Dr. Pedro Vallina. En ellas han intervenido muchas personas a las que debemos público agradecimiento por su generosa colaboración.

En el tratamiento de textos durante el maratón, han intervenido:

Gonzalo Acosta Bono; Pilar Acosta Bono; Ana María Anasagasti Valderrama; Lidia Cabaco Infante; CASA (Sección Sindical); Carmina Cera Márquez; David López Panea; Soledad Díaz Moreno; Pepe Díaz Quidiello; Esteban Domínguez Villalba; Manoli Domínguez; Rafael Escalante Martín; Alina Fernández Salas; Jesús Galván Sánchez; Aurelia Gili Barený; Jordi Gili Barený; Cecilio Gordillo Giraldo; Paco Guerra Regatero; Julio Guijarro González; Nacho Guijarro González; José Luis Gutiérrez Molina; Ana Iturralde Novo; José Juan Jiménez Colmenar; Vicente Jurado Doña; Francisco Lara Rodríguez; Manuela Larios Garrido; Ricardo Lebón Muñiz; Araceli López de Ahumada del Pino; Kiko López de Ahumada del Pino; Isabel Machado Cabezas; Prado Melero Manzanilla; José Manuel Migueles; Carmen Moreno Carmona; Antonio Muñoz Ortega; Fernando Polo Elías; Ángel Puertollano Carreto; Isabel Rebollo Ridaura; Quina Rebollo Ridaura; Martín Risquez Aguayo; Laureano Rodríguez Liáñez; Esperanza Rodríguez Luque; Enriqueta Romero Caballero; José María Romero López; Raúl Ruano Bellido; Manuel Ruiz Romero; Ignacio Ruiz; Antonia Serra Buades; Alfonso Vaca; Xóchitl Vallina Moreno; Agustín Villar Iglesias; Pepe Zoido Valencia.

Y de forma especial, por su dedicación intensiva a:

Kiko López de Ahumada, por la coordinación técnica del maratón y la maqueta del libro;
José Luis Hohenleiter, por el tratamiento de imágenes para la exposición y el libro;
Pilar Acosta por los reportajes fotográficos durante los actos y por la corrección de textos;
Prado Melero y Paca González del Valle por la grabación en vídeo;
Araceli López de Ahumada, por las fotografías de las conferencias y el maratón;
Fernando Rivas, Carmina Cera, Paco Regatero y Ana Castillo en la organización de los actos;
Jacinto Gutiérrez, por el diseño de cartel, díptico, banderola y portada del libro;
Antonio Miguel Bernal, Sebastián de la Obra y José Luis Gutiérrez, por la sabiduría derrochada en sus conferencias en los actos de homenaje. Y a Vicente Tortajada, que aunque no pudo estar, nos regaló con su deliciosa novela *Flor de cananás*;
Manolo Ruiz, por la aportación documental;
Isabel Machado y Ana Iturralde, por las gestiones para traer a Harmodio Vallina y su familia de México a Sevilla;
Esteban Domínguez Villalba, que nos acogió, junto con su familia, en su casa de Cantillana, el antiguo Sanatorio Antituberculoso creado por Pedro Vallina;
Bernardo Calderón, por su ofrecimiento para editar el libro, y José María Olaizola, en nombre de Libre Pensamiento.

A las Instituciones que han expresado su apoyo y colaboración a los actos de homenaje:
Parlamento de Andalucía, Oficina del Portavoz del Gobierno y Consejería de Asuntos Sociales de la Junta de Andalucía, Ayuntamientos de Cantillana, Guadalcanal, El Viso y Alanís;

En el empeño de hacer realidad este proyecto, su organización y coordinación:

Cecilio Gordillo, Julio Guijarro y Gonzalo Acosta.

Este libro se terminó de
imprimir en Córdoba el día
4 de mayo del año 2000. Tal
día como éste de 1897
fueron ejecutados cinco
anarquistas, condenados en
el llamado proceso de
Montjuic

Mis memorias

Dr. Pedro Vallina

"Pedro Vallina (1879-1970) era un ciudadano del mundo, hecho con el mismo barro de Ferrer, Pi y Margall, Salvochea, y otros hombres de acción librepensadores, que se entregaron en cuerpo y alma al culto de un ideal, luchando en ambos hemisferios por la libertad y la emancipación de los humildes, de los olvidados, de los caídos, de los que sufren. Seres heroicos de sublimes sacrificios cuyos nombres se destacan sobre las cenizas de las generaciones libertarias... Aún quedan en mi memoria los gratos días que juntos pasamos en Sevilla, donde pude observar que los burgueses y los señoritos vagos detenían el paso y le miraban por la espalda, lamentando sin duda en su interior que un hombre tan austero y abnegado, de cerebro tan grande, se empeñase en transformar un mundo que para ellos estaba perfectamente arreglado" (R. López de Haro).

